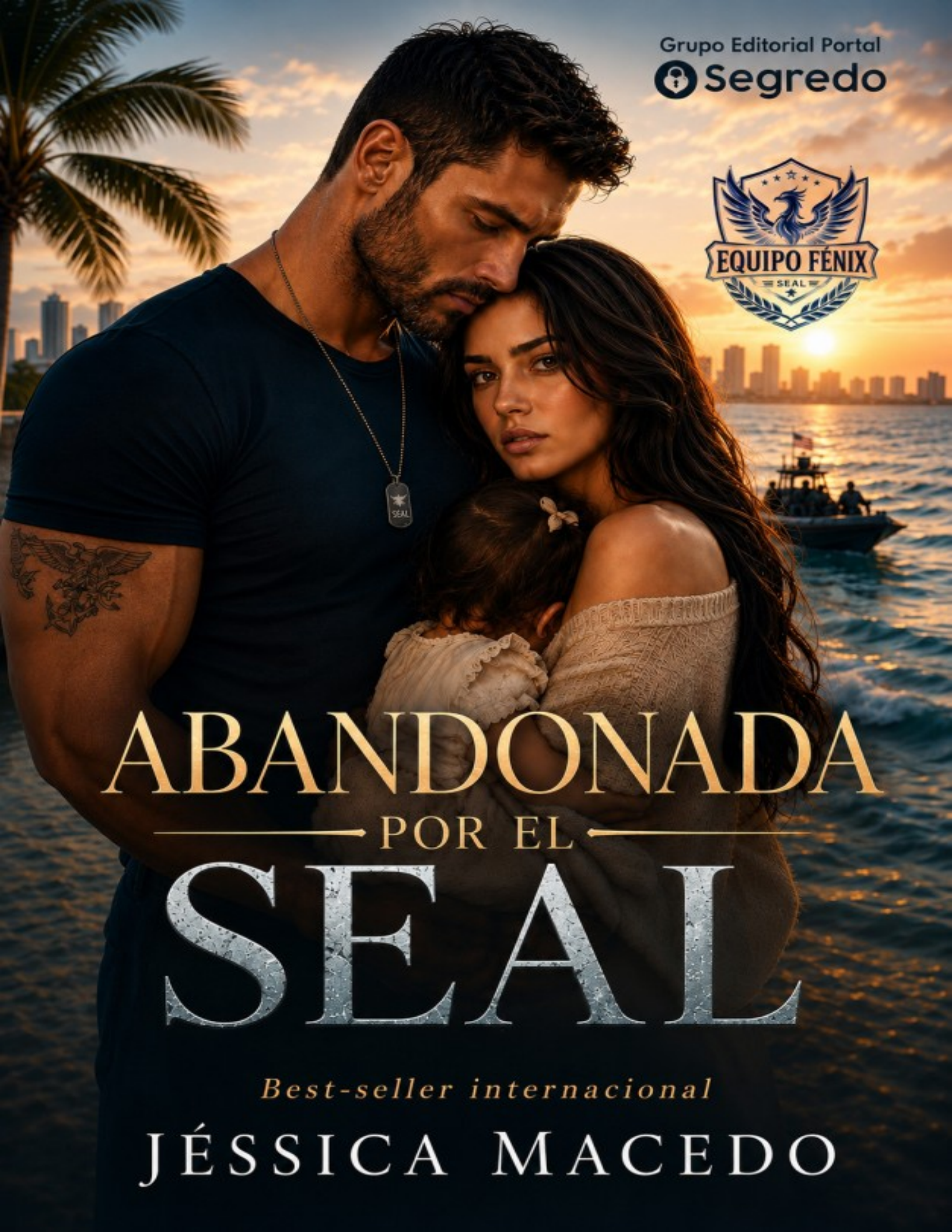

Grupo Editorial Portal
Segredo
EQUIPO FÉNIX
SEAL
ABANDONADA
POR EL
SEAL
Best-seller internacional
JÉSSICA MACEDO

ABANDONADA POR EL SEAL

Best-seller internacional

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal Segredo

BELO HORIZONTE | 2026

Copyright ©2026 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra —ya sea en formato físico o electrónico— sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor constituye un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Diseño de portada: Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que han existido realmente en algún momento de la historia para ambientar la trama. Cualquier parecido con la realidad será mera coincidencia.

Índice

Índice
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Lee también

Sinopsis

Se marchó veinte días antes de la boda. Dos años después, regresó para descubrir que había dejado atrás mucho más que a una prometida.

Camila creía que estaba a punto de vivir su final feliz con Rafael Cross, el implacable líder del Equipo Fénix. Hasta que se despertó sola y solo encontró una nota en lugar del hombre que le había prometido pasar el resto de su vida a su lado.

Rafael eligió una misión secreta y nunca volvió.

Embarazada, abandonada y sin saber si su prometido estaba vivo o muerto, Camila tuvo que recomponer su corazón y labrarse una nueva vida para ella y para Giovanna, la hija cuya existencia Rafael nunca llegó a conocer.

Dos años después, él regresa a Miami cubierto de cicatrices, tras sobrevivir a una explosión, a un largo coma y a una recuperación que debería haber sido imposible. Rafael espera encontrar a la mujer a la que amaba. En cambio, se encuentra con una Camila más fuerte, fría y decidida a no permitir jamás que él vuelva a destruirla.

Pero la mayor sorpresa aún está por llegar.

Al descubrir que tiene una hija, el soldado entrenado para no abandonar nunca una misión hace una nueva promesa: ganarse el derecho a formar parte de la vida de Giovanna y recuperar el corazón de la única mujer a la que nunca ha podido olvidar.

Camila todavía lo ama. Sin embargo, amar a Rafael significa convivir con el miedo a que, en cualquier momento, otra misión pueda llevárselo lejos.

Entre secretos, penas, deseo y una segunda oportunidad que parece demasiado peligrosa, Rafael tendrá que demostrar que hasta

el hombre más preparado para la guerra puede aprender a quedarse.

Ha sobrevivido al infierno para volver con ella. Ahora tendrá que enfrentarse a la batalla más difícil de su vida: que le perdonen.

Advertencia sobre el contenido

Esta novela contiene escenas de sexo explícito, violencia armada, embarazo, abandono, traumas de guerra y síntomas de estrés postraumático.



CAMILA GARCIA

Prólogo

El calor de la habitación no tenía nada que ver con la sofocante noche de Miami. El aire era denso, cargado del olor a sudor y sexo, y de la intensa masculinidad que desprendía Rafael. Yo estaba tumbada boca arriba, con las caderas levantadas, mientras él me llevaba al borde del delirio.

—Joder, Camila… Estás buenísima —gruñó contra la piel de mi cuello antes de morderme con fuerza el lóbulo de la oreja.

Sentí un escalofrío violento recorrerme la espalda. Sus manos grandes y callosas me agarraron por la cintura, hundiendo los dedos en mi piel, dejándome marcas que sabía que al día siguiente serían moradas. Rafael no hacía el amor; tomaba posesión. Me follaba con la misma intensidad implacable con la que dirigía al jodido Equipo Fénix.

—Rafael… más rápido… —supliqué, echando la cabeza hacia atrás y clavando las uñas en la almohada.

—Tranquila… déjame sentirte bien —susurró, con su respiración agitada rozándome la cara.

Rafael echó el cuerpo hacia atrás, casi saliéndose por completo de mí, solo para hundir su polla gruesa y dura con una embestida violenta que me hizo gritar. El sonido quedó ahogado por su boca chocando contra la mía. El beso era voraz, salvaje. Nuestras lenguas luchaban por el espacio mientras nuestros cuerpos chocaban a un ritmo ensordecedor, piel contra piel en el silencio de la madrugada.

Cada embestida profunda parecía llegar hasta mi alma. Conocía cada rincón de mi cuerpo, sabía exactamente cómo hacerme perder la cabeza. Enrosqué mis piernas alrededor de su cadera, atrayéndolo aún más hacia dentro. Todo mi cuerpo ardía, en una tensión insoportable que se acumulaba en la parte baja del vientre.

Bajó la boca hacia mis pechos, chupando uno de mis pezones endurecidos con una fuerza que me hizo arquear la espalda, quedándome completamente sin aliento. Una de sus manos descendió entre nuestros cuerpos, y su pulgar áspero encontró mi clítoris hinchado.

—¡Ah! —grité cuando empezó a frotar el pulgar justo donde lo necesitaba, mientras seguía penetrándome sin piedad.

Ya no había espacio para pensamientos racionales. La visión se oscureció por los bordes. El placer se acumuló como una tormenta a punto de estallar. Me retorcía debajo de él, completamente rendida al hombre que me dominaba en cuerpo y alma.

—Córrete para mí, Camila. Ahora —ordenó, en un tono autoritario, empujándome directamente hacia el abismo.

El clímax me golpeó de repente. Temblé a su alrededor, y un sonido a medio camino entre el llanto y el alivio me rasgó la garganta. Rafael soltó un rugido ronco, aceleró las últimas embestidas y se hundió en mí hasta el límite, estremeciéndose junto a mí.

Rafael se derrumbó sobre mí, con el reconfortante peso de su cuerpo aplastándome contra el colchón. Nuestros corazones latían descoordinados, resonando en la habitación a oscuras. Me quedé allí, pasando los dedos por su pelo corto, sintiendo cómo el sudor pegaba nuestros cuerpos.

Al cabo de unos minutos, se giró hacia un lado y me llevó con él, pegando mi espalda a su torso. Uno de sus brazos rodeó mi cintura en un gesto posesivo.

—Quedan veinte días —susurró, besándome el hombro desnudo.

Sonreí al darme cuenta de que su ritmo se había calmado.

—La encargada del banquete ha llamado esta tarde. También me he hecho la última prueba del vestido. Mi madre no ha parado de llorar, ¿te lo puedes creer? —Me giré lo justo para mirarlo a los ojos. La penumbra ocultaba parte de sus rasgos, pero yo conocía cada línea de esa mandíbula tensa y el brillo de esa mirada.

Rafael soltó una risa ahogada.

—Helena todavía me odia un poco por habértele robado. Pero, cuando estemos en Santorini, con los malditos móviles apagados, la ira de tu madre será lo último en lo que pensaré. Solo seremos nosotros dos y esas vistas al mar. —Me acarició la mejilla con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de unos minutos antes—. En cuanto te ponga el anillo en el dedo, mi vida será tuya, Camila. Es la única promesa que importa.

Me lo creí. Dios, cómo me creí aquellas palabras. La sensación de seguridad era tan real que el cansancio del sexo nos venció poco después. Me quedé dormida sintiendo su respiración en mi nuca, soñando con arena blanca y un futuro perfecto.

Pero las promesas de un SEAL están escritas en la arena. El viento se las lleva antes del amanecer.

Cuando la pálida luz del sol se coló por las persianas, un frío extraño a mi lado de la cama me despertó. Extendí el brazo, buscando su cuerpo cálido.

Solo encontré sábanas vacías.

Me senté de golpe. El aire acondicionado pareció atravesarme los huesos. La mochila táctica negra que estaba en la esquina del armario había desaparecido, al igual que las botas junto a la puerta. Se me paró el corazón y el pánico empezó a subirme por la garganta como bilis.

Fue entonces cuando lo vi.

Apoyado en la lámpara de mi mesita de noche, un trozo de papel arrancado de un bloc de notas. Salté de la cama, tropezando con mis propios pies descalzos, y cogí la nota con manos temblorosas. Su caligrafía firme e inclinada parecía perforar el papel, y cada palabra fue como un disparo a quemarropa en mi pecho.

El teléfono sonó de madrugada. Me llamaron y acepté la misión. Perdóname por marcharme mientras dormías, pero no habría soportado verte llorar. No habría podido cruzar esa puerta si te hubiera mirado a los ojos.

Te quiero, Camila.

Volveré antes de que me eches de menos.

Se me cortó la respiración. Las piernas me fallaron y caí de rodillas sobre el frío suelo de madera del dormitorio.

—No… Rafael, no… —Un sollozo seco me desgarró la garganta.

Apreté la nota contra mi pecho, acurrucándome en posición fetal mientras un llanto violento brotaba de mis labios. Se había ido. A veinte días de nuestra boda, prefirió huir cobardemente en la oscuridad. Eligió al equipo, la adrenalina, la guerra.

Lo que no sabía, mientras lloraba de dolor y rabia sobre el suelo helado de nuestro dormitorio, era que ese «antes de que me eches de menos» se convertiría en el mayor castigo de mi vida. Esa nota sería lo último que tendría de Rafael durante dos largos e infernales años.

Dos años de ausencia absoluta e insoportable, sin que yo tuviera ni idea de que la parte más importante de él se había quedado atrás, creciendo en silencio dentro de mí.



CAMILA GARCIA

Capítulo 1

—¡No, no, no, Giovanna! ¡El puré de fresa no es tinte para el pelo, por el amor de Dios!

Corrí por la cocina con un paño húmedo, pero el daño ya estaba hecho. Mi hija, de un año y tres meses, me sonrió, mostrando sus cuatro dentitos delanteros, mientras esparcía el puré rojo por sus rizos oscuros y rebeldes.

—¡Papá! —balbuceó, soltando una carcajada aguda y dando palmadas en la bandeja de la trona de plástico, salpicando puré contra la pared impecablemente blanca.

—Papilla, exactamente. Para comer y tragar, no para pintar el suelo —suspiré, rendida. No había forma de enfadarme. Me acerqué, le di un beso en su mejilla regordeta y acabé con una mancha roja en la punta de la nariz.

—Déjame a mí encargarme de esta pequeña monstruita, Mila. He venido para cuidar de ella y tú tienes que irte para no llegar tarde a la reunión con los inversores en la galería. —Mi madre, Helena, salió del lavadero con una toalla limpia en las manos.

—Gracias, mamá. Me salvas todos los días. —Me lavé la cara en el lavabo, me sequé la punta de la nariz y cogí mi bolso de la encimera. Mi móvil vibró dos veces.

Sofía:

La clienta chilena ya ha llegado. ¡¿Dónde estás, mujer?! Trae café.

Sofía:

Y no te atrevas a decir que Giovanna se ha vuelto a manchar la blusa de Prada.

Sonreí levemente mientras escribía rápidamente que ya estaba de camino. Sofía era más que mi socia en la galería de arte; era el ancla que me había impedido volverme completamente loca en los últimos veinticuatro meses.

Dos años…

Me acerqué a la puerta y me giré para observar la escena: mi madre peinando los rizos de Giovanna, que no paraba de reír. Se me encogió el corazón con esa fuerza brutal a la que ya estaba acostumbrada.

Giovanna era lo más precioso que tenía en la vida. Pero también era el reflejo vivo del hombre que me había destrozado. No tenía mis ojos almendrados; tenía la mirada tempestuosa, oscura e impenetrable de Rafael. La misma barbilla obstinada. La misma facilidad para fruncir el ceño cuando estaba molesta. Mirar a mi hija era convivir con la ausencia de mi prometido todos los días de mi vida.

—No conduzcas rápido, Camila. Y llámame cuando llegues —me advirtió mi madre, sacándome de mis pensamientos.

—No te preocupes, mamá. ¡Os quiero! —Lancé un beso al aire y cerré la puerta.

El calor de Miami me golpeó nada más salir a la calle, denso y asfixiante, pero apenas me di cuenta de la temperatura. Me metí en mi todoterreno, puse el aire acondicionado al máximo y agarré el volante con fuerza. El silencio dentro del coche era el momento en el que mi armadura siempre amenazaba con resquebrajarse.

Durante los primeros seis meses tras aquella mañana, me convertí en la viva imagen de la desesperación. Rafael se había esfumado. No sonaba el teléfono y los mensajes no llegaban a su destino. Busqué el cuartel general de la Armada, llamé a las instalaciones de Coronado y recurrí a abogados. La respuesta era siempre el mismo muro burocrático: «Información clasificada. No tenemos novedades ni autorización para compartir el estado operativo de este militar».

No había cadáver. No había certificado de defunción. Solo había un vacío.

Cuando se me retrasó la regla, me encerré en el baño de la galería. Sentada en el suelo, miré fijamente las dos rayas rosas de la prueba y pensé que iba a morir. Sofía derribó la puerta, me encontró acurrucada y me sacó del fondo del pozo.

El embarazo fue un infierno solitario. En cada ecografía, la silla a mi lado estaba vacía. El día del parto, el dolor de las contracciones se mezcló con el dolor del rechazo. Rafael había elegido el uniforme. Había elegido ser el líder imbatible del Equipo Fénix, el soldado perfecto, y decidió que una esposa era una carga que no quería soportar.

Pero la duda… esa maldita duda era lo que me carcomía en las noches de insomnio.

¿Estaba muerto? ¿Habría volado su cuerpo por los aires en algún desierto de Oriente Medio, sin derecho a un ataúd con la bandera doblada? O, peor aún… ¿estaba vivo? ¿Respirando, disparando, bebiendo cerveza con los chicos del equipo, simplemente viviendo, ajeno a mi existencia?

Pisé el acelerador, sintiendo cómo la rabia me quemaba bajo las costillas. La furia era mi combustible. Fue eso lo que me llevó a convertir mi pequeña galería de arte en el negocio más rentable del barrio de Wynwood. Fue la rabia lo que me convirtió en una madre leona para Giovanna.

Aparqué el coche en la plaza reservada que había en la parte trasera de la galería. El edificio de ladrillo visto y grafitis de colores era mi santuario.

En cuanto empujé la puerta de cristal, Sofía se acercó a mí con una carpeta en la mano. Llevaba un traje rojo intenso que solo ella era capaz de lucir con esa postura.

—¡Por fin! La mujer de ahí dentro ya se ha tomado tres tazas de café expreso y está mirando los cuadros abstractos como si intentara descifrar el código Da Vinci. —Sofía se detuvo y me miró entrecerrando los ojos—. ¿Estás bien? Tus ojeras están a punto de vencer al corrector.

—Solo ha sido el puré de fresa de Giovanna esta mañana. Estoy bien, Sofía. —Esbocé una sonrisa forzada y me quité las gafas de sol.

—Mila… —El tono de Sofía dejó de ser jocoso cuando me tocó el brazo—. Hoy hace dos años que se fue. Lo sabes, ¿verdad?

Mi cuerpo se paralizó. Lo sabía. Claro que lo sabía. La fecha estaba grabada a fuego en mi memoria. Pero me negaba a darle a Rafael el poder de destruir otro día más de mi vida.

—Sofía, Rafael ha desaparecido. O es un cobarde o está muerto, y, sinceramente, para mí no supone ninguna diferencia. Lo único que importa es Giovanna. Vamos a vender estos cuadros a la chilena.

Le di la espalda y caminé con paso firme hacia el interior de la sala de exposiciones. Yo tenía el control de mi vida. Había cerrado la puerta del pasado con candados de acero.

Lo que no podía imaginar, mientras le estrechaba la mano a mi clienta y sonreía, era que mi pasado no necesitaba llaves para

entrar.



RAFAEL CROSS

Capítulo 2

El olor a antiséptico, cloro y desesperación esterilizada se había convertido en mi única realidad. Era un olor que impregnaba las sábanas ásperas, la piel e incluso los pensamientos. Apoyé ambas manos en el borde de mármol frío del lavabo del baño, bajando la cabeza, mientras el agua helada brotaba del grifo, golpeando la cerámica con un sonido hueco que resonaba en la estancia vacía.

Levanté la cara lentamente, obligándome a mirar al desconocido que me devolvía la mirada en el espejo.

La luz blanca e implacable del techo ponía al descubierto cada imperfección, cada rastro del trauma por el que había pasado. El hombre reflejado allí parecía una década mayor. Llevaba el pelo rapado al cero, lo que resaltaba los rasgos duros y hundidos de mi rostro. La mirada, que antes ardía con la precisión letal y la

arrogancia del líder del Equipo Fénix, ahora albergaba una sombra densa y pesada. Una oscuridad que solo quien ha caminado de la mano de la muerte puede comprender.

Deslicé los dedos de la mano derecha —aún rígidos y propensos a temblar cuando bajaba la adrenalina— por la gran y grotesca cicatriz que me desgarraba el costado del cuello, bajando por la clavícula izquierda y rasgándome el abdomen en un violento zigzag de tejido cicatricial retraído.

Dos años…

El sabor de esas dos palabras era como tragar cenizas.

Apreté los párpados y, de inmediato, el sonido de aquel día volvió para atormentarme. No era un recuerdo; era una agresión física. La misión en Afganistán. La infiltración perfecta que se convirtió en una emboscada suicida. El pasillo oscuro. El *clic* casi imperceptible bajo la bota del recluta que caminaba delante de mí. La placa de presión del IED (artefacto explosivo improvisado).

Recordé haber gritado, haberme lanzado hacia delante y haber utilizado mi propio cuerpo, protegido por el Kevlar, para empujar a dos de mis hombres fuera del radio letal de la explosión.

Y entonces… el infierno blanco.

El estruendo me desgarró los tímpanos y la onda expansiva me levantó del suelo como si fuera un muñeco de trapo, lanzando mi cuerpo contra una pared de hormigón armado. El dolor no llegó de inmediato; lo que sentí fue un calor absoluto, un fuego que parecía derretir mis huesos, seguido del sabor cobrizo de la sangre y del silencio profundo e interminable.

Cuando mi cerebro por fin decidió volver a la superficie y abrí los ojos, me cegaban las luces de un hospital militar en Landstuhl, Alemania. Tenía tubos metidos en la garganta, agujas desgarrándome las venas y monitores pitando en un frenesí ensordecedor.

El médico, un hombre de rostro cansado, se inclinó sobre mí. Las primeras palabras que pronunció atravesaron la neblina de los

analgésicos: «Bienvenido de vuelta, comandante. Ha pasado meses inconsciente».

Casi ocho meses entre sedación profunda y coma. Órganos internos lacerados. Fragmentos de metal incrustados a milímetros de la columna vertebral.

Después vinieron más de dieciséis meses de operaciones y rehabilitación en un centro militar de Virginia. Debido al carácter clandestino de la operación y a la investigación aún abierta, mi nombre se mantuvo en secreto. Para el mundo exterior, seguía desaparecido en combate.

Camila no lo sabía.

Su nombre resonó en mi mente, y el dolor que me atravesó las costillas fue mil veces más agudo que cualquier metralla de granada que hubiera desgarrado mi carne.

Volví a abrir los ojos, mirando fijamente mi reflejo. Agarré los bordes del lavabo con tanta fuerza que los músculos de mis antebrazos amenazaron con reventar.

—Cobarde, hijo de puta —gruñí entre dientes al espejo, con la voz ronca, desgarrándome la propia garganta.

El recuerdo de la última vez que la vi me torturaba todas las noches: el aroma a vainilla de su piel, el sudor entre nosotros y la forma en que gemía mi nombre en la habitación que compartíamos en Miami. Le había prometido el mundo y le había dicho que, en cuanto el anillo estuviera en su dedo, mi vida pertenecería a Camila. ¿Y qué hice? Dejé una nota sobre la lámpara y me fui de madrugada, prefiriendo el fuego cruzado a enfrentarme al dolor de la mujer a la que amaba.

Pensé que volvería en unos días, que me enfrentaría a su furia, aceptaría los gritos, los platos rotos y los insultos, y luego la abrazaría hasta que me perdonara. Era un idiota arrogante, creyendo que controlaba el tiempo y la muerte.

Me alejé del lavabo, cogí la toalla blanca y áspera que proporcionaba el gobierno y me sequé la cara con movimientos

bruscos.

Le di la espalda al espejo y salí del baño, caminando hasta la estrecha cama de la sala de recuperación. Había recuperado mi movilidad al cien por cien. El cuerpo, reconstruido a base de fisioterapia insoportable, gritos ahogados y una determinación desmesurada, volvía a estar fuerte. Había convertido el dolor en combustible. Cada repetición en el gimnasio del centro de rehabilitación, cada paso que di cuando los médicos dijeron que quizá necesitaría un bastón, estaba impulsado por el rostro de Camila. Ella era la luz al final del túnel de sangre y morfina.

Sobre la cama, tenía mi ropa de calle doblada. Unos vaqueros oscuros, una camiseta negra lisa y un par de botas de cuero gastadas. Me vestí en silencio. La sensación del algodón de la ropa de calle deslizándose por mi piel, sustituyendo al uniforme del hospital, me provocó una sacudida de realidad por todo el cuerpo.

La puerta de la habitación se abrió con un suave clic y entró el capitán Miller. Llevaba una carpeta en las manos y tenía el rostro serio, surcado por arrugas de preocupación y años de servicio.

—Comandante Cross —me llamó, con voz profesional, pero cargada de un raro tono de respeto contenido. Cerró la puerta tras de sí y se acercó—. La documentación de tu junta médica ha sido aprobada y sellada por el Pentágono. Has desafiado las estadísticas, Rafael. Los médicos dicen que tu recuperación celular y neurológica es un caso digno de figurar en los libros de medicina.

—No tenía tiempo para morir, capitán. Tengo cuentas que saldar —respondí secamente, mientras me ponía la chaqueta de cuero sobre la camiseta.

Miller asintió lentamente. Conocía las restricciones de comunicación que habían rodeado la operación y mi hospitalización.

—Tu desaparición en combate ha quedado zanjada. Has recibido el alta médica para actividades civiles, pero seguirás apartado de las operaciones hasta una nueva evaluación de la junta. El transporte te está esperando para llevarte al aeropuerto. Tu vuelo comercial a Miami sale dentro de cuatro horas.

Cogí la mochila de lona negra que había en un rincón de la habitación, la misma que había sacado de nuestro armario aquella madrugada. Apreté la correa, notando el nylon áspero contra la palma de la mano.

—Gracias, capitán. Por todo.

—Buena suerte, Rafael —me deseó, tendiéndome la mano. Se la estreché con firmeza—. Y mantente preparado. La vida no se ha detenido mientras luchabas por sobrevivir. Las cosas cambian. La gente también.

La advertencia tácita flotaba en el aire, pesada como el plomo.

Salí de la habitación y recorrí los largos e interminables pasillos del centro médico. Cada paso que me acercaba a la salida parecía aumentar el peso sobre mis costillas. La adrenalina que antes sentía al saltar de un helicóptero bajo fuego enemigo ahora se apoderaba de mi cuerpo de una manera diferente. Era el miedo. El pánico puro, frío y paralizante.

Yo, Rafael Cross, el hombre entrenado para asaltar fortalezas, desactivar bombas y matar con las propias manos, estaba sudando frío ante la idea de llamar al timbre de un piso en Miami.

En cuanto se abrieron las puertas automáticas de cristal y pisé la acera, me envolvió el aire fresco de Virginia. Respiré hondo. La libertad tenía un sabor extraño. El conductor militar, un joven soldado que me miraba con un respeto silencioso, abrió la puerta trasera del sedán negro.

Me subí y el coche arrancó. Recosté la nuca contra la tapicería de cuero y cerré los ojos.

¿Qué le diría?

El discurso llevaba meses atascado en mi garganta, pero ahora me parecía ridículo, insuficiente. *«Hola, Camila. ¿Te acuerdas de mí? ¿El cobarde que huyó aquella noche y arruinó nuestra boda? Perdona por el retraso de dos años, tuve un imprevisto explosivo».*

Me pasé la mano por la cara, frustrado. La incertidumbre me devoraba como el ácido. Camila era guapa, inteligente, fuerte e increíblemente independiente. No me necesitaba para sobrevivir, y la vida sin duda se lo había demostrado. Dos años eran tiempo suficiente para curarse de un duelo. Era tiempo suficiente para llorar, para recoger los pedazos, para seguir adelante.

Dos años eran tiempo suficiente para que hubiera encontrado a otro hombre.

Abrí los ojos de golpe y un gruñido sordo se me escapó de la garganta. Los celos posesivos me quemaban el estómago con una violencia alarmante. La imagen de Camila sonriendo a otro tipo y de las manos de otro hombre tocando la piel que me pertenecía, durmiendo en la cama que era nuestra…

Apreté las manos en puños sobre las rodillas, intentando controlar la ira desenfrenada que me subía a la cabeza. Había perdido el derecho a sentir celos en el mismo instante en que escribí aquella nota y le di la espalda. Me había cavado mi propia tumba.

Si ella hubiera seguido adelante… si hubiera otro tío ocupando mi lugar, tendría que tragarme mi maldito orgullo y mi dolor. Aceptaría cualquier castigo que ella quisiera infligirme. Camila podría gritar, golpearme en el pecho hasta que le sangraran las manos, escupirme en la cara y cerrar la puerta. Lo aceptaría todo. Me lo merecía todo.

Pero no me rendiría. Me arrastraría sobre cristales rotos para conseguir su perdón.

El trayecto hasta el aeropuerto transcurrió en una neblina de ansiedad adormecida. El vuelo a Florida fue una tortuosa prueba de paciencia. Sentado en el asiento del avión comercial, rodeado de pasajeros que bebían refrescos y veían películas en pantallas minúsculas, me sentía como un extraterrestre. La desconexión entre su cómoda realidad y el caos que llevaba dentro de mi cabeza era abrumadora.

Cuando las ruedas del avión tocaron el asfalto del Aeropuerto Internacional de Miami con una sacudida, se me cortó la respiración.

Estoy en casa.

Desembarqué y atravesé el vestíbulo abarrotado. Cuando se abrieron las puertas automáticas, el bochorno de Miami me envolvió. La brisa marina, el asfalto caliente y el combustible de aviación despertaron recuerdos que había mantenido enterrados: nuestro primer encuentro, las mañanas en South Beach y la mujer que seguía siendo mi único hogar.

Llamé a un taxi, tiré la mochila en el asiento trasero y me subí.

—¿Adónde, jefe? —preguntó el conductor, un cubano con el rostro brillante de sudor, a través del retrovisor.

Le di la dirección del edificio donde vivíamos. El piso de Brickell que compartíamos y donde la abandoné.

Durante los cuarenta minutos de trayecto, mi silencio fue absoluto. Observé cómo pasaban las calles por la ventanilla. Las palmeras se mecían con la brisa del atardecer. El cielo de Miami comenzó a teñirse de ese tono anaranjado y púrpura de la puesta de sol. La ciudad seguía vibrante, seductora e implacable, ignorando por completo el vacío que latía en mi interior.

El taxi se detuvo frente al moderno edificio acristalado. Pagué al conductor con el dinero que me había dado la junta médica y bajé del coche.

Me quedé parado en la acera, con la mochila pesando sobre el hombro. Miré hacia arriba. Décima planta. Los grandes ventanales de cristal del balcón estaban cerrados. No se veía ningún movimiento.

El miedo volvió, golpeándome en la cara como un viento helado en medio de aquel calor sofocante.

¿Y si ya no vive aquí? ¿Y si se ha deshecho de mis cosas y ha borrado cualquier rastro mío de este lugar?

Caminé hacia la portería, ajustándome la chaqueta. Mis botas resonaron en el suelo de granito pulido del vestíbulo. El portero, un señor canoso llamado Héctor que siempre me saludaba, no estaba

en recepción. En su lugar había un hombre más joven, ajeno a todo, concentrado en la pantalla de su móvil.

Pasé de largo. El ascensor se abrió con un suave *«ding»*. Pulsé el botón de la décima planta.

Mientras la cabina metálica subía en silencio y a toda velocidad, la tensión me oprimía las cuerdas vocales. Parecía que el oxígeno escaseaba allí dentro. Me hormigueaban las manos, tan hábiles para detener hemorragias en medio de un fuego cruzado.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron.

Caminé por el pasillo silencioso, alfombrado. Me detuve frente a la puerta de madera oscura con el número 1004 cromado brillando bajo las cálidas luces del techo.

Cerré los ojos y respiré lentamente. Era el momento de enfrentarme a ella y cosechar la tormenta que yo mismo había sembrado.

Levanté la mano derecha, dudé una fracción de segundo y di dos golpes firmes en la madera.

El sonido pareció resonar por todo el pasillo. Mi corazón latía con fuerza contra las costillas, doloroso y urgente. Esperé, con los músculos tensos, preparado para el rechazo, preparado para el dolor, preparado para arrastrarme a sus pies.

Todavía tenía una copia antigua de la llave, pero no me atreví a usarla. Volví a llamar. Al otro lado, solo me respondió el silencio.



CAMILA GARCIA

Capítulo 3

El atardecer en Wynwood desprendía una energía eléctrica. La luz del sol atravesaba los enormes ventanales de la galería y esparcía tonos anaranjados y morados sobre el hormigón pulido. La clienta chilena acababa de marcharse con dos lienzos abstractos y un cheque capaz de mantener el negocio a flote un trimestre más. Sofía se marchó poco después, tarareando sobre el champán y los panecillos de queso de una pequeña cafetería brasileña situada a tres manzanas de allí.

Me quedé sola…

El silencio del ambiente solo se veía interrumpido por el suave y continuo zumbido del aire acondicionado central. Caminé hasta mi mesa, situada al fondo de la sala principal de exposiciones, y solté un largo suspiro mientras me quitaba los zapatos de tacón. El suelo

frío contra las plantas de mis pies descalzos fue un alivio instantáneo. Cerré los ojos un momento y me masajeé las sienes, sintiendo cómo el cansancio del día me pasaba finalmente factura. El punzante dolor de cabeza amenazaba con aparecer, un eco directo del pánico que me había provocado la pregunta de Giovanna horas antes en el coche.

¿Dónde está mi papá?

Empujé ese recuerdo de vuelta a la caja fuerte de hierro que hay en lo más profundo de mi mente. Tenía que centrarme en la contabilidad, en los correos electrónicos sin leer, en la organización de la próxima inauguración. Abrí los ojos, cogí el portapapeles de acrílico que había sobre la mesa y empecé a tachar los elementos de la lista de inventario.

Fue entonces cuando sonó la campana de latón que colgaba sobre la puerta de cristal de la entrada. Un *tintineo* agudo que anunciaba la llegada de un nuevo visitante.

—Sofi, si te has vuelto a olvidar de mi café helado, te juro que cierro la puerta con llave y tú… —empecé a decir, con la mirada aún fija en los números de la hoja de papel, mientras una sonrisa de agotamiento se dibujaba en la comisura de mis labios.

Pero la frase se me atragantó en la garganta.

El sonido que atravesó el salón no era el de los tacones finos y apresurados de Sofía. Eran pasos pesados y mesurados, suelas gruesas contra el cemento con una cadencia táctica que mi cuerpo reconoció antes que mi mente.

Mi corazón se saltó un latido, tropezando con su propio ritmo y deteniéndose por completo. El aire de mis pulmones se evaporó. Un frío paralizante comenzó en la punta de mis pies y subió por mi columna vertebral como una corriente eléctrica.

Giré el cuerpo lentamente, con el portapapeles de acrílico aún suspendida en mi mano derecha.

La luz anaranjada del sol poniente lo recortaba contra la puerta de cristal, convirtiéndolo en una silueta imponente, una

sombra negra y amplia que bloqueaba el mundo exterior. Llevaba unos vaqueros oscuros, botas gastadas y una camiseta negra que se ceñía a los anchos hombros que yo conocía tan bien. Una mochila de lona le colgaba de uno de los hombros.

Avanzó hacia la luz, dejando atrás las sombras.

El portapapeles se me resbaló de los dedos. El impacto del acrílico al romperse contra el hormigón pulido sonó como un disparo en el silencio, resonando en las paredes blancas de la galería. Los papeles se esparcieron a mis pies.

No me moví. No respiré. El zumbido que invadió mis oídos era tan fuerte que me provocó vértigo.

Rafael…

El mundo entero pareció girar fuera de su eje. La galería, los lienzos de colores, el ruido de la calle… todo fue absorbido por un vacío absoluto, dejándonos solos a los dos en aquel espacio. Era él. Mi prometido. El hombre al que amé con una intensidad enfermiza y por el que había llorado hasta secar todas las lágrimas de mi cuerpo. El fantasma que rondaba mi casa y el rostro de mi hija.

Estaba vivo.

Mi primera reacción instintiva, primitiva, fue la negación. Debía de estar sufriendo un colapso nervioso. El estrés, la mención del Día del Padre, el cansancio… mi cerebro se había colapsado por fin y estaba teniendo una alucinación. Entonces dio un paso más, adentrándose en el espacio iluminado, y todos los detalles, brutalmente reales, me golpearon de lleno.

Parecía diez años mayor. Tenía el rostro más delgado, los huesos de la mandíbula y los pómulos marcados en ángulos afilados. El pelo castaño, que antes tenía un ligero volumen, lo llevaba cortado al estilo militar, al ras del cuero cabelludo. Pero fue la cicatriz la que me robó el poco aliento que me quedaba. Una línea gruesa, irregular y violenta que subía por el lado izquierdo de su cuello, desapareciendo bajo el cuello de la camiseta.

No era un fantasma. Era un superviviente de alguna pesadilla. Y estaba allí, respirando el mismo aire que yo.

—Camila…

El tono ronco y profundo rozó mis nervios a flor de piel. Oír mi nombre en su boca reabrió una herida que creía cicatrizada. La conmoción duró solo un segundo; enseguida, una furia ardiente irrumpió en mi interior y consumió cualquier atisbo de vulnerabilidad.

Di un paso atrás, golpeándome con fuerza la cadera contra la esquina de la mesa de madera. El dolor agudo del impacto sirvió para anclarme a la realidad.

—¿Cómo te has atrevido? —Mi voz no fue más que un susurro tembloroso al principio, pero la rabia la engrosó, convirtiéndola en una hoja de acero.

La manzana de Adán de Rafael subía y bajaba con dificultad. Dejó caer la mochila de lona al suelo y levantó ambas manos vacías en un gesto de rendición, un movimiento lento y tranquilizador, propio de quien se acerca a un animal salvaje acorralado. Su mirada oscura, la misma que había heredado mi hija, brillaba con un dolor tan crudo y devorador que casi aparté la vista. Casi…

—El portero del edificio de Brickell me dio la dirección de la galería. No sabía si tú todavía… —Las palabras se le atascaron al final de la frase. Intentó dar un paso más hacia mí—. Camila, por favor. Mírame.

—¡No des ni un paso más! —grité, y el sonido resonó entre los lienzos. Le señalé con la mano temblorosa—. Si te acercas, Rafael, llamaré a la policía. Lo juro por Dios.

Se detuvo. El dolor se reflejó en sus rasgos, y los hombros que un día significaron protección se hundieron un poco.

—Me merezco cada pizca de tu ira —dijo en voz baja, cargada de una desesperación que nunca antes había oído—. Pero tienes que escucharme. Camila, no huí porque quisiera abandonarte. Yo… no desaparecí a propósito después de salir de aquel piso.

—¡No me mientas! —Clavé las uñas en la madera de la mesa. El odio hacía temblar cada músculo—. ¡Me dejaste una nota, Rafael! ¡Un trozo de papel en la lámpara mientras dormía, a veinte días de nuestra boda! La decisión llegó antes que cualquier consecuencia. ¡Preferiste la guerra, el ego y tu equipo a ser mi marido!

Entrecerró los ojos, golpeado por mis palabras como por disparos en el pecho. Cuando Rafael los volvió a abrir, la oscuridad que había en su interior era aterradora.

—Fui un cobarde aquella noche —admitió con dificultad—. Un idiota orgulloso que no tuvo valor para mirarte a la cara porque sabía que no te irías si te pedía que te quedaras. Escribí la nota creyendo que volvería en cinco días. Era una operación de precisión. Debía de ser rápida.

Solté una risa que sonó histérica, desprovista de cualquier atisbo de humor. El cinismo blindaba mi dolor.

—¿Rápida? ¡Han sido setecientos treinta días, Rafael! ¡Dos años de un infierno que ni siquiera puedes imaginar! ¡Dos años sin saber si el hombre con el que compartía mi vida estaba tomando cerveza en San Diego o enterrado en pedazos en una fosa en el desierto! ¿Sabes lo que es llamar a un mando militar y que te digan que la persona a la que amas es un expediente clasificado y no existe?!

—¡Pisé un explosivo, Camila! —gritó él, perdiendo el control. Tiró hacia abajo del cuello de la camiseta y dejó al descubierto la profunda cicatriz que le bajaba por el pecho—. Me lanzó contra una pared. Pasé casi ocho meses inconsciente en Alemania, entre operaciones y aparatos, mientras me extraían metralla cerca de la columna. Después, estuve más de un año en un centro de rehabilitación militar en Virginia, reaprendiendo movimientos básicos y luchando por volver a caminar sin ayuda. ¡Casi muero!

Aquella revelación me dejó sin palabras. Mis ojos siguieron la cicatriz que le recorría el cuello y el hombro, y la imagen de aquel hombre corpulento postrado en una cama, rodeado de máquinas, invadió mi mente.

Durante una fracción de segundo, la antigua Camila, la mujer que lo amaba incondicionalmente, que le acariciaba el pelo en las noches de insomnio, sintió una punzada agonizante de dolor y pena. El instinto de correr hacia él y tocarle el rostro marcado por la tragedia brilló en lo más profundo de mi corazón.

Pero la mujer que sangró sola en una sala de partos estéril sofocó esa compasión antes de que pudiera nacer.

Apoyé las manos en la mesa y me incliné hacia delante, manteniendo una mirada fría.

—Casi mueres —repetí, con una calma peligrosa—. Pero tú me mataste primero, Rafael.

Retrocedió casi imperceptiblemente, y la conmoción se extendió por su rostro.

—Pasaste meses inconsciente y el resto de ese tiempo en rehabilitación. Siento mucho el infierno por el que has pasado. De verdad que lo siento. Pero mi duelo no empezó cuando pisaste ese explosivo. Mi vida se derrumbó cuando abriste la puerta del piso y te marchaste sin despertarme. La bomba que destruyó nuestro futuro estaba en la nota que había sobre la lámpara. Esa decisión fue tuya.

—Camila… no tuve otra opción… —susurró, dando un paso vacilante, con su fuerte cuerpo casi incapaz de soportar su propio peso. Extendió la mano, con los dedos temblando ligeramente a pocos centímetros de mi cara, suplicando un contacto—. Lo único que me hizo levantarme de aquella cama… lo único que me hizo soportar el dolor de la rehabilitación… era volver contigo. Solo pensaba en ti. Sé que me equivoqué, pero déjame intentarlo de nuevo. Déjame arreglarlo.

Miré aquella mano, los tatuajes que solía besar y los callos que me sabía de memoria. Una parte de mi cuerpo aún quería lanzarse a esos brazos, pero el miedo a lo que él pudiera provocar en mi vida y en la de mi hija era mayor.

Mi hija.

El pensamiento me golpeó con la fuerza de un rayo. La sala del fondo de la galería. La cuna desmontable que dejaba allí para cuando Giovanna tenía que quedarse conmigo en el trabajo. Algunos juguetes de colores y un biberón rosa estaban esparcidos sobre mi mesa en la oficina interior. Se me fue la sangre de la cara. Si Rafael diera cinco pasos más. Si mirara a través del pasillo acristalado que llevaba a la trastienda, lo vería.

Rafael se daría cuenta de que había una niña en mi vida.

El miedo a que descubriera el secreto se apoderó de mí. El instinto maternal borró cualquier vacilación. Rafael me había hecho daño, y no permitiría que Giovanna se viera arrastrada a la misma incertidumbre. En ese instante, me convencí de que él había perdido el derecho a acercarse a ella cuando decidió marcharse sin mirar atrás.

Levanté la cabeza, enderezando la postura y alzando la barbilla. Erigí el muro de hormigón más frío que fui capaz de construir.

—No hay nada que arreglar, Rafael —declaré, interponiéndome entre él y el pasillo de atrás—. La Camila que esperaba que volvieras murió en aquellos primeros meses. Me he construido una vida sin ti y he aprendido a respirar de nuevo.

—No digas eso —suplicó. Una lágrima se abrió paso entre las cicatrices de su rostro—. Cuando te miro, sigo viendo a la mujer a la que amo. Te demostraré que puedo quedarme, el tiempo que sea necesario.

—No. —Señalé hacia la puerta—. No eres bienvenido en mi vida. Lo que había entre nosotros se ha desvanecido. Para mí, eres un fantasma, y los fantasmas no pertenecen al mundo de los vivos.

Él negó con la cabeza, jadeando, como un hombre que se ahoga mientras el único barco se aleja.

—Se acabó. —Me tragué las lágrimas—. Coge la mochila y vete. Vuelve con el equipo, con la Armada, con lo único que siempre has antepuesto a todo lo demás. Pero no vuelvas a buscarme.

Nos miramos en silencio. Rafael buscó algún atisbo de vacilación en mi rostro, pero mantuve una máscara de indiferencia. Tenía que proteger a Giovanna. En ese momento, mi hija era la única prioridad que podía ver.

Poco a poco, la derrota se apoderó de la esperanza que se reflejaba en su rostro. Le cayeron los hombros. La luz de su mirada se apagó, sustituida por un vacío aterrador.

Bajó la cabeza, derrotado por un conflicto que no podía ganar ni con tácticas ni con explosivos. Sin decir ni una palabra más, se agachó —con las articulaciones crujiendo bajo la tensión— y agarró la correa de la mochila de lona.

No miró atrás al dar media vuelta. La campana de latón tintineó suavemente, anunciando su partida, y la pesada puerta de cristal se cerró tras él. La silueta oscura de Rafael desapareció en la luz anaranjada del atardecer de Miami.

En cuanto se cerró la puerta y me quedé completamente sola, las piernas me fallaron.

Me desplomé sobre el frío suelo de cemento, acurrucándome entre los papeles esparcidos de el portapapeles roto. Me agarré el cuello de mi propia blusa, ahogando mis sollozos. El llanto que había contenido brotó con violencia, desgarrándome por dentro y haciendo que todo mi cuerpo temblara y se convulsionara en el suelo de la galería.

Estaba vivo. El hombre al que amaba estaba vivo, y yo acababa de expulsarlo para siempre de mi vida.

—Lo siento mucho… —lloré al vacío, balanceando el cuerpo hacia delante y hacia atrás, sintiendo cómo la sal de las lágrimas me quemaba los labios.

Pero, mientras las lágrimas me bañaban el rostro, crucé los brazos sobre el estómago, protegiendo mi vientre en un recuerdo involuntario de cuando llevaba una vida en mi interior. El dolor me desgarraba en mil pedazos, pero mi determinación era indestructible. Él era un héroe destrozado, un superviviente en busca

de redención, pero no le permitiría enmendar sus propios errores utilizando el corazón de mi hija.



RAFAEL CROSS

Capítulo 4

La noche de Miami caía sobre mis hombros con el peso de un yunque de hormigón. El aire era denso, saturado de humedad y olor a asfalto caliente, pero, por dentro, estaba completamente helado. El rechazo en la galería de arte aún me quemaba la piel como ácido sulfúrico. Las palabras de Camila se repetían en mi cabeza en un bucle sádico y ensordecedor, más destructivas que la onda expansiva de la bomba que me destrozó en Afganistán.

Caminé por la acera agrietada, sintiendo cómo cada bache resonaba en mis articulaciones, aún en proceso de recuperación. La cicatriz de mi cuello y mi abdomen palpitaba, un recordatorio físico de que mi cuerpo estaba tan destrozado como mi alma.

El bar estaba en una calle olvidada cerca del puerto, lejos del glamour de South Beach o del bullicio artístico de Wynwood. Era un agujero en la pared que olía a cerveza rancia, serrín húmedo y brisa

marina. El letrero de neón del escaparate parpadeaba intermitentemente, proyectando un resplandor rojizo sobre la calle desierta, exactamente el tipo de lugar donde los hombres que vivían en las sombras se reunían para lamerse las heridas sin el juicio de la sociedad.

Empujé la pesada puerta de madera desgastada. El chirrido de las bisagras oxidadas quedó ahogado por el sonido de una melancólica canción *country* que salía de una máquina de discos situada en un rincón del oscuro salón. El local estaba prácticamente vacío, iluminado únicamente por las lámparas que colgaban sobre la barra de caoba rayada y por un tenue humo de cigarrillo.

Me dirigí directamente a la mesa del fondo.

Nuestra mesa.

Allí estaban. Los cuatro hombres que habían compartido conmigo las peores batallas. El Equipo Fénix. Los hermanos que habían sangrado, sudado y matado a mi lado, y que me esperaban en el mundo de los vivos.

Tanque, con sus hombros macizos y la postura de quien siempre está listo para derribar un muro de ladrillos con sus propias manos, fue el primero en verme. Golpeó la madera con los nudillos, llamando la atención de los demás. Sombra alzó la mirada, fría y calculadora, los mismos ojos que no parpadeaban tras la mira de un rifle a ochocientos metros de distancia. Cerebro apartó la mirada del vaso que tenía en las manos, con esa mente genial y analítica que siempre procesaba variables invisibles. Y Cruz… simplemente me miró con esa calma clínica y empática de quien sabía identificar una hemorragia interna mucho antes de que apareciera la primera gota de sangre.

Me acerqué a ellos y Tanque echó la silla hacia atrás y se levantó. No dijo ni una palabra. Solo extendió su enorme mano, agarró la mía y me atrajo hacia un abrazo brusco, dándome palmadas en la espalda con una fuerza brutal.

—Menos mal que no te has muerto, Arcángel. Hijo de puta testarudo —me gruñó al oído en un tono áspero, cargado de un

profundo alivio que intentaba disimular con pura agresividad militar.

Me aparté del abrazo y Sombra fue el siguiente, estrechándome la mano con firmeza y asintiendo con la cabeza en señal de un respeto silencioso que valía más que cualquier discurso. Cerebro me dio un ligero puñetazo en el hombro sano, y Cruz acercó la última silla de madera rayada, indicándome que me sentara.

—Siéntate ahí, Arcángel. Parece que te han machacado bajo las orugas de un tanque y te han escupido de nuevo —comentó Cruz, con la mirada evaluando mi palidez mientras empujaba hacia mí un vaso de fondo grueso.

Me senté con pesadez. La silla crujió bajo mi peso, y el cansancio me caló hasta la médula, haciendo que mis piernas temblaran ligeramente bajo la mesa. Cerebro cogió la botella de whisky escocés, sin etiqueta, probablemente algo sacado de contrabando de la propia reserva del dueño del bar, y me sirvió tres dedos de ese líquido ámbar en mi vaso.

Miré la bebida. El hielo crujió, rompiendo el tenso silencio de la mesa. Levanté el vaso, el cristal frío contrastando con mis manos sudorosas.

—Por los que se quedaron atrás —murmuré nuestro brindis de siempre, con la ronquera arañándome las cuerdas vocales.

—Por los que se quedaron —respondieron los cuatro al unísono, alzando sus propias copas.

Me bebí el vaso de un trago. El whisky me abrasó la garganta como fuego líquido hasta llegar al estómago. Pero aquel breve ardor no bastó para derretir el hielo que la mirada de Camila había inyectado en mis venas. Golpeé el fondo del vaso contra la mesa con un chasquido seco.

Nadie respondió. Me estaban estudiando. Eran depredadores entrenados para leer el ambiente, interpretar microexpresiones y oler la derrota, y mi olor en ese momento era el de un fracaso absoluto.

—Entonces… —Sombra rompió el silencio, recostándose en la silla y cruzando los brazos tatuados, con los ojos fijos e impenetrables en mi rostro—. Fuiste a buscarla. ¿Cómo fue?

La mera mención de Camila me dejó sin aliento. Mis manos, que descansaban sobre la madera húmeda por la condensación, se cerraron instintivamente en puños tan apretados que las venas de mis antebrazos se marcaron bajo la piel.

—Fui a su galería de arte —respondí en un tono tan grave y vacío que apenas parecía humano. Me quedé mirando los restos de whisky en el fondo del vaso, incapaz de levantar la vista hacia mi equipo—. Y lo destrocé todo. Definitivamente.

Tanque frunció el ceño con pesadez, cogió la botella y volvió a llenarme el vaso, haciendo que el cuello de cristal tintineara contra el borde.

—¿Qué quieres decir con «lo he destrozado todo»? ¿No explicaste que pasaste dos años entre operaciones, coma y rehabilitación tras recibir un impacto en Helmand?

—¡Ya te lo he explicado, Tanque! —gruñí, con la amargura goteando de cada sílaba. Levanté la cara bruscamente, sintiendo cómo el agotamiento me tensaba la piel del rostro—. Y ella me miró, con esos ojos castaños que pasé dos años soñando con ver, y me dijo que mi muerte, para ella, ocurrió en el preciso instante en que dejé esa nota cobarde sobre la lámpara y cerré la puerta del piso.

Las palabras cayeron sobre la mesa como granadas de fragmentación.

Los cuatro hombres que me rodeaban se quedaron con el rostro tenso al unísono. Sabían lo de la nota, de mi compromiso y de lo que había sacrificado aquella madrugada para estar en el mismo avión de carga que ellos.

—La pura verdad es que ella me odia —continué, con la voz quebrada y el peso del rechazo aplastándome los pulmones. Apoyé los codos en la mesa, ocultando el rostro entre mis manos callosas —. Su odio es palpable. Y lo peor de todo… es que tiene toda la razón. Cuando Camila miró mi cicatriz… no vi amor. Vi repulsión.

Cerebro se inclinó hacia delante, con su mente lógica intentando desesperadamente aplicar una fórmula al caos humano.

—Necesita tiempo para asimilar el impacto de tu supervivencia, Arcángel. Han sido dos años de duelo activo. La ira es la primera respuesta fisiológica al trauma, un mecanismo de defensa estándar…

—No me jodas con tu psicología de código binario, Cerebro —le interrumpí, levantando la cabeza y señalándole con un dedo antes de dar otro largo trago de whisky. El alcohol empezaba a adormecer los bordes afilados del dolor, pero el núcleo seguía intacto y sangrando—. No fue solo rabia. Me mandó a desaparecer. Me mandó a volver al uniforme. Camila se ha construido toda una vida sin mí en estos dos años, y ha dejado muy claro que soy un intruso en el mundo que ella ha levantado.

Cruz suspiró profundamente. Se recostó contra el respaldo de la silla, estiró sus largas piernas bajo la mesa y miró al techo ahumado del bar durante unos segundos. Su calma siempre había sido el ancla del equipo en medio de los tiroteos, y ahora intentaba usar esa misma calma para detener mi hemorragia emocional.

—Escucha, hermano —comenzó Cruz, con la serenidad firme de quien sutura heridas bajo fuego cruzado—. Lo único que no tiene solución es la muerte, y tú no has muerto. Camila está herida y necesita tiempo para asimilarlo todo. Si aún queda amor, tendrás que reconstruir la confianza sin exigirle que ceda.

—No, Cruz —respondí, sacudiendo la cabeza lentamente de un lado a otro. La fría resignación sustituyó por fin a la ira, adormeciendo mis terminaciones nerviosas.

Me miré las manos. Manos marcadas, ásperas, plagadas de pequeñas cicatrices y callos, hechas para romper cuellos, montar explosivos, empuñar fusiles y quitar vidas. Aquellas no eran manos hechas para rodear la cintura fina y delicada de Camila, ni para acariciar su rostro en plena madrugada.

—No me perdonará —murmuré, con la voz descendiendo hasta un tono grave y vacío—. ¿Y sabes qué es lo peor? No debería

hacerlo.

Tanque dio un golpe con la mano abierta y pesada sobre la mesa. El estruendo hizo que los vasos de cristal saltaran, derramando whisky sobre la madera.

—¡¿Pero qué coño de actitud derrotista es esa, Arcángel?! —bramó, tensando los músculos del cuello—. ¡Tú eres nuestro líder! ¡Te arrastraste fuera del infierno, superaste todos los putos límites médicos para volver con esa mujer, y ahora vas a meter el rabo entre las piernas ante la primera ráfaga de fuego de supresión que recibas?! ¡Tú no eres ese tipo!

—¡Soy el tipo que la destruyó, Tanque! —Mi grito resonó por todo el bar. El dueño del local dejó de limpiar la barra y nos miró, pero rápidamente se dio la vuelta al percibir la energía letal que emanaba de nuestra mesa.

Bajé el tono, con la respiración pesada y sibilante entre mis dientes apretados.

—No visteis la cara de Camila ni sentisteis el miedo cuando intenté acercarme.

Apoyé la frente en el borde del vaso frío. El hielo contra mi piel actuó como un detonante. Mi mente me arrastró hacia atrás en el tiempo con una violencia nauseabunda. Me transporté a aquella maldita madrugada de hace dos años. El olor a vainilla y sexo en las sábanas. El cuerpo de Camila, cálido, pequeño y perfectamente pegado a mi amplio pecho. Su suave respiración mientras dormía, agotada tras hacer el amor con una intensidad alucinante.

Recordé el tintineo insistente y vibrante de mi móvil encriptado sobre la mesita de noche. El código rojo brillaba en la pantalla. El sudor frío en mi nuca. La elección imposible.

Aquella madrugada, mientras observaba a Camila dormir plácidamente, la idea de no responder a la llamada se me pasó por la cabeza durante un único, egoísta y seductor segundo. Podía ignorar la radio. Podía quedarme en casa.

Entonces, los rostros de Tanque, Sombra, Cerebro y Cruz invadieron mi mente. Los servicios de inteligencia confirmaban que se trataba de una incursión de alto riesgo en un terreno plagado de artefactos explosivos improvisados. ¿Cómo iba a quedarme en la cama, planificando la maldita lista de invitados a la boda, sabiendo que mis hombres marcharían hacia el corredor de la muerte sin mí? Su líder. El Arcángel. El escudo humano que debía ir al frente.

Si alguno de ellos moría en esa misión porque yo había decidido ser un marido en lugar de un SEAL, nunca sería capaz de volver a mirar a los ojos a Camila sin sentir un profundo asco por mí mismo. La hermandad del Equipo Fénix no era un trabajo; era un pacto forjado con sangre y pólvora.

Pero al decidir no dejarlos… la condené.

—Yo elegí la misión —susurré dirigiéndome a la mesa, con la confesión rasgándome la garganta, pero asegurándome de que todos la oyeran—. Aquella noche, dejé a Camila durmiendo sola y decidí coger el vuelo con vosotros y, por eso, activé una mina, entré en coma y arrastré su juventud y su vida conmigo al abismo.

Sombra frunció el ceño, con una expresión dura como el granito, pero con unos ojos que revelaban la empatía que solo un francotirador solitario podía tener.

—Eres un SEAL, Arcángel. Era tu deber y nuestra misión. Ella lo sabía muy bien cuando aceptó el anillo en el dedo. Nosotros no somos civiles.

—¡Pero ella es civil, Sombra! —repliqué, con la amargura y la frustración subiéndome por la tráquea hasta sentir el sabor metálico en la boca. Señalé con un dedo tembloroso hacia él—. Es una mujer civil que solo quería una vida normal. Que quería un marido que volviera a casa para cenar, sano y salvo. No un soldado que desaparece en la oscuridad y solo reaparece dos años después, cubierto de cicatrices, con la mente jodida y los nervios hechos trizas.

Me volví a llenar el vaso una vez más; el líquido dorado se balanceaba violentamente bajo la luz roja de la lámpara.

—Camila no se merece vivir a la sombra de mi uniforme —continué, mientras la epifanía enfermiza, cruel y autodestructiva cobraba fuerza, arraigándose como una certeza en mi mente—. Se merece un matrimonio con un hombre seguro. Un tipo con traje y corbata, que trabaje en una oficina acristalada en el centro. Un hombre que conduzca un turismo familiar, que nunca se despierte gritando en mitad de la noche porque está soñando con el olor a carne quemada. Un tipo sensato y estable, que nunca ponga su vida en pausa y la sumerja en la agonía porque una radio sonó de madrugada.

Cruz se inclinó hacia delante, apoyando sus antebrazos tatuados en la madera rugosa, con la mirada penetrante fija en la mía.

—¿Y crees que ese «hombre seguro» la amará con la misma ferocidad? —Cruz se inclinó—. No conviertas la cobardía en heroísmo tardío, Arcángel. Respetar sus límites es una cosa. Rendirse antes de intentar reparar lo que has hecho es otra.

Las palabras de Cruz fueron como bisturís quirúrgicos que me abrían el tórax. Golpeé la mesa con el puño cerrado, gruñendo:

—No es rendirse, Cruz. ¡Es misericordia! —Mi fachada se derrumbó—. Ella estaba de pie en medio de la galería, luchando por mantenerme alejado de la paz que había construido. ¿Quién soy yo para invadir una vida conquistada a costa de tantas lágrimas? ¿O para llevar la muerte de vuelta a su puerta?

Nadie dijo nada en nuestra mesa. La música country de la máquina de discos se detuvo, dejando solo el zumbido estático del letrero de neón de fuera y el sonido lejano de un buque de carga atracando en el puerto.

Los cuatro permanecimos en silencio. En aquel estado, creía que los hombres como nosotros éramos piezas rotas, remendadas por el trauma y la disciplina; armas hechas para la oscuridad, no para permanecer junto a las personas a las que amábamos.

Miré la botella de whisky casi vacía y me pasé las manos por el pelo corto.

—Voy a dejarla en paz —declaré. La decisión me abrasó la garganta como plomo fundido, ahogándome el corazón. Cada palabra parecía arrebatarme la capacidad de respirar—. Si el mayor acto de amor que puedo ofrecerle hoy a Camila es desaparecer… y dejarla vivir la vida limpia y segura que se merece… entonces eso es exactamente lo que voy a hacer. Seré el maldito fantasma que ella me ordenó que fuera.

Me bebí el último trago del vaso y cerré los ojos. El alcohol no me adormeció en absoluto. Solo hizo que el vacío que había en mi interior se volviera más lúcido y nítido.

El Arcángel, el líder forjado en las peores condiciones de combate para no rendirse jamás, estaba tirando la toalla por primera vez en su vida. Estaba batiendo en retirada. No retrocediendo ante un enemigo armado con un fusil, sino ante el odio de la mujer a la que amaba, plenamente convencido de que alejarme era el único y definitivo sacrificio que me quedaba.



CAMILA GARCIA

Capítulo 5

El trayecto desde la galería de arte hasta la casa de mi madre fue una completa nebulosa. Conduje por las calles iluminadas de Miami en piloto automático, apretando el volante de cuero con tanta fuerza que se me entumecían los dedos. El aire acondicionado del coche soplaba a toda potencia, pero me sentía asfixiada, atrapada dentro de un horno invisible. Las bocinas, los faros, la vida palpitante de la ciudad ahí fuera… todo era apenas un ruido de fondo ahogado por el sonido de mi propia sangre retumbando en mis tímpanos.

Está vivo.

La frase daba vueltas en mi mente como un disco rayado, arañando las paredes de mi cráneo. La imagen de Rafael de pie en la galería, con sus anchos hombros, la mirada destrozada y esa grotesca cicatriz que le surcaba el cuello, se negaba a abandonarme.

Cuando me detuve en el semáforo en rojo, intenté expulsar esa visión, pero su recuerdo seguía grabado tras mis párpados.

Pisé el acelerador en cuanto se puso en verde, con una respiración entrecortada y dolorosa. Había sobrevivido al dolor del abandono. Había recogido los pedazos de mi cordura, barrido el polvo del compromiso roto y levantado una muralla infranqueable alrededor de mi hija y de mí. Y en ese momento, en cuestión de minutos, él había vuelto para sacudir los cimientos de todo mi mundo.

Aparqué el todoterreno en el garaje de la casa de mi madre, apagué el motor y me quedé sentada en la oscuridad durante largos minutos. Mis manos cayeron sobre mi regazo, temblorosas. El silencio del coche me envolvió, y el agotamiento emocional finalmente cobró su precio. Dejé caer la frente sobre el volante, permitiéndome un único y contenido suspiro de desesperación antes de volver a ponerme la máscara. No podía derrumbarme. No dentro de aquella casa.

Cogí mi bolso y me dirigí hacia la puerta principal. La casa estaba sumida en esa tranquila penumbra del atardecer. El suave sonido de la televisión llegaba desde el salón. Dejé las llaves y el bolso sobre el aparador del pasillo, me quité los zapatos y caminé descalza por el suelo de madera pulida. Mi primer instinto, mi único punto de apoyo real, estaba arriba.

Subí las escaleras en silencio y empujé la puerta entreabierta de la habitación de Giovanna.

La tenue luz de la lámpara con forma de estrella proyectaba suaves sombras sobre las paredes pintadas de rosa pálido. Estaba tumbada en la cuna, abrazada a su conejito de peluche manchado, con la respiración profunda y rítmica que hacía moverse su pequeño pecho con tranquilidad. Me acerqué, apoyando las manos en la barandilla de madera de la cuna, y me quedé simplemente mirándola.

El parecido era una tortura cruel. Los rizos oscuros esparcidos sobre la almohada. La curva obstinada de la barbilla. Giovanna era la

copia fiel del hombre al que acababa de expulsar de mi vida.

Sentí cómo un nudo espeso se me cerraba en la garganta. Extendí la mano, con los dedos temblorosos, y aparté un mechón de pelo de la frente caliente de mi hija.

—No dejaré que nadie te haga daño, mi amor. Nadie —susurré al silencio de la habitación, y la promesa salió como un juramento de sangre.

Le di un beso suave en su mejilla regordeta, inhalando el aroma de la loción para bebés. Ese aroma me dio la fuerza que necesitaba. Enderecé la espalda, me sequé una lágrima solitaria que se empeñaba en caer y salí de la habitación, cerrando la puerta con cuidado.

Bajé las escaleras hacia la cocina. Necesitaba una copa de vino. O, mejor dicho, la botella entera.

Mi madre estaba de espaldas, guardando algunos platos en los armarios. Helena siempre había sido una mujer de gran intuición. Antes incluso de que yo dijera nada, o de que cogiera la copa de cristal de la estantería, dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia mí. Sus ojos castaños y sabios me examinaron en una fracción de segundo, captando mi piel pálida, los hombros tensos y el temblor casi imperceptible de mis manos.

—¿Camila? ¿Qué ha pasado? —La pregunta rompió el silencio, cargado de preocupación inmediata. Se secó las manos con el paño de cocina y se acercó—. ¿A la clienta no le han gustado los cuadros? Sofía…

—Rafael ha estado hoy en la galería.

Las palabras salieron de mi boca como piedras ásperas. Frías, duras y directas.

El paño de cocina se le resbaló de las manos a mi madre y cayó al suelo de gres con un sonido sordo. El rostro de Helena palideció al instante. Su nombre era un tabú en nuestra casa desde hacía dos años. Una palabra maldita que habíamos desterrado de nuestro vocabulario.

Mi madre parpadeó, con los labios entreabiertos, tratando de asimilar aquella información absurda.

—¿R… Rafael? —tartamudeó ella, apoyando la mano en la encimera de granito como si el suelo se hubiera estremecido—. Camila… ¿qué quieres decir con Rafael? ¿Te ha llamado?

Cogí la botella de Cabernet Sauvignon que ya estaba abierta sobre la encimera y me serví una generosa cantidad en mi copa. Me temblaban tanto las manos que el líquido rojo oscuro amenazó con derramarse.

—No, mamá. No ha llamado. Ha abierto la puerta de la galería y ha entrado. En carne y hueso. —Di un largo y profundo trago de vino. El alcohol me abrasó la garganta reseca al bajar, pero no sirvió para aliviar el frío que sentía en el estómago—. Está vivo, mamá, y ha vuelto.

Helena se llevó ambas manos a la boca, con los ojos muy abiertos, profundamente conmocionada. Ella, que me había abrazado durante meses mientras lloraba su ausencia, que había maldecido la cobardía del líder de los SEAL por haber destrozado a su hija, en ese momento parecía tan paralizada como yo cuando lo vi.

—Dios mío… Camila… —Se acercó a mí, rodeando la isla de la cocina, y me agarró por los brazos. Su tacto era cálido y reconfortante—. Pero ¿dónde ha estado? ¿Por qué desapareció en mitad de la noche? ¿Por qué nunca llamó? ¿Qué te ha dicho?

Solté una risa cínica y amarga, sacudiendo la cabeza. Me aparté de su contacto, incapaz de soportar ningún consuelo en ese momento. Empecé a dar vueltas de un lado a otro por la cocina de forma errática.

—Dijo que sería una misión rápida —comencé, con amargura —. Una incursión en Afganistán. Dejó esa nota porque fue demasiado cobarde para mirarme a los ojos y admitir que no sabía elegir entre el equipo y nuestro matrimonio.

Fui alzando la voz mientras la rabia hervía y ascendía hasta la superficie.

—Pero todo salió mal, mamá. Pisó un artefacto explosivo improvisado. —El recuerdo de la cicatriz me oprimió la garganta. La rabia vaciló ante el dolor—. La explosión lo lanzó contra una pared y le desgarró el cuello y el pecho.

Mi madre jadeó, cubriéndose la boca de nuevo, con los ojos llorosos llenos de horror. Aunque odiaba al hombre que me había abandonado, mi madre era humana. Y conocer la brutalidad de lo que le había ocurrido a Rafael resultaba estremecedor para cualquiera.

—Rafael pasó casi ocho meses inconsciente en Alemania —continué, con la garganta oprimida—. Los médicos le extrajeron metralla cerca de la columna vertebral y, después, estuvo más de un año en un centro militar de rehabilitación, reaprendiendo a caminar sin ayuda. Estuvo conectado a aparatos, mamá. Casi muere.

La cocina pareció encogerse bajo el peso de lo que acababa de decir.

Mi madre dejó que las lágrimas le resbalaran libremente por el rostro. Tiró de uno de los taburetes altos y se sentó despacio; el impacto de la historia le había dejado sin fuerzas.

—Dios mío, Camila… tantos meses inconsciente. Pasó por un auténtico infierno. —Helena me miró con compasión—. No se mantuvo alejado porque quisiera. Estaba en una cama de hospital, luchando por sobrevivir.

Escuchar a mi madre defenderlo, intentar racionalizar lo que había pasado, fue como echar gasolina al fuego que me consumía. Golpeé con la base de la copa de vino la encimera de granito con tanta fuerza que el cristal amenazó con romperse. El sonido retumbó por toda la habitación.

—¡No! —La señalé con el dedo, temblando de indignación—. No te atrevas a compadecerte de él, mamá. No conviertas a Rafael en la única víctima de esta historia.

Helena se sobresaltó ante el estruendo y levantó las manos.

—Camila, no estoy diciendo que…

—¡Él lo eligió, mamá! —la interrumpí, acercándome a ella con los ojos en llamas, derramando la verdad que había grabado a fuego en mi alma—. ¡Él eligió irse! Cuando sonó su teléfono aquella madrugada, podría haber dicho que no. ¡Faltaban veinte días para nuestra boda! Pero se levantó de nuestra cama, hizo las maletas y eligió la guerra. ¡El hecho de que la misión saliera mal y la bomba explotara es una tragedia militar, sí! ¡Es horrible! ¡Pero la decisión de dejarme sola ya estaba tomada antes de que su avión despegara!

Apoyé las manos en la encimera de granito, bajé la cabeza y respiré hondo, intentando controlar el violento temblor que sentía bajo las costillas.

—Casi muere en Afganistán —susurré en un tono apagado y doloroso, mientras las lágrimas caían en finas gotas sobre el mármol. Levanté la cara y miré a mi madre con el alma destrozada —. Pero él me mató primero. Me destrozó en el instante en que cerró la puerta del piso y se marchó.

Helena se levantó del taburete y se acercó a mí. Esta vez, no retrocedí. Me rodeó con sus brazos, acercando mi cabeza a su hombro. Cerré los ojos, permitiéndome llorar. Las lágrimas mojaron su blusa, pero me negué a sollozar. Estaba agotada de llorar por Rafael.

—Sé, hija mía, lo mucho que te ha dolido. Te he visto romperte y volver a recomponerte —susurró mi madre, acariciándome el pelo con la misma ternura con la que trataba a Giovanna.

Nos quedamos así unos minutos, con el silencio de la casa abrazando nuestro dolor. Poco a poco, fui recuperando el control. Me aparté lentamente, secándome la cara con el dorso de la mano y levantando la barbilla, reconstruyendo mi muro de hormigón.

—¿Qué le dijiste, Camila? —preguntó Helena con voz suave, estudiando mi rostro endurecido.

—Le mandé que se marchara —respondí, en un tono frío y decidido, sin atisbo alguno de vacilación. Volví a coger mi copa de vino—. Le dije que era un fantasma y que nuestro pasado se había

convertido en cenizas. Le exigí que recogiera sus cosas y volviera a la base de San Diego, o a dondequiera que la Armada quisiera, y le dije que no volviera a buscarme jamás.

Mi madre frunció el ceño y abrió ligeramente los ojos. Cruzó los brazos, y su postura pasó de ser acogedora a interrogativa.

—¿Lo has terminado todo así? ¿Definitivamente? —Parecía no poder creerlo—. Camila, he visto lo mucho que quieres a ese hombre. Ahora sabes que no se fugó con otra mujer ni se rindió por capricho; estaba en una cama de hospital. ¿No le vas a dar al menos la oportunidad de hablar y explicarte lo que pasó?

Di un paso atrás, mientras la incredulidad se apoderaba de mí.

—Mamá, ¿has oído lo que acabo de decir? —Negué con la cabeza—. He pasado dos años reconstruyendo mi vida. No puedo volver a aceptar a Rafael y vivir esperando una llamada que me anuncie que me he quedado viuda. No quiero vivir a la sombra de sus traumas ni del uniforme que aún ocupa tanto espacio. Ya no soy la mujer ingenua de antes. La puerta está cerrada con llave.

La determinación en mi voz era inquebrantable, pero mi madre conocía lo más profundo de mi alma. Me miró fijamente y el silencio entre nosotras se prolongó de forma peligrosa, hasta que ella formuló la pregunta que me aterrorizaba afrontar.

—¿Y tu hija, Camila?

Mi cuerpo se tensó violentamente. Mencionar a Giovanna era como tocar un nervio al descubierto con un hierro al rojo vivo.

—¿Qué le pasa? —repliqué de inmediato, con una postura rígida y a la defensiva, la madre leona asumiendo el mando.

Mi madre negó con la cabeza y respondió en voz baja, pero firme.

—Camila, Giovanna es hija suya. Rafael tiene una hija. Tiene derecho a saber que es padre. No puedes simplemente echar al hombre, sabiendo que ha pasado por el infierno de un coma, y ocultarle la existencia de su propia hija. Eso es cruel. Está mal.

—¿Un error? —Di un golpe con la mano sobre la encimera—. Lo injusto fue que se marchara sin despertarme, que yo pasara todo el embarazo sin saber si el padre de mi hija estaba vivo y que entrara en la sala de partos contigo y con Sofía mientras Rafael estaba desaparecido en una operación que nadie podía ni siquiera confirmar.

Me acerqué a mi madre, con los ojos ardiendo de una determinación letal e innegociable.

—Él no sabe nada de Giovanna, madre, y nunca lo sabrá.

Helena abrió la boca, horrorizada.

—No puedes hacer eso, Camila. Giovanna también tiene derecho a conocer a su padre, y Rafael tiene derecho a saberlo. Cuando se entere…

—¡No se va a enterar! —la interrumpí, con mi voz cortando la suya como una navaja.

Mi madre me miraba sin reconocerme. La conmoción en sus rasgos era evidente. Dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza.

—Camila, esto es una locura. Giovanna es su viva imagen. Esos ojos… esa terquedad. Si Rafael sigue en Miami, si decide no renunciar a ti, es cuestión de tiempo que la vea. ¿Qué crees que pasará cuando se cruce con vosotros por la calle y mire a la niña a la cara?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me imaginé a Rafael cruzándose con nosotros por casualidad, observando a Giovanna y reconociéndose a sí mismo en ella. La posibilidad de que exigiera un lugar en nuestra vida despertó el pánico, y lo ahogué con rabia.

—No la verá. Cogerá el vuelo de vuelta a California y desaparecerá entre las sombras, como siempre ha hecho. Está entrenado para aceptar la derrota cuando la misión se aborta, y yo acabo de abortar su misión en mi vida. —Levanté la barbilla, clavando mis ojos castaños en los de mi madre, dejando claro que ese tema no estaba abierto a debate—. Rafael perdió el derecho a ser el padre de Giovanna en el momento en que prefirió el uniforme.

Mi hija no va a convivir con un hombre emocionalmente inestable y destrozado, que puede estallar en cualquier momento, o que va a coger una mochila en mitad de la noche y desaparecer de nuevo.

—Lo estás haciendo por orgullo herido, Camila. No por ella —murmuró Helena, con la decepción desbordándose en su voz. Me lanzó una última mirada triste, sacudiendo la cabeza—. Y el orgullo es un pésimo consejero. Cuando esa bomba estalle, no digas que no te lo advertí.

Mi madre me dio la espalda y salió de la cocina, dirigiéndose hacia el salón, dejándome sola con el pesado eco de sus palabras.

Me quedé mirando el vino que quedaba en el fondo de la copa. Una parte de mí sabía que mi madre tenía razón: Rafael se merecía la verdad, y Giovanna también. Aun así, el miedo gritaba más fuerte. No soportaría otro abandono y no quería que mi hija aprendiera a amar a ese hombre solo para verlo elegir una misión otra vez.

Él pertenecía al pasado. Y yo mantendría a mi hija sana y salva en el mundo de los vivos, aunque para ello tuviera que ser la villana de la historia.



RAFAEL CROSS

Capítulo 6

El olor a pólvora simulada, sudor y goma quemada impregnaba la Kill House, una instalación de entrenamiento en espacios cerrados de la base de Coronado. El peso del chaleco, los cargadores, la radio y el casco sumaba casi treinta kilos sobre un cuerpo que, poco más de un año antes, aún necesitaba ayuda para sentarse en una cama.

Sin embargo, la memoria muscular es una fuerza implacable. No olvida. Aunque la mente esté destrozada, el cuerpo de un SEAL recuerda exactamente cómo matar y cómo sobrevivir.

Estábamos apiñados frente a lo que simulaba ser la puerta de un lugar de cautiverio terrorista. El ejercicio consistía en un rescate de rehenes de alto riesgo (HRT), con munición *Simunition*, proyectiles de tinta no letales, pero disparados con la misma

velocidad, ruido y retroceso que la munición real. Recibir un disparo de esos dejaba un hematoma del tamaño de una pelota de béisbol.

Yo era la punta de lanza. El número uno en la fila de asalto. Detrás de mí, sentía la presión de la mano derecha de Tanque en mi hombro, la señal táctica de que el equipo estaba listo y a la espera de mi orden.

Respiré hondo. El aire caliente y viciado del hangar me llenó los pulmones, tirando de la enorme cicatriz que me bajaba por el cuello y el pecho.

Levanté la mano izquierda, indicando en silencio la cuenta atrás.

Tres. Dos. Uno.

Cerebro, situado junto a la bisagra, activó la carga de brecha simulada. El estruendo resonó en las paredes de contrachapado con un chasquido seco y violento. La puerta se derrumbó hacia dentro y yo irrumpí en la sala antes incluso de que el polvo tocara el suelo.

—¡Amenaza a la derecha! —grité, con un tono gutural y automático, mientras «analizaba el terreno» desde el rincón de la sala.

Dos blancos de cartón saltaron de entre las sombras activados por sensores de movimiento, representando a terroristas armados. Mi memoria motora tomó el control. Con el rifle en alto y la mira alineada, apreté el gatillo dos veces. Dos disparos perfectos en la zona T de la cabeza del primer blanco. Giré el torso, trasladando el peso a la pierna izquierda, y disparé otros dos tiros al pecho del segundo blanco antes de que pudiera «disparar» a su vez.

Tanque entró como un tractor justo detrás de mí, despejando el flanco izquierdo con ráfagas cortas y precisas de su ametralladora. Cruz cubría nuestro punto ciego, mientras que Sombra ya se deslizaba por el centro de la sala como una niebla letal, identificando y neutralizando amenazas ocultas tras barricadas de madera.

El caos era ensordecedor, las órdenes cruzadas resonaban por la radio en mis oídos. Era la sinfonía caótica que yo dirigía desde

hacía más de diez años. El lugar donde el Arcángel existía sin fallos.

Avanzamos por el estrecho pasillo, con las suelas de nuestras botas golpeando el hormigón en perfecta sincronía. Llegamos a la última sala, el supuesto lugar de cautiverio.

Di una patada a la puerta de madera con la suela de la bota, derribándola con una fuerza brutal. Irrumpí en la habitación blandiendo el arma. El espacio era pequeño, iluminado por una luz estroboscópica que desorientaba los sentidos.

Allí, al fondo de la sala, escondido tras una diana civil —el dibujo a tamaño real de una mujer aterrorizada con las manos en la cabeza—, apareció un objetivo hostil con un arma apuntando a la cara de la «rehén». Era la peor situación de CQB (combate en espacios cerrados). Un disparo de precisión a menos de diez metros, donde un milímetro de error significaba ejecutar a la víctima a la que habíamos venido a salvar.

Levanté el fusil. La retícula roja de mi visor holográfico se clavó exactamente en el espacio entre el rostro de la rehén y la cabeza del terrorista. Mi dedo se tensó sobre el gatillo.

Pero, en una fracción de milisegundo, la luz estroboscópica parpadeó.

La imagen de cartón de la rehén se distorsionó en mi retina. Durante un segundo microscópico, irreal y aterrador, el rostro impreso en la diana se transformó. Los ojos no eran solo tinta negra; eran marrones. Grandes, dolidos, derramando lágrimas de odio.

Camila…

La mirada que me lanzó en la galería de arte de Miami se superpuso a la escena de entrenamiento. El dolor me golpeó como un disparo de escopeta en el centro del pecho. Mi cerebro, esa máquina infalible que funcionaba sin emociones, se bloqueó.

Mi dedo se quedó paralizado en el gatillo. Solo por un segundo. Solo por un latido descoordinado.

Pero en combate, un segundo es una eternidad.

Antes de que pudiera parpadear y disparar, el sonido de un disparo rasgó el aire por encima de mi hombro derecho.

Sombra…

El francotirador del equipo había disparado, acertando con una bala de tinta roja justo en el centro de la frente del objetivo terrorista, a milímetros de la cara del objetivo de cartón que representaba a la rehén civil. El enemigo de cartón cayó hacia atrás, neutralizado.

—*¡Fin del ejercicio! ¡Fin del ejercicio!* —La voz electrónica del instructor resonó con fuerza por los altavoces del hangar, haciendo eco en las paredes metálicas—. *Equipo Fénix, sala despejada. Podéis desarmaros.*

Bajé el fusil y bloqueé el seguro. El cañón de mi arma temblaba ligeramente.

Respiré hondo el aire caliente del hangar a grandes bocanadas. El sudor frío me resbalaba por la cara, no por el esfuerzo físico, sino por la descarga de adrenalina equivocada que inundaba mis venas. La imagen de Camila se había infiltrado incluso en mi instinto más básico de supervivencia. Estaba completamente jodido.

—¿Todo bien por ahí, Arcángel? —La voz grave y ronca de Tanque llegó desde detrás de mí.

No tuve que darme la vuelta para saber que los cuatro hombres de mi equipo me estaban mirando fijamente. Su silencio era opresivo. Lo habían visto. En mi mundo, una vacilación como esa no pasa desapercibida para unos tipos que dependen de sus reflejos para volver vivos a casa.

—Todo en orden. Zona despejada —murmuré con tono seco. Di media vuelta, evitando su mirada—. Vamos al vestuario.

Caminamos en silencio por los pasillos de hormigón hasta las puertas dobles del vestuario de la base. El sonido del velcro de nuestros chalecos al quitárnoslos y el ruido metálico de las armas al descargarlas en los bancos de acero llenaban el ambiente.

Me senté en el banco de aluminio, tiré el casco a un lado y me cubrí la cara con las manos. Hacía dos semanas que había vuelto a San Diego, dejando atrás Miami. Dos semanas intentando desaparecer como me había pedido Camila, mientras me hundía cada vez más.

Una botella de agua helada me golpeó en el pecho. Levanté la cabeza y atrapé el plástico húmedo al vuelo. Tanque estaba de pie frente a mí, todavía con los pantalones tácticos puestos, con el sudor brillando en los anchos músculos de sus brazos cruzados sobre el pecho.

Sombra, Cerebro y Cruz se sentaron en el banco de enfrente, formando un semicírculo que más bien parecía un tribunal militar.

Apreté el tapón de la botella, sintiendo cómo se volvía pesada la atmósfera.

—¿Qué os pasa? Fuimos los más rápidos del pelotón, el tiempo de asalto fue impecable —murmuré, fingiendo concentrarme en desatarme las botas de combate.

—La sincronización fue impecable. La incursión fue impecable —comenzó Cruz, con voz fría y serena, deslizándose la toalla por el cuello—. Pero vacilaste en la última sala, Arcángel.

Mis manos se detuvieron en los cordones. Levanté la cara. La mentira ya estaba lista en la punta de mi lengua, pero no había forma de mentirles a esos tipos.

—Fue menos de medio segundo —respondí a la defensiva, con voz áspera, desafiándolos—. Tenía al objetivo en la mira.

Sombra se apoyó en el armario metálico que tenía detrás, con la mirada penetrante atravesando la distancia que nos separaba como un láser de precisión.

—Un segundo de vacilación frente a un objetivo armado no es una pausa técnica, Rafael. Es una sentencia de muerte. Si la munición fuera real, si ese francotirador fuera de los talibanes, la rehén estaría muerta y tú tendrías una bala en la frente. Disparé

porque vi cómo se te tensaban los hombros. ¿Qué demonios viste ahí dentro?

La vergüenza, mezclada con la rabia, me asfixiaba. Golpeé el suelo con la suela de la bota y tiré la botella de agua a un lado.

—Perdí la concentración. Son cosas que pasan —gruñí, levantándome, dispuesto a escapar de aquel interrogatorio e irme a la ducha.

Pero Tanque me puso su mano, del tamaño de una raqueta de tenis, en el hombro, empujándome de vuelta al banco con la facilidad de quien mueve una silla vacía.

—Eso les pasa a los reclutas aterrorizados. No al Arcángel —replicó Tanque; su voz grave pareció hacer temblar las paredes del vestuario. Arrastró un banco de madera y se sentó frente a mí, inclinándose para acortar la distancia—. Físicamente estás aquí, en la base, hermano. Tu cuerpo, reconstruido y remendado, lleva puesto este uniforme. Pero tu cabeza, toda tu alma, se quedó tirada en Miami.

Esos tipos me conocían mejor que yo mismo.

Cerré los ojos y aparté la cara. El dolor me latía bajo el esternón de forma insoportable.

—Déjalo estar, Tanque. Ya te lo he dicho. He tomado mi decisión. La he dejado en paz.

—No has tomado ninguna decisión. ¡Has firmado un puto tratado de rendición! —intervino Cerebro, con su mente analítica lanzando palabras como dardos certeros. Se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro—. Rafael, ¿crees que estar aquí entrenando va a borrar por arte de magia a Camila de tu disco duro? Tus niveles de cortisol están por las nubes, tu frecuencia cardíaca en reposo está desregulada y hoy has dudado al disparar desde la zona neutral porque tu subconsciente está luchando contra tu racionalidad. Estás destrozado. Y no vas a arreglar esto apretando el gatillo.

—¿Y cómo crees que lo arreglo, Cerebro?! —Mi grito resonó en el techo de yeso; la furia y la desesperación rompían mis ataduras. Me levanté, empujando el hombro de Tanque y situándome en el centro del semicírculo, con los músculos del cuello tensos y doloridos—. ¿Volver allí? ¿Llamar a su puerta para volver a oír lo mucho que le repugna el hombre en el que me he convertido? ¡Me ha echado! ¡Camila me miró a los ojos y me mandó marcharme! ¿Qué queréis que haga? ¿Que me arrastre por el asfalto de Miami hasta que se apiade de mí?

Durante diez largos segundos, nadie habló en el vestuario; solo el goteo del agua de las duchas al fondo rompía la tensión.

Cruz se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y entrelazando los dedos. Me miró fijamente a los ojos, mientras su tono tranquilo actuaba como un torniquete contra mi desesperación.

—Sí —dijo Cruz, de forma sencilla y brutal—. Exactamente eso. Si tienes que arrastrarte, te arrastras. Si tienes que sacrificar tu orgullo, lo sacrificas. Porque ya te hemos visto con el cuerpo abierto, partido por la mitad, sangrando hasta casi morir en ese maldito desierto, Rafael. ¿Y sabes por qué sobreviviste? ¿Sabes por qué la máquina no pitó indicando el fallo de tus órganos vitales?

Tragué saliva amarga, incapaz de responder.

—Porque querías volver con ella —completó Tanque, con una voz grave que perdía su agresividad y adoptaba un tono de hermandad absoluta—. Yo estaba en la sala de espera cuando salió el cirujano, Arcángel. Dijo que tu corazón debería haberse detenido con el traumatismo torácico que sufriste. Pero no se detuvo y sabemos por quién siguió latiendo ese músculo.

Sombra se apartó del armario y se colocó frente a mí. Era el tipo más letal y frío que conocía, un hombre capaz de calcular la rotación de la Tierra y la velocidad del viento antes de decidir el destino de una vida.

—Escucha bien, Arcángel —dijo Sombra en un tono bajo y letal, grabándome las palabras en la mente—. En combate, fallar el

blanco porque el viento ha desviado tu bala hacia un lado es un riesgo aceptable. Corregimos el tiro y lo intentamos de nuevo. Pero no disparar… quedarse mirando el blanco a través de la mira telescópica y bajar el rifle por miedo a fallar… eso es cobardía. Y a un cobarde no lo sigo.

Las palabras de Sombra me dejaron sin aliento. La acusación de cobardía procedente de un hermano no era un insulto; era un diagnóstico de fallo estructural.

—¡Estoy intentando proteger a Camila de mí mismo! —Me golpeé el pecho con el puño, sintiendo cómo me ardía la cicatriz—. ¡Soy un desastre! ¡He pasado por un infierno que ella ni siquiera puede imaginar! ¡Ella se ha construido una vida limpia, perfecta! ¡Yo sería la granada que destruiría su maldita galería de arte! Os lo dije en aquel bar de Miami. ¡Es un sacrificio! ¡Es misericordia!

—No me vengas con esa tontería del mártir de Hollywood —le interrumpió Cerebro, enderezando la postura, con un tono analítico que cortó de raíz mi defensa—. No eres un héroe de cómic, Rafael, y tu vida no es una tragedia griega. La dejaste antes de la boda para no decepcionar al equipo. Ahora la dejas por segunda vez para «protegerla» de tus propios traumas. ¿Te das cuenta del patrón? Cada vez que las cosas se ponen emocionalmente difíciles con ella, te escondes tras una justificación noble y vuelves corriendo a la Armada. No estás protegiendo a Camila de tu oscuridad, Líder. Estás huyendo de su ira. Porque sabes que ella tiene razón. Sabes que la has herido, y el hombre invencible del Equipo Fénix no sabe cómo lidiar con la culpa de haberse equivocado.

Todo el vestuario se quedó en silencio. Las palabras de Cerebro atravesaron mi última barrera defensiva como una cuchilla incandescente cortando mantequilla.

Mis hombros se hundieron. Toda la resistencia, toda la rabia, toda esa excusa raída de «misericordia» se fue por el desagüe. Retrocedí y caí sentado de nuevo en el banco de aluminio, apoyando los codos en las rodillas, con la mirada fija en el suelo de hormigón gris.

Tenían razón. Que Dios me perdone, todos tenían razón.

Me moría de miedo de Camila. El comandante que asaltaba fortalezas bajo fuego intenso se escondía en Coronado porque parecía más fácil enfrentarse a un ejercicio de tiro que escucharla decir que prefería que siguiera muerto.

—Ya hemos derribado puertas en Afganistán, en Siria y en África —dijo Tanque, acercándose a mí y apretándome con fuerza el hombro sano—. ¿Me vas a decir que tienes miedo de golpear una puerta de madera blanca? ¿Vas a dejar que todo el sufrimiento que has soportado en rehabilitación haya sido en vano?

Levanté la cara y miré a los cuatro hombres que estaban de pie a mi alrededor. Mi manada. Los tipos que conocían cada rincón de mi oscuridad y que, aun así, me empujaban de vuelta hacia la luz.

La duda que había enterrado dos semanas antes empezó a crecer. Recordé el olor de Camila en la galería, sus ojos muy abiertos y cómo se le quebró la voz cuando me echó. No solo sentía odio. Todavía sangraba por mí y yo, en lugar de intentar reparar el daño, le di la espalda otra vez.

—Si vuelvo allí… —El susurro me salió ronco, propio de un hombre que estaba rompiendo sus propios esquemas—. Ella me destruirá, Cruz. Me triturará el corazón y me lo escupirá de vuelta. Camila me quiere lejos.

Cruz esbozó una sonrisa de medio lado, el tipo de sonrisa de quien conoce la naturaleza humana mejor que los libros de anatomía.

—Pues deja que te destruya, Arcángel. Al menos así le darás la oportunidad de reconstruirte según sus propios términos. La decisión de reconstruir una vida juntos es suya, no tuya. Tu deber es presentarte en el campo de batalla y luchar.

Cerré los ojos. La imagen de Camila invadió mi mente, pero esta vez no era la de aquella mujer fría expulsándome de la galería. Era la mujer recostada sobre mi pecho, sonriendo y creyendo que nuestra vida comenzaría en veinte días. La mujer a la que prometí

que mi eternidad sería enteramente suya en cuanto el anillo estuviera en mi dedo.

Sin embargo, esta vez no habría explosivos ni notas cobardes que pudieran hacerme retroceder.

Abrí los ojos. La determinación letal del líder del Equipo Fénix sustituyó a la oscuridad del trauma. No estaba muerto. No quería seguir viviendo de esa manera. Quería mi lugar en el mundo de los vivos y mi mundo solo existía a su alrededor.



CAMILA GARCIA

Capítulo 7

El sol matutino de Miami ya azotaba el asfalto con una luminosidad deslumbrante, transformando la humedad del aire en una niebla espesa y pegajosa que se adhería a la piel. Era el tipo de calor que te dejaba sin energía incluso antes de que el reloj marcara las nueve, pero mi cansancio no tenía nada que ver con el clima subtropical. Funcionaba a base de cafeína y puro instinto de supervivencia.

Había pasado una semana desde que Rafael cruzó la puerta de mi galería de arte. Siete noches en vela, mirando al techo de mi habitación, con el corazón latiendo a un ritmo irregular, esperando a que él apareciera entre las sombras. Pero Rafael no vino. Me había convencido de que mis palabras crueles, bañadas en el odio que mi ex se merecía, habían surtido el efecto deseado. El líder de los SEAL, el guerrero implacable, había huido.

¿Habría vuelto Rafael a California? Me había dejado en paz. La misión de recuperarme se había abortado.

O, al menos, eso era lo que repetía como un mantra desesperado mientras le abrochaba las sandalias rosas a los piececitos inquietos de Giovanna.

—Ya está, cariño. Ya tienes el zapato puesto —murmuré, esbozando una sonrisa forzada mientras le arreglaba el cuello de su vestidito vaquero.

Giovanna soltó una carcajada aguda, apretando contra su pecho el conejito de peluche manchado.

—¡La abuela! —exigió, señalando con su dedito regordete hacia la ventanilla de mi todoterreno.

—Así es. Ahora nos vamos a casa de la abuela Helena, y mamá se va a trabajar. —Cerré la puerta trasera del coche; el sonido metálico ahogó la risa de mi hija.

Me había mudado hacía unos meses a un cómodo piso a pocos kilómetros de la casa de mi madre, en busca de la independencia que mi carrera en la galería ahora me permitía mantener. Pero la rutina matutina seguía siendo la misma: dejar a Giovanna con Helena antes de enfrentarme al mundo de las artes plásticas de Wynwood.

Me senté en el asiento del conductor, arranqué el motor y dejé que el aire acondicionado enfriara el sudor que me brotaba en la nuca. El trayecto fue corto. Las calles de Coral Gables, flanqueadas por enormes robles y palmeras, parecían el escenario de una película tranquila e intocable. Respiré hondo, sintiendo cómo mis músculos por fin empezaban a relajarse. La tormenta había pasado. La vida volvería a la normalidad.

Doblé la esquina de la calle de mi madre y reduje la velocidad. La casa de fachada blanca y tejas coloniales apareció en mi campo de visión, un refugio seguro e inmutable.

Aparqué el todoterreno junto al bordillo, apagué el motor y cogí la pesada bolsa de pañales del asiento del copiloto. Salí del

coche, sintiendo el calor de la calle, y abrí la puerta trasera. Giovanna estiró sus cortitos bracitos hacia mí.

—Ven aquí, mi princesita. —Apreté su cuerpecito cálido y perfumado contra mi pecho, apoyándola en mi cadera izquierda. El peso familiar de Giovanna era mi ancla. Cerré la puerta del coche con un empujón de mi hombro libre.

Di el primer paso hacia la acera.

Entonces, el mundo dejó de girar.

El aire se esfumó de mis pulmones con una violencia tan absoluta que mi visión se oscureció por los bordes. La bolsa de pañales que colgaba de mi hombro parecía pesar una tonelada, tirando de mis músculos hacia abajo. Las cigarras que cantaban en los árboles parecieron callarse.

Sentado en el escalón más bajo del porche de mi madre, con los codos apoyados en las rodillas y las grandes manos entrelazadas, estaba él.

Rafael…

Mi ex prometido no llevaba ropa de combate, ni se parecía al hombre destrozado y desesperado de la galería. Llevaba unos vaqueros oscuros, botas militares de cuero marrón y una camiseta de algodón negra que se ceñía a sus hombros absurdamente anchos. El pelo corto, la postura tensa, la presencia depredadora que ocupaba todo el espacio a su alrededor.

No había vuelto a San Diego. No había huido. Una descarga de adrenalina y terror me recorrió la columna vertebral, congelándome los pies en el hormigón caliente de la acera.

Al oír el portazo de la puerta de mi coche, Rafael levantó la cabeza.

Su mirada se cruzó con la mía al instante, fijándose en mí con la precisión de un francotirador de élite. El dolor, la determinación letal y el agotamiento se entremezclaban en su rostro, marcado por aquella horrible cicatriz en el cuello. Se levantó lentamente, desplegando aquella montaña de músculos hasta alcanzar su altura

máxima. El movimiento fue contenido, pero cargado de una energía pesada e ineludible.

El pánico me golpeó en lo más profundo del estómago como un yunque.

Giovanna.

El instinto primitivo, visceral e irracional de protección maternal se apoderó de mi cuerpo en milisegundos. Apreté a Giovanna contra mi pecho con tanta fuerza que ella soltó un murmullo de protesta. Giré ligeramente el cuerpo hacia la derecha, intentando utilizar mi propio torso, mi cabello, mi vida, para ocultar a mi hija de su campo de visión.

Tenía que volver al coche, cerrar las puertas con llave y acelerar hasta que las ruedas se derritieran sobre el asfalto. Pero mis piernas estaban atrapadas en bloques de hormigón invisibles.

Rafael dio el primer paso hacia mí, bajando por el pequeño sendero de piedras que atravesaba el jardín de mi madre.

—Camila… —La forma en que pronunció mi nombre acortó la distancia entre nosotros, ronca y profunda, con un timbre que me ponía los pelos de punta.

—¡¿Qué haces aquí?! —La pregunta me salió entrecortada, aguda, al borde de la histeria. Di un paso vacilante hacia atrás, golpeándome la pantorrilla contra el lateral de mi neumático. La bolsa de pañales se me resbaló del hombro y cayó al césped con un golpe sordo, pero no me atreví a agacharme para recogerla—. ¡Te mandé que te fueras! ¡Te dije que desaparecieras de mi vida!

Se detuvo a tres metros de distancia. Su expresión era inquebrantable. Ya no era el hombre que suplicaba perdón en la galería; era el Comandante del Equipo Fénix, firme, clavando los pies en el suelo de una zona de guerra que se negaba a abandonar.

—Lo he intentado, Camila. Juro por Dios que he intentado hacer lo que me pediste. Ya no soy el mismo cobarde de hace dos años. No voy a dar la espalda otra vez. Vamos a hablar y no me iré

de esta ciudad hasta que me escuches, aunque tenga que vivir en esta acera.

—¡No tenemos nada de qué hablar! —grité, sintiendo cómo la desesperación me quemaba la garganta. Mis manos temblaban violentamente sobre la espalda de Giovanna. Intentaba empujarla contra mi cuello, rezando para que mantuviera la cara escondida entre mi pelo—. ¡Aléjate de mí, Rafael! ¡Aléjate de mi familia! ¡No tienes derecho a acosarme en casa de mi madre!

Su amplio pecho subía y bajaba al ritmo de una respiración pesada. Abrió la boca para replicar, para insistir, pero las palabras nunca salieron.

La cálida brisa de Miami sopló, agitando mi cabello. Y el sonido más inocente y devastador del mundo resonó en el silencio que nos separaba.

—¿Mamá? ¿Abuela? —Giovanna, sintiendo mi tensión y aplastada contra mi pecho, echó la carita hacia atrás, intrigada por la voz grave del hombre que teníamos delante. Giró su cabecita, con los rizos oscuros balanceándose, y clavó la mirada en Rafael.

El tiempo dejó de existir. El sol pareció apagarse. La gravedad falló.

La escena se desarrolló a cámara absurdamente lenta ante mis ojos aterrorizados.

Vi la milésima de segundo exacta en la que la mirada de Rafael se deslizó de mi rostro y se posó en la niña acurrucada en mis brazos. Vi cómo se le tensaba la mandíbula. Vi cómo se le iba el color de la cara, cómo su piel bronceada por el sol se volvía tan pálida como la cera. Su pecho dejó de moverse.

La respiración del soldado más letal que jamás había conocido simplemente se detuvo.

Rafael parpadeó una, dos veces, incapaz de asimilar la imagen. La mirada de Rafael se fijó en la de Giovanna, grande, curiosa y aterradoramente parecida a la suya. Era como mirar dos gotas de agua separadas únicamente por una generación y un

uniforme militar. El rostro de mi hija era el molde perfecto, la herencia genética irrefutable y cruel del hombre que se encontraba a tres metros de distancia.

Me atraganté, con un sonido patético y húmedo que me desgarró la tráquea. Giré el cuerpo bruscamente, dándole la espalda, ocultando a Giovanna por completo.

—Shh, cariño, mamá está aquí… mamá está aquí —le susurré frenéticamente a mi hija, intentando meter la mano en el pomo de la puerta del todoterreno con los dedos temblorosos, fallando una y otra vez. La llave estaba en mi bolsillo. La puerta estaba cerrada con llave. El pánico era una bestia que me devoraba viva por dentro.

—Camila… —El susurro de Rafael llegó desde detrás de mí. No era una voz. Era el sonido de un terremoto fracturando placas tectónicas. Era el sonido de un hombre descubriendo que todo su mundo era una mentira.

A mis espaldas, oí el sonido de la suela de su bota rozando el asfalto. Había dado un paso. La distancia entre nosotros se acortó.

—¡Quédate donde estás! —grité, girando el cuello hacia atrás, con los ojos desorbitados y el terror desbordándose en lágrimas calientes que finalmente se deslizaron por mi rostro—. ¡No te acerques a nosotros!

Pero él no me estaba mirando. Los ojos de Rafael estaban fijos en la regordeta piernecita de Giovanna que colgaba de mi cadera. Todo el cuerpo del SEAL temblaba. Sus manos callosas, siempre tan firmes en el gatillo de un fusil de asalto, en ese momento temblaban como hojas al viento junto a su cuerpo. Su boca se abría y se cerraba, buscando palabras en un diccionario que se había reducido a cenizas.

Rafael levantó la mirada lentamente, cruzándola con la mía. El dolor, la conmoción y una certeza atroz chocaron en sus rasgos con una brutalidad aterradora.

—Su edad… —La frase se quedó a medias. El aliento volvió en un jadeo sibilante, aspirando el aire con desesperación. Dio un paso

más, ignorando mis gritos. Su amplio pecho se detuvo a menos de un metro de mí—. El color de los ojos de la niña…

—¡Cállate, Rafael! —grité, abrazando a Giovanna con tanta fuerza que la niña soltó un lloriqueo asustado, agarrándose a mi cuello. Apreté la espalda contra el cristal caliente del coche. Estaba acorralada.

—Camila… ¿quién es ella? —preguntó. La pregunta no era una duda; era un suplicio. Era la súplica de un condenado en el corredor de la muerte suplicando por la guillotina. Sus ojos, enrojecidos en los bordes, se llenaron de una humedad espesa. La máscara del SEAL se había desmoronado. El héroe de guerra yacía hecho pedazos en la acera de una calle de las afueras.

Mi corazón latía con tanta fuerza que notaba el sabor de la sangre en la boca. Quería mentir. Había planeado esa mentira. Diría que me había quedado embarazada de otro. Diría que había seguido adelante semanas después de que él desapareciera. Estaba dispuesta a convertirme en la mayor villana del universo para protegerla.

Abrí la boca para soltar la mentira. Para decir que ella no era hija suya.

Pero mi voz me falló. El peso de esa farsa se derrumbó bajo el peso de la realidad. ¿Cómo mentir cuando la prueba irrefutable estaba allí, parpadeando con sus largas y oscuras pestañas, mirándolo con la misma expresión desafiante con la que él solía mirar al mundo?

Mi vacilación, mi silencio roto por sollozos reprimidos, fue la única respuesta que él necesitaba.

El impacto golpeó a Rafael con la fuerza física de un puñetazo. Las piernas le fallaron. La rodilla derecha de Rafael se estrelló contra el hormigón caliente de la acera con un ruido sordo. El guerrero de casi un metro noventa, el invencible comandante de la Armada de los Estados Unidos, se desplomó. Apoyó la mano derecha en el asfalto para no caer de bruces al suelo, mientras que la otra mano se llevó al pecho, clavando los dedos en la camiseta

negra sobre el corazón, en un gesto propio de quien sufre un infarto allí mismo.

—Dios mío… —El lamento rompió el silencio de la mañana, en un ruido animal, empapado de culpa, de horror y de revelación. Bajó la cabeza, golpeándose la barbilla contra el pecho y sacudiendo sus anchos hombros con la fuerza del impacto—. Dios mío, Camila…

—¡No la toques! —ordené, encogiéndome contra la carrocería del coche, con las lágrimas manchándome el rostro. La negación inútil dio paso a un instinto salvaje de defensa. El terror se convirtió en furia—. ¡No te atrevas a mirarla, ni a acercarte a mi hija!

Rafael levantó la cabeza lentamente. Tenía el rostro bañado en lágrimas. El impacto inicial se había transformado en un dolor tan abismal que le deformaba los rasgos. Miró a Giovanna, y el respeto, el amor y el asombro que se reflejaban en su mirada eran tan intensos que sentí una punzada de agonía física en mi propio vientre.

—Es mía… es mía… —balbuceó, con las palabras saliendo arrastradas y temblorosas, como si buscaran a tientas en la oscuridad. La mano tatuada, la misma que se había apoyado en el suelo, se alzó en el aire, temblando en nuestra dirección, con los dedos deseando desesperadamente tocar la punta del zapato rosa de Giovanna.

La proximidad de esos dedos desencadenó mi explosión.

Di una patada al aire en su dirección, alejándolo con violencia, con la furia nublándome la vista.

—¡Ella es MÍA! —grité, con la voz desgarrándome las cuerdas vocales y el eco resonando por toda la calle. El odio y el dolor de dos años de noches en vela, ecografías en soledad y un parto aterrador estallaron como un volcán dormido—. ¡No es tuya en absoluto! ¡Perdiste el derecho a ser nada para ella en el mismo instante en que escribiste esa nota y nos diste la espalda!

Rafael parpadeó; el dolor de mi grito hundió aún más sus rasgos en la culpa. No retrocedió y siguió arrodillado sobre el

hormigón. Su mirada se quedó clavada en nosotras dos; cada palabra parecía una bala que él creía merecerse.

—Estabas embarazada… —susurró, con la voz quebrándose en cada sílaba y las lágrimas calientes siguiendo el surco de la cicatriz de su cuello. El horror y el asco hacia sí mismo se reflejaban en su rostro—. Aquella noche. Llevabas a mi hija en tu vientre y te dejé sola. Os dejé solas…

—¡Le supliqué a Dios que me dijera si estabas vivo o muerto, Rafael! —grité, con el pecho agitado y los sollozos rompiendo por fin mi barrera. Ya no podía contenerme más. La armadura se había convertido en polvo—. ¡Sangré por ti! ¡Tuve a Giovanna sola, de la mano de mi madre, esperando a que se abriera la puerta de la maternidad y tú entraras sonriendo! ¡Pero nunca viniste! ¡¿Y ahora te presentas en la acera, queriendo jugar a ser una familia?!

Giovanna, asustada por mis gritos y mi llanto, empezó a sollozar, escondiendo su carita enrojecida en el pliegue de mi cuello.

—Shh, tranquila, pequeña. Mamá está aquí. —Cambié de tono al instante, meciéndola en mis brazos y besando la coronilla de sus rizos oscuros, mientras mis propias lágrimas mojaban el pelo de mi hija.

Rafael presenció la escena. El dolor de ver a su hija con miedo de él parecía arrancarle las entrañas del cuerpo. Se tragó su propia agonía y obligó a su cuerpo destrozado a levantarse. Lentamente, se incorporó del asfalto. El guerrero volvió a ponerse de pie, pero la arrogancia del líder ya no existía. Solo quedaba un hombre destrozado.

—No lo sabía, Camila —dijo, mirándome directamente a los ojos llorosos—. Lo juro por mi vida, no tenía ni idea de que tenía una hija. Hubiera preferido morir en esa mesa de operaciones en Alemania antes que dejaros a las dos desamparadas si lo hubiera sabido.

—¡Pero no lo sabías, y el hecho de que no lo supieras solo demuestra lo fácil que te resultó deshacerte de mí! —repliqué, con el

pecho agitado, apartando la cara—. Ahora ya lo sabes. Tu misión ha terminado. Tu deber no está aquí. Vete, Rafael.

No se movió. Sus pies parecían clavados en la acera.

Su expresión cambió. La desesperación que lo había puesto de rodillas dio paso al instinto territorial y a la determinación de un soldado que acababa de encontrar la única razón para seguir vivo.

—Iba a coger ese vuelo hoy —declaró en un susurro profundo que llenaba el aire cálido entre nosotros con una promesa irrevocable—. Iba a respetar tu dolor y desaparecer para siempre, Camila. Porque pensé que estarías mejor sin un hombre arruinado a tu lado.

Dio un único paso hacia delante, no lo suficiente como para acorralarme, pero sí para que sintiera el peso de su cuerpo.

—Pero eso fue antes —continuó Rafael, con su mirada calándome hasta lo más profundo, cautivando mi alma. Bajó la vista hacia Giovanna, y la devoción que se reflejaba en ella era deslumbrante—. Soy un cobarde, un pedazo de mierda que destruyó nuestro matrimonio. Puedes odiarme el resto de tus días. Puedes gritarme, pegarme y cerrarme todas las puertas de esta ciudad en las narices. Pero no voy a retroceder ni un centímetro. No me voy a ir a ningún sitio. Mi hija está aquí. Mi familia está aquí.

El pánico volvió a helarme la sangre.

—No te vas a acercar a ella… —siseé.

—Me pasaré el resto de mi vida arrastrándome para arreglar lo que he destrozado, Camila —susurró, con una intensidad que cortaba el aire como la hoja de un cuchillo—. Y te demostraré que, esta vez, os elijo a vosotras.

El pestillo de la puerta principal de la casa resonó a mis espaldas, y la voz de Helena llegó desde el porche.

—¿Camila? ¿Va todo bien, hija…?

La voz de mi madre se le atragantó al ver la escena en la acera.

El enfrentamiento estaba servido. El secreto yacía destrozado en el suelo, a la luz del día. Y me di cuenta, con un terror paralizante, de que el hombre que tenía delante no se iba a marchar. El enfrentamiento no hacía más que empezar y, esta vez, el campo de batalla era mi propio corazón.



RAFAEL CROSS

Capítulo 8

La puerta principal de la casa se abrió de par en par. El chirrido de las bisagras metálicas rompió el silencio denso y asfixiante que se había instalado en la acera.

La madre de Camila bajó los escalones del porche con pasos apresurados. Su rostro, marcado por las arrugas de la edad y la preocupación, palideció cuando sus ojos captaron la escena. Yo estaba de pie, con los hombros encorvados bajo el peso de una carga invisible, mientras Camila se encogía contra la carrocería caliente del todoterreno blanco, abrazando a nuestra hija frente a mí como si yo fuera un depredador a punto de abalanzarse.

—Camila… Dios mío, hija… —La voz de la mujer se le atragantó en la garganta. Se detuvo a pocos metros de nosotros, con los ojos muy abiertos, alternando la mirada entre el rostro

manchado de lágrimas de su hija y mi postura destrozada. No necesitó explicaciones. La tensión en el aire era palpable.

La niña, sintiendo la vibración de nuestra desesperación, soltó un llanto fuerte y agudo, aferrándose al cuello de su madre. Ese sonido me desgarró el pecho como una cuchilla dentada. Yo había provocado aquello. Yo había vuelto a llevar el caos hasta la puerta de su casa.

—Shh, cariño… mamá está aquí —susurró Camila, con la voz temblorosa y entrecortada, meciendo a la niña a un ritmo frenético, con los ojos castaños aún fijos en mí, chispeando de un terror que me provocaba náuseas.

La madre de Camila vaciló un instante. Era una mujer de carácter, y vi el momento exacto en que su instinto maternal se impuso al impacto. Caminó con firmeza hacia su hija, extendiendo los brazos.

—Ven aquí, mi princesa. Ven con la abuela —dijo ella, con un tono de voz repentinamente tranquilo y suave. Camila vaciló una fracción de segundo, apretando a la niña con posesividad, pero el llanto de Giovanna y la presencia tranquilizadora de su madre la hicieron ceder.

Poco a poco, Camila entregó a nuestra hija a los brazos de la abuela. Mi corazón latía con fuerza contra las costillas con cada movimiento. La pequeña escondió su carita en el hombro de la mujer, balanceando sus rizos oscuros. Sentí un hormigueo en los dedos; el deseo visceral de tocar aquel cabello luchaba contra la racionalidad de que no tenía derecho a dar ni un solo paso.

La madre de Camila besó la frente de su nieta y, acto seguido, me lanzó una mirada severa. No había compasión en ella, solo la fría evaluación de una mujer que había recogido los pedazos de su hija que yo había destrozado.

—Camila —la llamó, sin apartar la mirada de mí—. Vosotros dos no podéis hacer esto aquí en la calle, delante de la niña. Tenéis que hablar. La cafetería de la esquina está abierta. ¡Id! Yo me encargo de Giovanna.

—Mamá, no… No tengo nada que decirle —protestó Camila, con la voz quebrada y las manos cruzadas sobre el estómago.

—Camila. —El tono de mi madre fue bajo, pero cortante—. Se acabó el secreto. Os vais a sentar y vais a hablar como los adultos que sois. El pasado ha llamado a nuestra puerta y no puedes limitarte a fingir que no está ahí. ¡Vamos!

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y regresó al porche, llevando todo mi mundo en sus brazos. La puerta principal se cerró con un clic definitivo.

Nos quedamos solos en la acera.

El sol de Miami me quemaba la nuca, pero no me moví.

Camila no me miró; cogió la bolsa de la niña. Se secó la cara bruscamente con el dorso de las manos, respiró hondo y empezó a caminar hacia la esquina con los hombros tensos y una postura defensiva. La seguí, manteniendo una distancia prudencial de dos metros. Cada paso que daba sobre el asfalto caliente parecía resonar como los latidos descoordinados de mi propio corazón.

El trayecto duró cinco minutos, pero me pareció una marcha de horas a través de un campo minado.

La cafetería era un local antiguo, con letreros de neón descoloridos en las ventanas y el fuerte zumbido de un aire acondicionado que luchaba contra el calor de Florida. La campana situada sobre la puerta tintineó cuando Camila empujó el cristal. El local olía a café tostado, desinfectante cítrico y beicon. Solo había una pareja de ancianos en una mesa al fondo y un camarero aburrido detrás de la barra.

Camila se dirigió a una *mesa* con asientos tapizados de vinilo rojo en el rincón más alejado y apartado de la cafetería. Se deslizó hasta el asiento, cruzó los brazos y fijó la mirada en el tablero de fórmica blanca de la mesa, negándose a levantar la cabeza.

Me senté frente a ella. El vinilo crujió bajo mi peso. El espacio que nos separaba en la pequeña mesa parecía minúsculo, pero el abismo emocional era infinito.

Se acercó una camarera con la libreta en la mano.

—Solo café solo. Dos, por favor —pedí con voz ronca, sintiendo cómo me ardía la garganta. La camarera asintió y se alejó rápidamente, percibiendo la energía letal y cargada que emanaba de nuestra mesa.

Ninguno de los dos habló. Observé a Camila. Me fijé en su respiración, aún irregular, y en sus manos, perfectamente cuidadas, que temblaban ligeramente sobre los brazos cruzados. Era la mujer más fuerte que había conocido jamás, y yo la había reducido a aquel estado de nerviosismo.

—Camila… —comencé, y su nombre salió como una plegaria entrecortada. Me incliné ligeramente hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa, con las manos cerradas en puños flojos.

Ella cerró los ojos durante un segundo que se hizo eterno. Su mandíbula se tensó. Cuando por fin abrió los ojos y me miró fijamente, el odio se había desvanecido, dando paso a un agotamiento tan profundo que me provocó náuseas.

La camarera regresó, colocó entre nosotros dos tazas gruesas de cerámica llenas de café negro humeante y desapareció en silencio.

No toqué mi taza. El aroma del café me recordaba nuestras mañanas juntos. Se me revolvió el estómago al recordarlo.

—Estabas embarazada —murmuré, con la mente aún intentando asimilar la cronología, la brutal matemática de la tragedia —. Aquella noche… nuestra última noche. Ya llevabas a nuestra hija en tu vientre.

Camila descruzó los brazos y rodeó la taza caliente con ambas manos, buscando calor; el aire acondicionado del local parecía congelarla por dentro. Fijó la mirada en el líquido oscuro.

—No lo sabía —confesó, en un frágil susurro que casi se perdió entre el zumbido del local.

Entrecerré los ojos, confundido. Su confesión me provocó un dolor físico bajo las costillas. —¿Cómo?

Ella soltó un largo suspiro, una risa sin gracia que se apagaba en sus labios antes incluso de nacer. Camila levantó la cara, y sus ojos castaños, inundados de una pena petrificada, se clavaron en los míos.

—Lo descubrí mucho tiempo después de que te fueras. —Las palabras le salieron vacilantes y apretó la taza con más fuerza.

Mi corazón se detuvo. El aire se me quedó atascado en la tráquea.

—¿Después? —pregunté, con la palabra arañándome la garganta.

—Faltaban veinte días para nuestra boda, Rafael —continuó ella—. Mi vida era un caos absoluto de pruebas de vestidos, proveedores del banquete, floristas, mi madre dándome la lata todo el día y mi propia carrera en la galería empezando a despegar. El estrés me estaba devorando viva. No dormía bien, me olvidaba de comer…

Hizo una pausa, tragando saliva, mientras el doloroso recuerdo se le escapaba a la fuerza por la garganta.

—Mi ciclo siempre ha sido irregular. Siempre. Cuando se retrasó uno, dos meses… pensé que era la ansiedad. Creí que mi cuerpo solo estaba reaccionando a la presión de la boda y, después… a la presión de tu abandono. —Sacudió la cabeza, mientras una lágrima solitaria le resbalaba por la mejilla y se la secaba rápidamente con el pulgar—. En las semanas siguientes al día en que dejaste esa nota, perdí los estribos. No comía. Lloraba hasta desmayarme. Creía que las náuseas matutinas se debían a que tenía el estómago vacío. Me imaginaba que los mareos se debían a que estaba cayendo en una depresión por haber sido sustituida por tu maldito uniforme.

Cada una de sus palabras era una bala de fusil que perforaba mi chaleco antibalas, atravesaba la cerámica, la carne y los huesos, y se alojaba directamente en mi corazón.

Me incliné hacia delante, con el codo apoyado en la mesa y la mano cubriéndome la boca, mientras intentaba contener el gemido

de agonía que quería desgarrarme por dentro. Yo había sido el artífice de su destrucción.

—Cuando por fin me desmayé en el baño de la galería… —susurró Camila con voz temblorosa—. Sofía me llevó a urgencias. El médico me hizo un análisis de sangre y una ecografía. Rafael… ya estaba de casi cuatro meses.

Cuatro meses.

La información estalló dentro de mi cabeza, pulverizando mis últimas defensas. Las cuentas cuadraron con una crueldad sobrecogedora. Cuatro meses. Habíamos concebido a Giovanna semanas, quizá meses, antes de mi partida. Mientras dormía a su lado, mientras besaba su cuerpo y hacía planes para nuestra luna de miel, nuestra hija ya estaba creciendo.

Me fui, cogí mi mochila, dejé un trozo de papel rasgado y dejé a la mujer de mi vida sola para enfrentarse al terror del mayor descubrimiento de nuestro universo.

—Dios mío… —Mi voz no era más que un jadeo ahogado. Las lágrimas, las mismas que había jurado reprimir durante el entrenamiento de los SEAL, me quemaban los ojos y resbalaban por mi rostro sin que pudiera controlarlas. Mis manos, grandes, callosas y letales, temblaban violentamente sobre la mesa de fórmica blanca —. Camila… lo siento tanto… Daría mi propia vida por volver atrás en el tiempo.

—Pero no puedes —replicó ella, recuperando la frialdad y encerrando su vulnerabilidad en una caja fuerte. Apartó a un lado la taza de café intacta y enderezó la postura—. No puedes volver atrás en el tiempo, ni estabas allí cuando oí latir su corazoncito por primera vez, aterrorizada porque no sabía cómo iba a criar a una hija sola, ni cuando fui a la sala de partos. Y mucho menos estabas allí la primera noche que tuvo fiebre. Lo hice todo sola.

—¡Estaba en coma, Camila! —La justificación se me escapó en un rugido desesperado. Me llevé la mano a las cicatrices—. Me hirieron en Afganistán, pasé meses atrapado en la oscuridad y más

de un año gritando en fisioterapia para volver a caminar. ¡Lo hice todo pensando en volver contigo!

El empleado del mostrador nos miró, alarmado, pero apartó la vista rápidamente.

Camila no vaciló. Me miró fijamente, implacable e impenetrable.

—Siento mucho lo que has pasado, Rafael. De verdad. Pero tu coma no justifica que me abandonaras al principio —respondió ella, con unas palabras que me cortaban la carne con la precisión de un bisturí—. Tú elegiste no estar ahí. Lo que pasó después fue una consecuencia de tu trabajo, pero tu decisión la tomaste cuando cerraste la puerta de nuestro piso.

Apreté los párpados. El dolor fue tan insoportable que me pareció que se me acababa el aire en aquel maldito banco de vinilo. Tenía razón. Todo lo que decía era la verdad más absoluta, letal e innegable. Yo había elegido al equipo y a la hermandad y, al hacerlo, había condenado a la mujer a la que amaba a la soledad.

Abrí los ojos. Miré fijamente a la mujer que tenía delante. La madre de mi hija. El amor de mi vida, a quien había sumido en la oscuridad y que había resurgido de las cenizas más fuerte e inquebrantable que nunca.

—Tienes razón —dije, en un susurro denso y gutural. El líder del Equipo Fénix, el hombre acostumbrado a no ceder ni un centímetro en el campo de batalla, bajó todas las armas—. Fui un cobarde. Rompí todas las promesas que te hice. Sé que no tengo derecho a pedir absolutamente nada. Perdí el derecho a ser tu marido en el momento en que elegí la misión.

Camila frunció ligeramente el ceño; su actitud defensiva vaciló ante mi aceptación inmediata. Esperaba que luchara, que reclamara a gritos mis derechos. Pero no iba a luchar contra ella. Nunca más.

Extendí las manos sobre la mesa, con las palmas hacia arriba, las cicatrices y los callos al descubierto, ofreciéndole mi más pura rendición.

—Pero ahora estoy aquí, Camila —continué, clavando mi mirada en la suya, con la férrea determinación de un SEAL arraigándose en mi alma. La cobardía había muerto en San Diego; el hombre sentado frente a ella era un soldado que acababa de encontrar su verdadero y último propósito—. Y nunca más me iré. No te voy a pedir que me quieras de nuevo, ni que me perdones mañana, ni el mes que viene, ni el año que viene.

Ella respiraba a bocanadas cortas.

—Rafael… —intentó interrumpirme, pero yo no cedí.

—Me tragaré cada una de tus ofensas. Aceptaré todo el odio que quieras arrojarme. —Mi tono se volvió más grave y vibró con la intensidad de mi juramento. Me incliné sobre la mesa, con la mirada clavada en la suya—. Pero esa niña es mi hija. Y no voy a ser un fantasma en su vida. Puedes levantar todos los muros que quieras alrededor de tu vida, Camila, pero yo soy el tipo entrenado para derribar muros de hormigón. Me pasaré el resto de mi vida demostrándote que el hombre que te abandonó murió en Helmand. El hombre que ha vuelto no va a retroceder ni un centímetro.

Camila me miró, con los labios entreabiertos, y su fachada de hielo finalmente se resquebrajó, dejando al descubierto el agotamiento y el miedo de quien se había dado cuenta de que el enfrentamiento para el que creía estar preparada no había hecho más que empezar.



CAMILA GARCIA

Capítulo 9

Sus palabras no se limitaron a ser pronunciadas; resonaron con fuerza en el espacio reducido de aquella cafetería cutre.

La declaración me golpeó con la fuerza de un ariete. El ruidoso aire acondicionado del local pareció de repente dejar de funcionar, pues el oxígeno simplemente se esfumó. Mis manos, que estaban apoyadas en el borde de la mesa de fórmica blanca, comenzaron a temblar con una violencia tan incontrolable que tuve que esconderlas en mi regazo, apretando la tela de mis pantalones a medida hasta que me dolieron las yemas de los dedos.

Miré fijamente al hombre que tenía delante.

Rafael no retrocedía. El soldado desgarrado por la culpa que yacía en la acera hacía diez minutos había sido sustituido por el soldado implacable y obstinado que yo conocía tan bien. Su mirada, esa maldita mirada que veía todos los días en el rostro de mi hija,

estaba clavada en la mía, sin atisbo alguno de vacilación. Había fijado un objetivo. Había definido una nueva misión.

Y mi peor pesadilla se estaba haciendo realidad ante mis propios ojos.

—Te has vuelto loco —susurré, con la voz temblorosa, mientras el pánico primitivo me subía por la garganta y me asfixiaba. Negué con la cabeza frenéticamente, negándome a aceptar esa realidad—. ¡No puedes simplemente resucitar de entre los muertos después de dos años, echar tu culpa sobre la mesa y exigir formar parte de una vida que descartaste! ¡No tienes ese derecho, Rafael!

No parpadeó. No apartó la mirada. Solo se inclinó un poco más hacia delante, con su pecho ancho y musculoso ocupando el espacio entre nosotros, su presencia tan densa que casi me aplastaba.

—No estoy exigiendo formar parte de tu vida, Camila —respondió, con un tono de voz grave, controlado y peligrosamente tranquilo. Ese tono resonaba en mi estómago—. Sé que destruí lo que teníamos, que el compromiso acabó reducido a polvo con aquella nota y que tienes todo el derecho del mundo a sentir asco con solo mirarme a la cara. No tienes por qué volver a aceptarme. Puedes tratarme como basura, puedes insultarme todos los días. Acepto tu odio.

Su respiración vaciló durante una fracción de segundo, y sus ojos se oscurecieron con un dolor crudo, antes de que la férrea determinación de un SEAL volviera a sellar su expresión.

—Pero la niña es mi hija. Es de mi misma sangre. Y no voy a renunciar a ella.

—¡No te atrevas a pronunciar su nombre! —El grito brotó de mi garganta, agudo y desesperado.

Di un golpe con la mano abierta sobre la mesa, haciendo que las tazas de café dieran un respingo. La pareja de ancianos al fondo de la cafetería se giró para mirarnos, asustados, y el camarero detrás de la barra se apartó. Pero no me importaba el público.

Estaba luchando por la supervivencia emocional de mi bien más preciado.

—¡No es tuya en absoluto! —escupí las palabras, sintiendo cómo el veneno me quemaba la lengua—. Tú aportaste la genética, Rafael, ¡y eso fue todo! ¿Dónde estaba tu «sangre» cuando vomitaba de los nervios durante el primer trimestre, aterrorizada, pensando que habías muerto? ¿O cuando pasé dieciséis horas de parto, agarrada a la mano de mi madre porque la silla junto a mi cama estaba vacía? ¡Tú no eres su padre! ¡No eres más que un fantasma que ha decidido perturbar nuestra paz!

Mi furia era un escudo, un muro de llamas que intentaba levantar para mantenerlo alejado, pero Rafael era un hombre entrenado para atravesar el fuego. Absorbió cada ofensa, cada grito, sin pestañear siquiera. Su rostro era una máscara de dolorosa aceptación, pero su postura era de puro granito.

—Lo sé, Camila —murmuró con voz áspera, aceptando cada golpe—. Sé que he perdido el derecho a que me llamen padre: los primeros pasos, las primeras palabras, el llanto en la madrugada. La culpa de haberte dejado pasar por todo esto sola es un cuchillo que seguirá girando en mis entrañas hasta el día en que muera. Ninguna excusa que te dé borrará el sufrimiento que te he causado.

Sus ojos brillaron con una humedad contenida, pero no vaciló.

—Pero no he muerto. Y ahora sé que ella existe. ¿De verdad crees que voy a coger un avión, cruzar el país y vivir el resto de mis días sabiendo que tengo una hija en Miami que está creciendo sin mí? ¿Crees que voy a dejar que otro hombre le enseñe a montar en bicicleta, que la proteja, que sea el padre que yo debería ser? —Su mano derecha, marcada por callos y cicatrices, se cerró en un puño sobre la mesa—. Soy muchas cosas malas, Camila, pero no soy cobarde por partida doble. Es mi hija y tengo derechos legales y morales sobre ella.

La sangre se me retiró de la cara tan rápido que sentí un vértigo brutal. La habitación dio vueltas.

Derechos legales…

Esas dos palabras me golpearon la cabeza como sentencias de muerte. La amenaza velada, no de violencia física, sino de la fuerza aplastante de la ley y del sistema, acabó con cualquier atisbo de bravuconería que aún intentaba mantener.

Tenía razón. La biología estaba de su parte. Si presentaba una demanda de paternidad, el juez exigiría una prueba de ADN. El parecido evidente no dejaba lugar a dudas; la prueba no sería más que una formalidad burocrática. ¿Y después de eso? El juez concedería visitas. Fines de semana. Vacaciones compartidas. Mi Giovanna, mi bebé, arrancada de mis brazos y entregada a un hombre que, por mucho que lo hubiera amado en el pasado, era un peligro inminente para nuestra estabilidad.

El terror visceral, el pánico primitivo de una madre, me oprimió la garganta. La imagen de Giovanna llorando en el asiento trasero de un coche que no era el mío, siendo llevada por él…

—No harías eso —jadeé, con la voz reducida a un hilo y los ojos desorbitados por el pavor. Retrocedí en el asiento de vinilo, alejándome todo lo que me permitía el habitáculo, en un intento inútil de utilizar la distancia física como protección contra su amenaza—. No la arrastrarías a un tribunal, ni la harías pasar por eso.

Rafael cerró los ojos un segundo, y el dolor se reflejó en sus rasgos ante mi pánico, pero cuando los abrió, su determinación letal seguía intacta.

—No quiero llevar a nadie a los tribunales, Camila. No quiero quitarte a la niña. Sé que eres su madre, su mundo. Lo único que quiero… —Desentrelazó los dedos y extendió una de sus manos hacia mí, deteniéndose a milímetros de la mía, sin tocarla, respetando mi repulsión—. Lo único que exijo es estar presente. Quiero ver a mi hija, poder mirarla y que ella sepa quién soy.

—¡¿Para qué, Rafael?! —Mi voz se quebró en un sollozo, mientras el dique de lágrimas finalmente se rompía y resbalaba por mi rostro sin control. Apoyé la frente en las manos, con la desesperación carcomiéndome—. ¿Para que te metas en su vida,

hagas que se encariñe contigo, que te quiera, y luego recibas una maldita llamada en plena madrugada y vuelvas a desaparecer?!

Levanté el rostro bañado en lágrimas, con la agonía grabada en mi alma, y señalé la grotesca cicatriz de su cuello.

—La junta médica me dio el alta hace cuatro días en San Diego —reveló—. He desafiado las estadísticas. Me han reconstruido el cuerpo y he superado todas las pruebas físicas y psicológicas con la máxima puntuación. Sigo siendo el comandante del Equipo Fénix, Camila. Soy un SEAL en activo.

La noticia cayó sobre mí como un yunque de plomo.

El aire atrapado en mis pulmones estalló en una risa histérica, cínica y empapada de lágrimas de rabia. Negué con la cabeza, incapaz de creer el absurdo que estaba escuchando.

—¡Te has vuelto loco! —Di un golpe con las manos sobre la mesa—. Te volaron por los aires, pasaste meses inconsciente y, en cuanto recuperaste la autonomía, volviste a ponerte el mismo uniforme que casi te mata. ¿Y ahora te sientas delante de mí y me dices que quieres ser padre?

—¡Es mi vida, Camila! ¡Es lo que soy! —replicó, alzando la voz por primera vez; el instinto de defensa del guerrero chocaba por fin contra mi barrera. Se señaló el pecho—. El entrenamiento, el equipo, la protección de este país… ¡No sé ser otra cosa! ¡No soy un tipo de traje y corbata!

Se inclinó sobre la mesa, con la mirada encendida por una frustración que llevaba años acumulando, con la mandíbula apretada.

—¡Y tú lo sabías desde el primer día! —espetó Rafael, con palabras que cortaban el aire de la cafetería como navajas—. Nunca mentí sobre quién era ni sobre los riesgos que corría. Cuando nos conocimos, el hecho de que fuera un SEAL era lo máximo para ti, ¿no? La adrenalina, mis historias, el héroe de uniforme que te protegía… ¡Al principio te parecía todo eso emocionante e increíble! ¡Te pusiste ese anillo en el dedo sabiendo perfectamente qué tipo de hombre te llevabas a la cama!

La acusación me golpeó como una bofetada física en la cara. Su descaro al utilizar mi pasión y admiración del pasado en mi contra hizo que mi sangre hirviera en un odio incandescente.

—¡Era ingenua! —le grité a mi vez, con las lágrimas nublándome la vista y la furia desgarrándome por dentro—. ¡Me parecía precioso su uniforme hasta que me di cuenta de que el precio era dejarme sola, sangrando y aterrorizada! ¡Y ya no soy esa chica deslumbrada, Rafael! ¡No soy la mujer de un soldado y me niego a serlo!

Apunté con el dedo tembloroso hacia su rostro.

—¿Quieres meterte en la vida de Giovanna? ¿Quieres ser su gran héroe? ¿Para qué, Rafael? ¿Para que dentro de unos años tenga que explicarle a Giovanna por qué su padre no ha venido a la función del colegio? ¿Para que yo tenga que coger de la mano a mi hija mientras dos oficiales de la Armada con uniforme blanco llaman a mi puerta a primera hora de la mañana para entregarme una bandera doblada y decirme que has pisado otra bomba?!

Mis palabras disiparon su ira de inmediato. El rostro de Rafael palideció bajo su piel bronceada. El impacto de mi cruda visión, la imagen de la notificación de fallecimiento, le golpeó como un puñetazo directo en la garganta. Sus anchos hombros se hundieron unos milímetros. Ese contraataque lo destrozó, porque sabía que mi miedo no era histeria. Era una probabilidad estadística letal.

—No voy a permitir que eso ocurra —susurró en voz baja, cargada de una urgencia sombría. Se inclinó sobre la mesa, ignorando el límite invisible que yo había impuesto, y se agarró al borde del vinilo de mi asiento, clavando mi mirada en la suya—. Tengo meses de permiso acumulado, Camila. No voy al campo de batalla mañana, ni el mes que viene, ni el próximo semestre. El mando me ha dado tiempo. Estoy destinado aquí. El Equipo Fénix es mi unidad, pero Giovanna es mi hija. Y juro por mi alma que mi prioridad número uno es demostrar que puedo compaginar ambas cosas.

—¡No hay equilibrio, Rafael! ¡Es una elección, y tú ya la hiciste hace dos años! —Me aparté hacia atrás, negándome a dejar que me contagiara el calor de su cuerpo.

—¡Pues déjame demostrarte que te equivocas! —suplicó él, con la desesperación de un hombre en el corredor de la muerte reflejada en la mirada—. No me quites el derecho a intentarlo. No alejes a Giovanna de su padre solo para castigarme por mi error del pasado. Ódiame, Camila. Castígame. Pero no la castigues a ella.

Bajé la mirada, conteniendo las lágrimas, mientras el dolor me desgarraba en mil pedazos.

La fortaleza de cristal que había construido con tanto esfuerzo se estaba haciendo añicos. La fría lógica del proceso judicial chocaba con la agonía genuina del hombre que tenía delante. Si le obligaba a acudir a los tribunales, sería una batalla sangrienta, pública y devastadora. Los medios se harían eco de ello. Un militar condecorado luchando contra su amargada exnovia por ver a su hija. La narrativa me convertiría en la villana, y el estrés del juicio destruiría la infancia tranquila y protegida que le había dado a Giovanna.

Estaba acorralada. Ya no era solo el hombre que me había abandonado; era una bomba de relojería activa sentada al otro lado de la mesa. Pero era el padre de mi hija. Y el amor enfermizo y posesivo que vi en sus ojos en la acera demostraba que haría estallar el mundo entero antes de marcharse.

Respiré con dificultad y abrí los ojos. La madre herida y letal volvió a tomar el control de mi cuerpo. Me abracé el pecho, levantando la barbilla con una frialdad que me heló las venas y me secó las lágrimas.

—No vas a arrastrar a mi hija al centro de tu caos, Rafael —decreté en un tono firme, cortante y absolutamente innegociable—. Si quieres formar parte de su vida, será según mis reglas. En mis términos. Sin abogados, sin jueces de familia y sin tácticas militares.

Él soltó un suspiro tembloroso de puro alivio, y la tensión se desvaneció de sus anchos hombros. Asintió repetidamente, con la

sumisión reflejada en su mirada.

—Lo que sea.

—La primera regla —comencé, levantando un dedo, con la mirada lanzando chispas de advertencia letal— es que no vas a aparecer en mi casa, ni en la de mi madre, sin que te inviten. No vas a merodear por nuestras calles en un coche y mantendrás la distancia que yo establezca.

—Acepto. —La respuesta fue inmediata y categórica.

—La segunda regla. —Levanté el segundo dedo, con el corazón oprimido por la crueldad necesaria de mi siguiente exigencia —. Giovanna no sabe quién eres. Es un bebé. No te llamará «papá», y tú no se lo exigirás. Te presentaré como un amigo de mamá. Un conocido. Iremos poco a poco, en terreno neutral. Si me doy cuenta de que la vas a asustar, si tu instinto militar la intimida o si el hecho de que sigas siendo un SEAL en peligro de muerte afecta a su bienestar… te cortaré el acceso al instante, y entonces sí, lo discutiremos en los tribunales. Y juro por mi vida, Rafael, que usaré todo el dinero que tengo para asegurarme de que nunca más vuelvas a ver el color de su pelo. ¿Me he explicado bien?

Rafael reaccionó como un hombre al que le han disparado en el estómago. El dolor de no ser reconocido como padre le desfiguró el rostro, y la mención al riesgo que conlleva el uniforme fue un puñetazo a su orgullo militar, pero sabía que no tenía derecho a negociar. Era un intruso en nuestro mundo. Y aceptó el castigo.

—¿Me he explicado bien? —repetí, con tono áspero, exigiendo una confirmación verbal.

—Cristalina, Camila —susurró, bajando la cabeza en un gesto de rendición absoluta—. Tus reglas. En su momento. A tu ritmo. Solo quiero estar ahí.

Le miré a la cara, marcada por las sombras del pasado, por las cicatrices de la explosión y por esa terquedad inquebrantable que se había anclado en Miami. Había sellado un pacto con el diablo, o mejor dicho, con el hombre que había vuelto del servicio activo y me perseguía. Sabía que estaba jugando con granadas sin seguro, que

su cercanía reabriría heridas que creía que estaban cicatrizadas, pero no tenía otra opción.

—Vete a tu piso. —Me levanté bruscamente del banco de vinilo, cogiendo mi bolso—. Vuelve a ese sitio, o vete al infierno, me da igual. Me pondré en contacto contigo para concertar la primera cita. Y no te atrevas a llamarme hasta entonces.

No esperé una respuesta. Le di la espalda al comandante del Equipo Fénix, el hombre que había destruido mi pasado y que amenazaba mi futuro, y me dirigí hacia la puerta de la cafetería. La campana de latón tintineó sobre mi cabeza, y el calor sofocante de Miami me envolvió una vez más.

Caminé de vuelta a casa de mi madre con el cuerpo tembloroso, el miedo palpitando en cada célula. Acababa de invitar al caos armado a entrar dentro de mi muralla. La mentira se había derrumbado. Tendría que aprender a sobrevivir, cada día, mirando a los ojos al hombre que podía morir en cualquier momento, pero al que intentaba, desesperadamente, odiar mientras aún estaba vivo.



RAFAEL CROSS

Capítulo 10

Ya me he lanzado desde aviones de carga a treinta mil pies de altitud en la oscuridad de la noche. Ya me he arrastrado por campos minados en el desierto de Kandahar con el oxígeno racionado y el olor a pólvora quemándome las fosas nasales. Ya me he enfrentado al cañón de un fusil enemigo sabiendo que la muerte estaba a milisegundos de distancia.

Pero, sentado en el banco de madera descascarillada de un parque infantil, bajo la densa sombra de un enorme roble, estaba experimentando el terror más puro, paralizante y absoluto de mi vida.

Mi reloj táctico en la muñeca izquierda marcaba las quince y cincuenta y siete. Quedaban tres minutos.

Había llegado con una hora de antelación. El entrenamiento me había programado para realizar un reconocimiento del perímetro

antes de cualquier incursión. Había trazado mentalmente un mapa de las salidas del parque, la ubicación de los columpios, la distancia entre el arenero y la fuente. Un hábito enfermizo, inútil en un barrio de clase media de Miami lleno de cochecitos de bebé, pero era la única forma que mi mente había encontrado para lidiar con la ansiedad que amenazaba con fracturarme las costillas de dentro hacia fuera.

Me pasé las manos por las rodillas de mis vaqueros oscuros, secándome el sudor frío que brotaba de las palmas de mis manos callosas. Me ajusté el cuello de mi polo azul marino. Había elegido la ropa con el cuidado de un hombre que se dirige a su propio juicio. Nada estratégico, nada negro, nada que me hiciera parecer el soldado que atormentaba las pesadillas de la mujer a la que amaba. Quería parecer normal, seguro e inofensivo.

La cicatriz de mi cuello me hormigueaba, tirándome de la piel. El calor de la tarde en Florida era denso, pero yo temblaba por dentro.

A las cuatro en punto, el ruido del motor de un todoterreno blanco cortó el zumbido de las cigarras en los árboles.

Se me paró el corazón. Se me cortó la respiración en la garganta.

El coche se detuvo a veinte metros de donde yo estaba. Se abrió la puerta del conductor y Camila se bajó. Llevaba un vestido ligero de verano, con el pelo castaño recogido en una coleta suelta y unas gafas de sol que le ocultaban la expresión del rostro. Su postura, sin embargo, gritaba «alerta máxima». Era como una general inspeccionando el campo minado antes de permitir el avance de las tropas.

Abrió la puerta trasera y la sacó de allí.

Mi cerebro se quedó en blanco. El mundo que me rodeaba, el ruido de otros niños jugando a lo lejos, el zumbido del viento y el olor a hierba cortada fueron absorbidos por un vacío. Toda mi existencia se redujo a la pequeña figura que Camila dejó en el suelo.

Giovanna.

Llevaba un mono vaquero con una camisita blanca debajo. Llevaba unas zapatillas rojas que parpadeaban con pequeñas luces a cada paso torpe que daba sobre el asfalto. Una de sus manitas regordetas estaba firmemente agarrada a los dedos de su madre; la otra sujetaba con fuerza la oreja de un conejo de peluche manchado.

Empezaron a caminar hacia mi banco.

Me levanté con las piernas pesadas. Yo era un hombre entrenado para matar, un arma forjada por el Gobierno. Pero, ante aquella niña de un año y tres meses caminando por el césped, me sentí la criatura más indigna y destrozada del universo.

Camila se detuvo a dos metros de distancia. La barrera invisible, innegociable y letal que ella misma había impuesto en la cafetería hacía cuatro días. Se quitó las gafas de sol y sus ojos castaños se encontraron con los míos. La advertencia estaba ahí, grabada en su retina: *un movimiento en falso, una infracción de las reglas, y acabaré contigo.*

Asentí casi imperceptiblemente. *Entendido.*

Camila bajó la mirada y se agachó junto a la niña, pero sin soltarle la manita.

—Gi, cariño —la voz de Camila cambió, perdiendo toda su dureza y adoptando un tono dulce, cargado de una protección feroz que me desgarró el alma—. ¿Te acuerdas de que mamá te dijo que hoy íbamos a encontrarnos con un amigo en el parque?

Giovanna parpadeó, ladeando ligeramente la cabecita hacia un lado. Sus rizos oscuros y rebeldes se balancearon. Miró a su madre y, acto seguido, volvió la cara hacia mí.

El impacto de aquellos ojos me atravesó.

Grandes, oscuros y tormentosos. Eran mis ojos incrustados en un rostro inocente y perfecto. Mi estómago cayó en picado. Un dolor físico, real y punzante, me atravesó el tórax. El amor más arrollador, primitivo y desesperado del mundo nació en mi pecho en esa

milésima de segundo exacta y, junto con él, la culpa corrosiva de haberme perdido el nacimiento de aquel milagro.

—Este es Rafael, hija —continuó Camila, con voz firme, pronunciando la mentira que era el precio de mi entrada al paraíso —. Es un amigo.

Rafael. Un amigo…

La palabra se me clavó en la carne como un cuchillo sin filo. Yo no era el padre. Yo no era el hombre que la llevaría a hombros. Yo solo era Rafael. Me tragué el llanto que me desgarraba la tráquea, empujando el dolor hasta lo más profundo de mi alma, y me arrodillé en el césped.

Mi rodilla lesionada crujió y protestó contra la tierra húmeda, pero no sentí absolutamente nada. Me puse a su altura, a la misma altura de los ojos de mi hija.

Giovanna apretó el conejito contra su pecho, dando un tímido pasito hacia atrás, escondiéndose parcialmente detrás de la pierna de Camila. Me miró con una desconfianza heredada directamente de mí. Era demasiado grande, mi rostro era duro y la cicatriz de mi cuello, por mucho que intentara ocultarla con el cuello del polo, seguía siendo visible. Era un monstruo acercándose a un ángel.

—Hola, Giovanna. —El saludo me salió en un susurro áspero, embargado y tembloroso de una forma que mis hombres del Equipo Fénix nunca creerían posible. Me aclaré la garganta, intentando suavizar el tono gutural de comandante y buscar cualquier rastro de humanidad que la guerra no hubiera quemado—. Es un placer conocerte.

La niña parpadeó. Sus ojitos brillantes no apartaban la mirada de los míos.

—¿Fael? —balbuceó ella, con una pronunciación incorrecta, mientras su voz aguda y melodiosa resonaba en el aire cálido de Miami.

Fael.

Cerré los ojos durante una fracción de segundo, clavándome los dientes en el interior de la mejilla hasta sentir el sabor metálico de la sangre para no derrumbarme allí mismo. Mi nombre, pronunciado por ella, fue lo más bonito que había oído en mis treinta y dos años de vida.

—¡Eso! —Abrí los ojos, obligando a mis labios a esbozar una sonrisa temblorosa, la primera sonrisa auténtica que esbozaba desde que aquella explosión me lanzó contra una pared en Afganistán—. Fael. Tienes un conejito muy bonito. ¿Cómo se llama?

Camila estaba tensa como la cuerda de un arco, lista para coger a su hija y salir corriendo, pero se limitó a asentir con discreción.

La niña volvió a mirarme, acercándome un poco al animalito mugriento, pero manteniendo una distancia de seguridad.

—Se llama Pipo —anunció, ganando un poco de confianza.

—Pipo. Es un nombre que inspira respeto —respondí, manteniendo mi postura sumisa, arrodillado en la hierba, negándome a invadir su espacio. Mis manos descansaban sobre mis muslos, abiertas, con las palmas hacia arriba. Demostrando que no era una amenaza.

Me había entrenado para disparar bajo presión, para desactivar bombas con los dedos helados, pero nada exigía tanto control motor como contener el deseo desgarrador de estirar los brazos y atraerla hacia mí para abrazarla. Quería hundir el rostro en su cuello. Quería inhalar el aroma a vida nueva que desprendía, llorar hasta quedarme sin lágrimas y pedir perdón a un bebé por no haber estado allí.

Pero las reglas de Camila eran claras. El territorio era neutral. El primer paso lo daría la niña.

Con movimientos deliberadamente lentos, llevé la mano derecha al bolsillo de mis vaqueros. Camila se puso tensa, inclinando el cuerpo hacia delante, con su instinto maternal activado.

—Te he traído algo —murmuré, sacando la mano del bolsillo.

En el centro de mi palma, marcada por callos y cicatrices de pólvora, descansaba un pequeño pato de madera pintado a mano, con ruedecitas naranjas. Había pasado las últimas cuarenta y ocho horas rebuscando en todas las tiendas de juguetes de Miami en busca de algo que no hiciera ruido, que no asustara, que no fuera demasiado grande. Algo inofensivo.

Los ojos de Giovanna se abrieron como platos. La desconfianza se desvaneció ante la curiosidad infantil. Miró al patito de madera y dio medio paso hacia delante.

No se oía ni un solo sonido entre nosotras. Apenas respiraba. Camila tampoco.

La niña soltó la mano de su madre. El mundo se detuvo en seco. Dio otro pasito con sus zapatillas rojas que parpadeaban. Y otro más… Se detuvo a unos centímetros de mi rodilla. El olor a loción para bebés y jabón neutro me invadió, borrando todos los olores a muerte y sangre que guardaba en mi cerebro.

Giovanna extendió su manita diminuta, regordeta y perfecta.

Sus deditos suaves rozaron la piel áspera y callosa de mi palma, mientras cogía el patito de madera. El contacto fue como una descarga de tres mil voltios directamente en mi corazón. Un temblor violento me recorrió el brazo. Aquella era mi carne. Mi sangre. Mi redención y mi condena, todo concentrado en el tacto de una niña.

El instinto primitivo de paternidad, la feroz urgencia de proteger a aquella niña del mundo entero, incluso de mí mismo, se fundió con mis huesos. Mataría por ella sin pestañear. Moriría por ella mil veces. Dejaría atrás la Armada, el país, mi propio honor en un abrir y cerrar de ojos si ella me necesitara.

—¡Qu-qué! —exclamó Giovanna, sosteniendo el juguete a la altura de los ojos y soltando una carcajada, sin ningún tipo de trauma ni rencor. Ella no sabía nada de mi cobardía. Para ella, yo no era más que «Fael», el chico que le regaló un pato con ruedecitas.

—Sí, mi amor. Fael te lo ha traído —intervino Camila, rompiendo el trance. Se adelantó rápidamente y volvió a coger la

mano de Giovanna, tirando de ella con suavidad para que volviera a su lado. La barrera protectora se activó. Se había alcanzado el límite.

El contacto físico se interrumpió. Su mano en la mía duró menos de tres segundos, pero me marcó más profundamente que cualquier disparo que hubiera recibido jamás.

Apreté la mano en un puño, intentando retener la sensación de su piel allí dentro. Levanté la mirada hacia Camila. La mujer a la que amaba estaba pálida, con una lágrima traidora atrapada en el borde de sus ojos marrones. Había visto el impacto. Había visto el momento exacto en el que mi alma, de rodillas, quedó completamente poseída por el amor incondicional.

Y estaba aterrorizada por la fuerza de aquello.

—Tenemos que irnos —decretó Camila en tono áspero, recuperando la frialdad. Miró su reloj de pulsera, aunque llevábamos allí menos de cinco minutos. Era lo que podía soportar. Era lo máximo que aguantaba su muro de hormigón antes de resquebrajarse bajo el peso de lo que éramos.

—De acuerdo. —Asentí de inmediato. Bajé la cabeza, reprimiendo cualquier instinto de discutir. Me levanté despacio, pero manteniendo una postura retraída—. No voy a forzar la situación, Camila.

Ella se ajustó a Giovanna en la cadera. La niña apoyó la cabeza en el hombro de su madre, sin soltar el pato de madera con una mano y el conejo con la otra.

—Di adiós a… a Rafael, hija.

Giovanna me miró por encima del hombro de Camila y abrió y cerró sus regordetes deditos en un gesto descoordinado.

—Adiós, Fael.

Algo dentro de mí se hizo mil pedazos. Una sonrisa triste, devastada, pero llena de la más pura gratitud, se dibujó en mi rostro.

—Adiós, Giovanna.

Camila no me devolvió la mirada. Me dio la espalda y se dirigió hacia el todoterreno blanco. Me quedé de pie junto al banco de madera, viendo cómo la mujer de mi vida sentaba a nuestra hija en la sillita y arrancaba el coche.

Las vi desaparecer por la avenida arbolada, hasta que el coche blanco se convirtió en un simple punto sobre el asfalto caliente de Miami.

Me quedé solo bajo el implacable sol de Florida. La quietud volvió a envolverme, pero el vacío que había en mi interior había desaparecido. La fría oscuridad de mi coma, el abismo de mi culpa y el dolor de mi rehabilitación… por fin todo cobraba sentido.

Miré mi mano, aún cerrada en un puño.

No era solo un comandante, un SEAL o un arma olvidada.

Yo era Fael. Yo era un padre.

Respiré hondo, sintiendo cómo el aire de la tarde llenaba mis pulmones con un combustible letal e inagotable. Camila podía imponer todas las reglas que quisiera. Podía levantar murallas de hielo, acero y cristal. Yo respetaría su tiempo, me tragaría cada insulto y me arrastraría por el barro si fuera necesario.

Pero la disputa estaba servida y el Arcángel acababa de encontrar la razón definitiva para no morir.



CAMILA GARCIA

Capítulo 11

La galería estaba sumida en esa pesada quietud que solo se produce después de que se cierren las puertas de cristal y se apaguen las luces principales. Solo quedaban los focos dirigidos hacia los cuadros abstractos de las paredes, proyectando largas sombras sobre el suelo de hormigón pulido. Afuera, la vida nocturna de Wynwood comenzaba a cobrar vida con el sonido grave de los bajos amortiguados que llegaban de los bares vecinos y el murmullo de los turistas. Sin embargo, dentro de mi despacho, situado en la parte trasera, parecía como si el aire hubiera sido aspirado por una aspiradora.

Estaba sentada en el sofá de cuero negro apoyado contra la pared, con las piernas encogidas contra el pecho y la cara apoyada en las rodillas. Mis zapatos estaban tirados en algún rincón cerca de la puerta.

El tintineo del cristal me sacó de mi ensimismamiento.

Sofía dejó una copa de Cabernet Sauvignon generosamente llena sobre mi mesa de centro de acrílico y se sentó en el sillón frente a mí. Llevaba una falda lápiz de cintura alta y una blusa de seda esmeralda; tenía el pelo rubio perfectamente peinado con un corte transversal. Mi socia, la mujer que me había sujetado la cabeza mientras vomitaba de pánico durante los primeros meses de embarazo, me evaluaba con la precisión clínica de un cirujano antes de realizar la primera incisión.

—Bebe —me ordenó con un tono aterciopelado, pero innegociable—. Estás pálida como un cadáver, Camila. Y me niego a dirigir una galería de arte con una socia que parece estar a punto de desmayarse encima de un cuadro de diez mil dólares.

Levanté la cabeza lentamente, sintiendo cómo los músculos de mi cuello protestaban por la tensión acumulada. Extendí la mano temblorosa y cogí la copa por el cuenco, ignorando el tallo de cristal. Me llevé el vino a los labios y di un largo sorbo. El líquido bajó caliente y áspero, esparciendo una falsa sensación de calor por mi estómago, que llevaba revuelto desde las cuatro de la tarde.

—Estaba arrodillado en el césped, Sofía. —La confesión me salió en un susurro ronco que rompió el silencio de la oficina. La imagen seguía proyectada en mi retina con una nitidez nauseabunda —. Rafael. El líder del Equipo Fénix. El hombre entrenado para matar con sus propias manos… Se arrodilló en el césped del parque, delante de Giovanna. Se hizo pequeño para no asustar a mi hija.

Sofía cruzó las piernas y apoyó los codos en las rodillas. Su mirada azul no vaciló. Mi amiga no me ofreció consuelos vacíos ni palmaditas en la espalda.

—¿Y cómo reaccionó Gi?

—Lo llamó «Fael» —respondí, con un sollozo seco y patético, rascándome la garganta antes de poder tragarlo. Cerré los párpados, conteniendo la lágrima que amenazaba con caer—. Trajo un patito de madera. No un oso gigante, ni nada ruidoso o extravagante que

pudiera intimidarla. Rafael trajo un juguete sencillo. Silencioso. Calculado a la perfección para no sobrepasar sus límites.

Mi pecho subía y bajaba violentamente mientras intentaba respirar.

—Y lo peor… lo más aterrador de todo, es que cumplió cada maldita regla que le impuse en la cafetería —continué, con la angustia aflorando por fin en mi voz. Golpeé con los dedos libres la tapicería de cuero del sofá—. No intentó abrazarla, no intentó tocarme, mantuvo la distancia exacta y no exigió que le llamaran «papá». Rafael simplemente se quedó allí, absorbiendo cada milisegundo de su presencia, sediento ante la última gota de agua del mundo.

Abrí los ojos y miré fijamente a mi amiga. El terror visceral y primitivo brillaba en mis pupilas.

—Si hubiera sido arrogante… si hubiera actuado como el militar dueño del mundo que solía ser, tendría argumentos. Podría haberlo echado. ¡Podría luchar con uñas y dientes y llamar a la policía! ¡Pero me ha dado su rendición absoluta, Sofía! ¿Cómo voy a luchar contra un hombre que no me planta cara?! ¿Cómo voy a echar a un hombre que acepta que lo traten como basura solo para poder respirar el mismo aire que su hija?!

Mi voz resonó hasta el techo del despacho. El pánico a perder el control de la situación me devoraba por dentro.

Sofía suspiró profundamente. Cogió su propia copa de vino de la mesita y dio un sorbo, con sus ojos azules analizando mi desesperación.

—No luches contra eso, Mila. Porque no es un conflicto que puedas ganar —respondió con una calma aterradora, dejando la copa sobre la mesa—. Él es el padre de ella. Tiene el derecho y ahora, al parecer, el interés de estar allí. ¿Qué esperabas? ¿Que llegara al parque, hiciera llorar a Gi y se marchara?

—¡Esperaba que fuera el egoísta de siempre! —grité, echando la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá, mientras las lágrimas de rabia y frustración por fin resbalaban por mi rostro—.

Deseaba que el aburrimiento pudiera con él. Pero no. Ese hombre está entrenado para tener una paciencia letal. Es un francotirador, Sofía. Sabe quedarse sentado en un puto tejado en el desierto durante días seguidos sin pestañear, solo esperando a que el objetivo se mueva. ¡Y ahora, el objetivo de su paciencia somos nosotros!

Dejé mi copa sobre la mesa con fuerza, a punto de derramar el líquido, y me incliné hacia delante, agarrándome las propias manos para contenerlas.

—Estoy aterrorizada por ella, Sofi —confesé, dejando que las palabras salieran en un susurro entrecortado. La impenetrable coraza de mujer de negocios se desmoronó en el suelo de la oficina. La cruda verdad que ocultaba incluso a mi madre salió a la luz—. Giovanna es una niña. Su corazón es puro. Si Rafael sigue yendo al parque… si sigue siendo dócil, paciente y perfecto, es cuestión de semanas que ella lo adore. Se encariñará con él.

La imagen de Giovanna corriendo a abrazar las largas piernas de Rafael se materializó en mi mente y me revolvió el estómago violentamente.

—Sigue siendo un SEAL en activo, Sofía —solté de golpe la información que había guardado bajo llave, la revelación que era el núcleo radiactivo de mi pánico.

Los ojos de mi socia se abrieron ligeramente. La sorpresa resquebrajó su máscara de compostura durante un breve segundo.

—¿En activo? ¿Pero y el coma? ¿Y las secuelas? Me dijiste que casi muere en la explosión de Helmand.

—¡Y casi muere! ¡Pasó meses inconsciente en una cama de hospital! —Me tiré del pelo, desesperada—. La Armada lo rehabilitó y él desafió las estadísticas, pero sigue siendo el comandante del Equipo Fénix. Está apartado de las operaciones y destinado temporalmente cerca de Miami, pero sigue siendo militar. ¡El peligro sigue formando parte de su vida!

Apoyé los codos en las rodillas, ocultando el rostro entre las manos, sintiendo cómo el agotamiento me ahogaba.

—¿Entiendes ahora por qué no lo quiero cerca de mi hija? —pregunté, con las palabras ahogadas por las palmas de las manos—. No es solo por lo que me hizo a mí. Es porque es una bomba de relojería con piernas. Hoy puede prometerme el mundo, pero en cualquier momento el teléfono de ese hombre puede sonar de madrugada con un código rojo. ¿Y si se va otra vez, pero esta vez no vuelve ni siquiera respirando por tubos?

Levanté el rostro manchado de lágrimas. El miedo que me atormentaba desde que vi la cicatriz en su cuello estaba ahí, al descubierto.

—¿Cómo voy a mirar a la carita de Giovanna cuando tenga cinco o diez años y explicarle que el «Fael», que le enseñó a montar en bicicleta, volvió en un ataúd cerrado? ¡No voy a poder soportar recomponer los pedazos de mi hija! Su abandono casi me mata, Sofía. Si le hace lo mismo a Giovanna, si le rompe el corazón a mi pequeña, no quedará nada de mí. Me enterrará viva.

Sofía se quedó en silencio. No intentó restarle importancia a mi miedo. Mi amiga conocía lo letal que era el mundo en el que se movía Rafael. Fue ella quien me cogió de las manos en el baño cuando descubrimos el embarazo; sabía lo que costaba amar a un soldado ausente.

La pausa en la oficina se alargó, densa y reflexiva. Mi amiga cruzó los brazos y se recostó en el sillón, con sus ojos azules estudiando mi agotado lenguaje corporal.

—Camila —me llamó Sofía en un tono suave, sin juzgarme, pero cargado de esa clarividencia irritante que solo tienen las mejores amigas—. Giovanna es como una hoja en blanco. Los niños son infinitamente más resilientes que nosotros. Si él es un buen padre ahora, ella absorberá ese amor. Y si ocurre lo peor en el futuro… si lo llaman a filas o si se produce una tragedia, sí, sufrirá. Pero sobrevivirá. El duelo por perder a un héroe que ha estado presente es más fácil de asimilar para una niña que el trauma de haber sido rechazada activamente por un padre vivo y ocultada por una madre amargada.

Apreté los labios formando una línea fina, sintiendo cómo me invadía la actitud defensiva.

—¿Estás de su parte? —pregunté con brusquedad, mientras los celos maternales sacaban las garras.

—Yo no estoy de su lado. Estoy del lado de la realidad —replicó Sofía sin pestañear. Se inclinó de nuevo, apoyando los antebrazos sobre sus propias rodillas, acortando la distancia entre nosotros. Su expresión se volvió seria, analítica—. Lo que Rafael te hizo hace dos años fue un acto de pura cobardía emocional. Pero lo que tuvo que afrontar después… la explosión, el coma, la rehabilitación insoportable… Tienes que admitir que pagó un precio infernal por su propia elección.

—¡Su sangre no borra las noches en las que dormí llorando en el suelo de la habitación de mi hija cuando era un bebé! —gruñí, levantándome bruscamente del sofá. Empecé a pasear de un lado a otro por el reducido espacio del despacho, con el cuerpo vibrando por mi negativa a perdonar—. ¡Tu dolor no invalida el mío, Sofía!

—¡Nadie ha dicho que la invalide! —interrumpió Sofía, alzando el tono de voz por primera vez, imponiendo autoridad.

No se levantó, pero su presencia llenó la habitación.

—¡No te estoy pidiendo que lo perdones mañana! Te estoy diciendo que seas sincera contigo misma.

Dejé de caminar y me volví hacia ella, jadeando.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sofía me evaluó durante unos largos segundos. Su mirada atravesó mis barreras protectoras, desmontó mi discurso de madre sobreprotectora y dejó al descubierto la herida purulenta que intentaba ocultar a toda costa.

—Quiero decir, Camila, que tu pánico no se debe solo a la integridad emocional de Giovanna. Gi estará bien. Está rodeada de amor por todas partes. Mi ahijada es fuerte. Mi miedo no es que él la destroce.

Hizo una pausa, dejando que la frase flotara en el aire como humo antes de soltar la devastadora conclusión.

—Mi miedo es que él te destroce a ti. Otra vez.

Todo mi cuerpo se heló. El escalofrío que me recorrió la espalda no fue de rabia, sino de un terror profundo y visceral a ser descubierta. Abrí la boca para negarlo, para soltar una respuesta sarcástica y a prueba de balas, pero no me salió ninguna palabra.

—Utilizas a Giovanna como escudo, Mila —continuó Sofía en un tono suave, pero certero—. Señaló mi pecho—. Pones el miedo por tu hija por delante, porque es noble. Porque ser la madre leona es más fácil que admitir que la mujer adulta que hay detrás de la armadura está aterrorizada porque el hombre al que ama acaba de volver del mundo de los muertos.

—¡No amo a Rafael! —El grito se me escapó de la garganta, agudo, a la defensiva, desesperado. Me di una palmada en el pecho con la mano abierta—. ¡Lo odio! ¡Me repugna lo que nos ha hecho! Ese hombre… ¡me da asco, Sofía!

Sofía esbozó una sonrisa triste y negó con la cabeza lentamente.

—El odio y el amor viven exactamente en la misma calle, Camila. Solo que en casas vecinas —respondió con una sabiduría punzante. Se levantó del sillón, caminó hacia mí y se detuvo a unos centímetros de distancia—. Rafael te destrozó hace dos años porque tenía tu corazón en sus manos. Y la pura verdad, la verdad que ahora te hace temblar, es que, a pesar de las cicatrices, del abandono y del uniforme… todavía lo tiene.

—No… —Negué con la cabeza frenéticamente, con las lágrimas desbordándome y la negación quemándome la garganta—. Nunca más le daré ese poder. Prefiero morir.

—No tienes que darle ese poder, Mila. Nunca se lo quitaste. —Sofía me tocó los hombros con delicadeza. El contraste entre su suave tacto y la brutalidad de las palabras me hizo derrumbarme—. No te vi en el parque, no estaba allí, pero te conozco. Sé la tensión que se respiraba en el ambiente. Rafael ha aceptado que lo traten

como basura. Está dispuesto a arrastrarse por el asfalto caliente si tú se lo ordenas, solo para poder mirar a vuestra hija. Y esa rendición absoluta suya… esa obediencia canina… es lo más peligroso que podría hacer contra ti.

Sentí que me fallaban las piernas. Apoyada en las manos de Sofía, bajé la cabeza y lloré en silencio.

Mi amiga había leído mi alma con precisión quirúrgica. El pánico a que Giovanna sufriera era real, innegable. Pero el terror absoluto, la fuerza aplastante que me impedía respirar cuando estaba cerca de Rafael, era el eco de los recuerdos de nuestro compromiso.

Era su olor, que seguía siendo el mismo, que despertaba mis instintos más básicos. Era la forma en que se movía su amplio pecho al respirar. El recuerdo visceral, táctil y ardiente de sus manos callosas clavadas en mi cintura aquella madrugada, antes de la nota en la lámpara. El recuerdo de su cuerpo chocando contra el mío con un ansia devastadora, dominando cada célula de mi existencia.

Lo odiaba. Lo odiaba por elegir el uniforme, por elegir el orgullo, por haberme dejado embarazada en una ciudad llena de promesas vacías.

Pero, tras el odio, bajo toneladas de hormigón armado y hielo, la maldita e incorruptible llama del deseo y la sumisión que siempre había sentido por el Comandante del Equipo Fénix seguía ardiendo.

Al Rafael entrenado, armado y distante me resultaba fácil odiarlo. ¿Pero al Rafael, arrodillado en el césped, con las manos vacías, los ojos llenos de lágrimas y ofreciéndole un patito de madera a nuestra hija?

Ese hombre me atormentaba y, tarde o temprano, sabía que la resistencia de mi muro de cristal se pondría a prueba hasta el límite.

—No puedo ceder, Sofi —murmuré contra el hombro de mi amiga, mientras el agotamiento me consumía—. Si cedo y él se

marcha otra vez, no me levantaré de la cama. Me derrumbaré. Lo que queda de Camila desaparecerá para siempre.

Sofía me acarició el pelo con firmeza, y su tono de voz fue el ancla que necesitaba.

—Pues no cedas. Mantén las riendas cortas. Controla los encuentros. Oblígalo a demostrar cada día que sus prioridades han cambiado. Haz que sufra para ganarse tu perdón, Camila. —Dio un paso atrás y me levantó la cara por la barbilla para que la mirara a los ojos—. Puede que Rafael sea el soldado más letal y paciente de la faz de la tierra, pero tú eres una madre con el corazón roto. El camino será largo, amiga mía. No dejes que el pasado tome el control.

Asentí varias veces, sollozando y secándome las lágrimas de la cara con la manga de la camiseta.

Mi corazón seguía siendo un campo minado. El miedo al futuro, la aterradora posibilidad de que sonara el teléfono con la noticia de una bomba que esta vez no le perdonara la vida, aún flotaba en el aire de Miami como la nube de una tormenta inminente.

Rafael había plantado su bandera en nuestro territorio. La primera cita había terminado y mis reglas estaban establecidas. Pero yo sabía, en lo más profundo de mi ser fragmentado, que su sumisión no era más que la táctica de un brillante líder de escuadrón. No había irrumpido en mi casa por la fuerza porque no lo necesitaba.

Rafael iba a sitiar mi corazón. Iba a cortarme las vías de escape y no se marcharía hasta que yo misma abriera la puerta y le suplicara que entrara.



RAFAEL CROSS

Capítulo 12

El sol del mediodía de Miami azotaba el asfalto de la base de entrenamiento con una furia incandescente, transformando el aire salado del mar en una cortina espesa y sofocante. Delante de mí, veinte reclutas recién salidos del campamento básico se arrastraban por la arena húmeda de la pista de obstáculos, con los músculos temblando bajo el peso del equipo táctico y el cansancio rozando el agotamiento total.

—¡Más rápido! ¿Creéis que el enemigo va a esperar a que recuperéis el aliento?! —Mi grito rasgó el aire, con el tono gutural e implacable de un comandante que no aceptaba nada menos que la perfección—. ¡Si os movéis a esa velocidad en el campo de batalla, volveréis en sacos negros! ¡De pie! ¡Ahora mismo!

Obedecieron, con los rostros manchados de arena y sudor, los ojos muy abiertos por el terror y el respeto. Yo era su pesadilla. El

legendario SEAL, marcado por las explosiones, que había sido destinado temporalmente a aquel infierno húmedo para evaluar y quebrantar a los débiles.

Sin embargo, mientras marchaba por el borde de la pista, corrigiendo posturas y marcando el ritmo infernal, mi mente estaba a kilómetros de distancia de allí. Mi cuerpo estaba en modo de combate, pero mi alma estaba atrapada en un parque infantil.

Fael…

La voz aguda y melodiosa de Giovanna resonó en mi mente, superponiéndose a los gritos militares y al sonido de las botas golpeando la arena. Cerré los ojos durante una fracción de segundo tras mis gafas de sol tácticas. Podía sentir la textura de su manita suave contra mis callos gruesos. Ese roce de tres segundos había reavivado mi corazón y me había dado una razón para respirar que no tenía nada que ver con la pólvora ni con la sangre.

Adiós, Fael.

Apreté la mandíbula, sintiendo cómo se me formaba un nudo en la garganta. Habían pasado veinticuatro horas desde nuestro encuentro en el parque. Veinticuatro horas en las que no podía pensar en nada más que en el olor a jabón infantil y el brillo tempestuoso de esos ojos que eran una copia idéntica de los míos. Era un padre que caminaba sobre huevos de cristal para no desencadenar la furia de la mujer a la que amaba.

—¡Dos minutos de descanso para hidratarse! —ordené, y los reclutas se desplomaron en la arena, jadeantes.

Me dirigí hacia la tienda de mando montada cerca de la alambrada. Me quité la cantimplora del cinturón y me eché el agua tibia sobre la cabeza, sintiendo cómo el líquido me resbalaba por el cuello, pasando por la cicatriz que era el recordatorio constante de todo lo que había perdido.

Fue entonces cuando el sonido seco y vibrante de mi móvil táctico, guardado dentro de mi mochila en un rincón de la tienda, interrumpió mis pensamientos.

Era un sonido monosilábico, exclusivo del canal cifrado. Una alerta que paralizó mis movimientos. Ese tono no procedía del comando local de Miami. Venía directamente de las altas esferas.

Me sequé las manos mojadas en los pantalones de camuflaje, abrí la mochila y saqué el dispositivo. El código que aparecía en la pantalla me heló la sangre en las venas bajo un sol de treinta grados.

Misión Prioridad 1. Inmersión inmediata. Nivel Rojo.

El mundo a mi alrededor pareció ralentizarse. El ruido de los reclutas bebiendo agua se convirtió en un zumbido lejano. El oxígeno se escapó de mis pulmones. Apreté el botón y me llevé el dispositivo al oído.

—Arcángel, a la escucha —respondí de manera automática y fría, con el instinto militar imponiéndose a cualquier emoción.

—Arcángel, aquí el capitán Miller —la voz de mi superior sonó grave—. Tenemos una crisis en aguas internacionales. Se ha localizado un objetivo de alto valor en un complejo no cartografiado, y la ventana de extracción es de seis horas. Tu equipo se dirige a la base aérea de MacDill. Conoces la geografía del sector y participaste en la planificación original. Necesitamos tu evaluación táctica.

La pausa que hice en la línea fue tan larga que Miller pensó que se había cortado la comunicación.

Mi mente se colapsó.

La imagen de Camila en la cafetería irrumpió en mi mente como un fogonazo del pasado. El dolor en la mirada de Camila, el pánico real de verme regresar en un ataúd. «¿Para qué quieres meterte en la vida de Giovanna? ¿Para que tenga que explicar por qué su padre no ha venido a la presentación del colegio? ¿Para que me entreguen una bandera doblada?»

Le había jurado, le había prometido que no iría a ninguna parte, que demostraría que Giovanna era mi prioridad absoluta.

Estaba a punto de recuperar a mi familia y a un milímetro de demostrar que ya no era el cobarde ausente que las abandonó.

Pero mi deber me llamaba. No era solo el uniforme; eran mis hombres. Tanque, Sombra, Cerebro y Cruz iban a marchar hacia un infierno desconocido. ¿Cómo podría dormir por la noche sabiendo que mis conocimientos tácticos podrían marcar la diferencia entre la vida y la muerte de ellos? Si alguno de ellos muriera porque yo había elegido quedarme en Miami, la sangre mancharía mis manos para siempre.

El dilema me partía por la mitad como una sierra eléctrica. Si me iba, confirmaría la peor pesadilla de Camila y perdería a mi hija para siempre. Si me quedaba, traicionaría el juramento que me mantuvo con vida en la oscuridad del coma.

—Capitán… —comencé, con un dolor punzante; las costillas parecían romperse una a una. Miré mi mochila. Dentro del compartimento secundario había una pequeña foto que le había hecho a escondidas a Giovanna corriendo por el césped—. El mando me ha dado tiempo. Estoy de baja operativa.

—Sé de tu baja médica, Arcángel. Pero esto es una operación de extracción de precisión. Es una orden directa, pero, dadas tus recientes condiciones, no puedo atarte a una camilla y meterte en el avión. La nación te necesita. Tus hermanos también. Confirma tu estado.

Cerré los ojos. La encrucijada estaba ahí, dibujada con sangre y pólvora ante mí. El peso del uniforme sobre mis hombros me gritaba que aceptara. Era lo que siempre hacía. Era el instinto visceral grabado en mi columna vertebral.

Pero, en la oscuridad de mis párpados, no vi el campo de batalla en llamas. Vi los ojos oscuros y tormentosos de mi hija. Oí la voz delicada y vacilante que me llamaba «Fael». La imagen del terror en la mirada de Camila en la cafetería me atravesó la mente como una estaca de plata.

Mi respiración se estabilizó. El comandante del Equipo Fénix, el operador programado para decir «sí» a la muerte a cualquier

precio, vaciló y, en esa vacilación, resucitó el hombre que amaba a Camila.

—Negativo, capitán. —Mi voz no tembló. Sonó letal, no por rabia, sino por una certeza inquebrantable, como un ancla hundiéndose en el océano—. Renuncio a la misión. Mi estado es «inactivo para el combate».

El silencio al otro lado de la línea fue denso, cargado de la conmoción de un oficial superior que nunca, en más de una década, había oído un «no» salir de la boca de su mejor soldado.

—¿Está seguro, Arcángel? —La voz del capitán Miller sonó cautelosa—. Su negativa oficial quedará registrada.

—Mi negativa está respaldada por el informe médico, capitán —respondí—. La junta aún no me ha dado el alta para el combate. Puedo colaborar en la planificación, pero no seré un lastre sobre el terreno. Tanque está cualificado para dirigir la extracción.

Un profundo suspiro resonó por la radio. La imbatible burocracia militar se topó con el muro inquebrantable de mi diagnóstico de trauma físico.

—De acuerdo, comandante. Dado su prolongado proceso de rehabilitación y el informe de la junta médica de San Diego, el mando central acepta la negativa por incapacidad temporal. La misión pasa a estar bajo el mando táctico de Tanque. Cambio y corto.

La radio crujió y se quedó en silencio.

El aire volvió a mis pulmones de golpe. Las piernas me fallaron por un instante y apoyé las manos en la mesa de la tienda de mando.

Dije que no.

Acababa de coger el cuchillo militar y cortar la cuerda que me había atado al infierno toda la vida.



CAMILA GARCIA

Capítulo 13

El termómetro digital parpadeaba en rojo en la minúscula pantalla: *38,9 °C*.

El llanto desgarrador e inconsolable de Giovanna resonaba en las paredes de mi piso, mezclándose con mi propio agotamiento. Eran casi las tres de la tarde, pero parecía que llevaba días luchando en una trinchera. Mi hija ardía de fiebre, con la carita enrojecida, las mejillas húmedas por las lágrimas y un malestar que no se calmaba ni en mis brazos, ni en la cuna, ni siquiera con mis intentos desesperados por tranquilizarla.

Con una mano, sostenía su cuerpecito caliente contra mi cadera, sintiendo cómo su llanto vibraba en mi pecho. Con la otra, escribí el mensaje en el móvil con brusquedad, con los dedos temblando de cansancio.

Camila:

Giovanna está enferma. Tiene mucha fiebre. La cita de hoy en el parque queda cancelada. No me llames.

Pulsé «enviar» y tiré el móvil al sofá. Hoy no tenía fuerzas para soportar la presencia de Rafael. No tenía la fortaleza necesaria para lidiar con su intensidad letal, con esa forma que tiene de observarme como si fuera un objetivo que tuviera que descifrar. Toda mi atención estaba puesta en mi hija.

Fui a la cocina, intentando preparar el biberón con una sola mano, pero Giovanna se retorcía entre un llanto ronco.

—Shh, mi amorcito, mamá te está preparando la leche… ya se te pasará, mi angelito —murmuraba, con la voz entrecortada y los párpados pesados por el cansancio acumulado.

Diez minutos después de enviar el mensaje, el sonido de tres golpes secos y rítmicos en la puerta principal me dejó paralizada.

Se me aceleró el corazón. El pánico ante la posibilidad de que hubiera ocurrido algo peor se mezcló con una irritación inmediata. Caminé hasta el pasillo, acomodando a Giovanna en mis brazos, y miré por la mirilla.

Rafael…

Llevaba una camiseta negra y vaqueros, y sostenía una bolsa de la farmacia en una de las manos. Tenía la mandíbula apretada, la postura tensa, pero su mirada mostraba esa determinación que yo conocía tan bien. Rafael había roto la regla número uno. La regla absoluta de no aparecer nunca sin haber sido invitado.

Abrí la puerta de un tirón brusco; la furia me dio una energía que no sabía que aún tenía.

—¡Te dije que no vinieras! —susurré, intentando que Giovanna no llorara más—. ¡Te envié un mensaje! ¿Qué parte de mis reglas no has entendido, Rafael?!

—Dijiste que tenía fiebre —respondió con tono grave y contenido, su absurda calma chocando con mi caos. No retrocedió

ante mi odio—. He traído paracetamol infantil, parches refrigerantes para la frente y suero. Déjame entrar, Camila.

—No necesito tu… —intenté protestar, pero Giovanna soltó un grito desgarrador, escondiendo su rostro ardiente en mi cuello y llorando aún más fuerte.

Estaba agotada. Me dolía el hombro. Me latía la cabeza. Quería echarlo, quería gritarle que no tenía derecho a invadir mi casa, pero la abrumadora verdad es que necesitaba ayuda. Y él estaba allí, de pie en la puerta, ofreciéndome lo que yo ansiaba desesperadamente: apoyo.

Cerré los ojos un segundo, vencida por mi propia vulnerabilidad, y di un paso atrás.

—Entra —gruñí, apartándome hacia el pasillo—. Pero no te acostumbres.

Rafael entró en silencio, cerrando la puerta con cuidado. El caos se desató en cuanto puso un pie en el salón. Giovanna estaba al límite de la irritación. Intenté darle el medicamento que él había traído, pero lo escupió. Rafael tomó el relevo. Su eficiencia militar, entrenada para estabilizar traumas en el campo de batalla, se adaptó de forma asombrosa al llanto de un bebé. Rafael abrió los parches refrigerantes y le colocó uno con cuidado en la frente y me entregó el dosificador.

—Ve a la cocina a preparar el biberón. Está muy agitada contigo porque nota tu nerviosismo —murmuró, como una orden firme. Extendió sus anchos y callosos brazos—. Ven aquí, Gi.

Para mi sorpresa y mi desesperación interior, Giovanna no se resistió. Estaba demasiado frágil. Se refugió en su regazo, apoyando la cabeza en el ancho hombro de Rafael. El SEAL empezó a caminar por la sala, murmurando algo en un tono grave que hacía vibrar su pecho contra el pequeño cuerpo de la niña, meciendo a nuestra hija con una naturalidad que me partía el corazón.

Corrí a la cocina. Mezclé rápidamente la leche de fórmula con el agua tibia, con las manos temblorosas. Volví al salón con el biberón lleno.

—Intenta dárselo ahora —le pedí en voz baja, entregándole el biberón.

Rafael sujetó a Giovanna con el brazo izquierdo y le acercó la tetina del biberón a la boca con la derecha. Sin embargo, la niña estaba en medio de un ataque de llanto febril. Giró la cara con violencia, agitando las manitas frenéticamente. Su bracito golpeó contra la muñeca de él.

La tapa del biberón no estaba bien enroscada.

El movimiento brusco hizo que la tapa saliera volando. Trescientos mililitros de leche tibia salieron disparados del biberón, cayendo como una cascada directamente sobre el pecho de Rafael, empapándole la camiseta negra, manchando la tela y resbalando por su abdomen y sus vaqueros.

—Mierda —murmuró él, apartando rápidamente el biberón para no mojar a Giovanna, que sollozaba asustada.

—¡Dios mío, lo siento! ¡No lo había cerrado bien! —jadeé, cogiendo a Giovanna de sus brazos y acunándola contra mí.

Rafael no lo pensó. Fue un acto puramente reflejo y automático. Con la camiseta empapada y caliente pegada a la piel, agarró el borde de la tela por la nuca y se la quitó por la cabeza con un único movimiento fluido, tirando la tela mojada al suelo de madera del salón.

Se me cortó la respiración. El llanto de mi hija se convirtió en un zumbido lejano.

Intenté apartar la mirada. Me juré a mí misma que no miraría. Pero fue una batalla perdida contra el instinto más primitivo que habitaba en mí.

Siempre supe lo que había debajo de la ropa del Comandante del Equipo Fénix. Me había aprendido de memoria aquel cuerpo antes de que me abandonara. Los músculos desmesurados, el abdomen marcado, la línea en «V» perfecta que descendía por la cadera estrecha, la fuerza brutal forjada por años de entrenamiento de élite y supervivencia. La atracción cruda e innegable que me

arrastró a su cama la primera vez me golpeó en el estómago como un puñetazo.

Pero… el aspecto físico de aquel hombre había cambiado.

Las antiguas cicatrices de cuchillo y de balas que le habían rozado seguían ahí; sin embargo, no eran más que rasguños comparados con la destrucción que había causado la bomba.

Mis ojos recorrieron su piel bronceada. La horrible cicatriz del cuello, aquella que ya conocía, descendía y se transformaba en una grotesca y retorcida red de carne quemada y cosida que ocupaba el lado izquierdo del pecho y bajaba por las costillas. Profundas marcas circulares, donde los cirujanos habían extraído metralla en una carrera contra la muerte, salpicaban su robusto torso.

Esas cicatrices contaban la historia de un hombre que había sido literalmente partido por la mitad en el infierno, y que había obligado a sus propias células a regenerarse solo por la obstinación de no morir. El impacto visual de su sufrimiento físico, de lo que había pasado mientras yo lo odiaba en Miami, me provocó un nudo en la garganta tan doloroso que apenas podía respirar.

Era peligroso, letal, estaba destrozado y, a mi pesar, absurdamente magnífico en su resistencia.

—Está sudando. La fiebre está bajando —dijo Rafael con voz ronca, sacándome de mi trance.

Parpadeé frenéticamente, apartando la mirada de su pecho y volviendo la atención hacia Giovanna. Tenía razón. La frente de mi hija, bajo la compresa de hielo, estaba cubierta de sudor frío. La tensión en su cuerpecito estaba desapareciendo, el llanto se había transformado en suspiros cansados y sus ojos tormentosos ya estaban cerrados. Se había agotado.

—Voy… voy a acostarla en la cuna —balbuceé, dándome la vuelta rápidamente, huyendo de la pesadez que su presencia imponía en el salón.

Caminé hasta el dormitorio con las piernas temblorosas. Acosté a Giovanna en la cuna y la cubrí con una manta ligera. Me

quedé allí casi diez minutos, escuchando cómo se estabilizaba la respiración de la niña, ganando tiempo para intentar reconstruir mis propias murallas defensivas, que se habían resquebrajado al ver la vulnerabilidad y la fuerza que se manifestaban en el cuerpo de aquel hombre en mi salón.

Cuando ya no pude evitarlo más, volví al pasillo.

Rafael estaba en el salón. Había utilizado unas toallas de papel para secar la leche del suelo. La camiseta negra estropeada yacía tirada sobre el fregadero de la cocina. Estaba de pie, apoyado en el marco de la ventana, contemplando la noche de Miami, sin camiseta.

La tensión en la habitación era tan densa que parecía que se pudiera cortar con un cuchillo. La tensión pesaba sobre cada partícula de polvo iluminada por la tenue luz de la lámpara.

Crucé los brazos, deteniéndome en medio de la sala, manteniendo la distancia.

—Se ha quedado dormida —anuncié, con una voz que sonaba un poco más aguda de lo habitual.

Rafael volvió el rostro hacia mí. La pálida luz perfilaba los tensos músculos de su pecho, dejando las cicatrices en sombra. La mirada de Rafael descendió lentamente desde mi rostro hasta mis brazos cruzados y luego volvió a subir, clavándose en los míos con una intensidad depredadora que hizo que mi interior se derritiera y se helara al mismo tiempo.

—Qué bien —murmuró. Su pecho macizo se elevó al inspirar. Rafael no intentó buscar su propia camiseta; sabía el efecto que causaba, siempre lo había sabido.

—Deberías irte —espeté, en un tono áspero, mi única defensa contra el magnetismo que amenazaba con atraerme hacia él—. La fiebre ha pasado. Has infringido mi norma al aparecer aquí sin invitación.

Se acercó lentamente. El movimiento fue silencioso, con la gracia sigilosa de un lobo que avanza por su territorio.

—Tú me enviaste el mensaje pidiéndome que no viniera —replicó él, con voz grave y peligrosa, que vibraba con el timbre de un comandante—. Pero en el momento en que dijiste que mi hija estaba enferma, ninguna regla del universo iba a impedirme llamar a tu puerta, Camila. Os dejé solas en el pasado. Eso no volverá a pasar, aunque tenga que forzar vuestras cerraduras.

El calor que emanaba de su cuerpo me llegó a la cara. Las cicatrices parecían latir con la adrenalina que corría por sus venas.

Intenté retroceder, pero mi espalda chocó contra la esquina de la encimera de la cocina. Estaba acorralada por mi propio agotamiento y por la insoportable tensión sexual, sin resolver y cubierta de odio, que se cernía entre nosotros. Evité mirar su pecho desnudo, fijando la mirada con obstinación en su barbilla marcada.

—No vas a forzar nada —repliqué, con la respiración entrecortada. Señalé con el dedo en su dirección, la rabia luchando contra el temblor de mi mano—. Me ayudaste. Te lo agradezco. Pero eso no te da derecho a quedarte aquí exhibiendo tus cicatrices de guerra en mi salón. Ponte la puta camisa, Rafael.

Se detuvo a menos de un metro de mí. Su olor —jabón de hombre, sudor puro y un toque de peligro inherente— nubló mi razonamiento. Rafael bajó la mirada hacia su propio torso esculpido y brutalmente herido. Luego, levantó los ojos y los clavó en los míos.

—¿Te dan miedo? —preguntó Rafael, en un susurro más grave. No era una pregunta cruel; era sincera, casi vulnerable. Levantó la mano derecha, rozando con la punta de sus propios dedos la carne retorcida de las costillas, justo en el lugar donde los cirujanos le habían abierto el cuerpo en el hospital—. Sé que lo que queda de mí no es bonito de ver, Camila.

—No seas idiota —espeté de inmediato, la negación saltando de mi boca antes de que pudiera pensar—. Tu problema nunca ha sido la estética, Rafael. Tu problema es que cada una de esas cicatrices es la prueba del hombre egoísta que fuiste. No me dan miedo porque sean feas. Me dan miedo porque me recuerdan que prefieres la guerra a nosotros.

Las palabras le dieron de lleno. Vi cómo el dolor atravesaba su mirada, pero, en lugar de retroceder, su proximidad se volvió aún más opresiva. Rafael clavó ambas manos en el borde de la encimera, una a cada lado de mi cadera, inmovilizándome contra la madera, inclinando su gigantesco cuerpo sobre el mío.

Jadeé. La atracción instintiva fue como una chispa sobre pólvora. El calor de su piel desnuda atravesaba la tela de mi blusa. Toda esa fuerza se concentraba en no tocarme, aunque cada músculo delatara el deseo.

—Estás mintiendo —murmuró contra mis labios temblorosos. La intimidad de aquel suspiro hizo que mi corazón se disparara en un pánico salvaje—. Puede que odies lo que representan las cicatrices, Camila. Pero tus ojos dicen otra cosa. Me estás mirando exactamente igual que me mirabas antes de que cerráramos con llave la puerta de aquel piso.

La acusación fue un golpe de pura verdad.

Sentí que me ardía la cara de vergüenza y de rabia. Furia porque me hubiera calado con tanta facilidad. Ira porque él, destrozado y marcado, siguiera siendo lo único que hacía que mi sangre hirviera de esa manera.

Levanté ambas manos y empujé su pecho desnudo con todas las fuerzas que me quedaban. Su piel estaba caliente, rígida como el hormigón. El empujón no lo movió ni un milímetro, pero Rafael percibió la violencia desesperada de mi gesto y retiró los brazos, cediéndome espacio.

—Coge tu camiseta —siseé, con el orgullo hecho añicos intentando forjar un último escudo—. Coge tu camiseta y vete de mi piso. ¡Ahora mismo! Y si te atreves a volver a aparecer sin permiso, te juro que no volverás a ver a Giovanna.

La amenaza flotó en el aire, fría y letal.

La mirada ardiente de Rafael se enfrió. La sumisión que había prometido asumir volvió a tomar el control del soldado. El momento de debilidad entre nosotros se evaporó, dejando tras de sí solo el humo de un incendio que casi consumió la sala.

Asintió una sola vez, volviendo a ser una máscara indescifrable de granito.

Rafael se dirigió al fregadero, cogió la camisa negra empapada de leche y, sin ponerse la prenda fría, se la echó por encima del hombro. Caminó en silencio hasta la puerta principal, con los músculos de su amplia espalda moviéndose bajo la tenue luz; cada cicatriz era un recuerdo vivo de la tragedia que nos separaba.

La puerta se abrió y se cerró con un clic silencioso.

Rafael se había marchado, pero el aire de mi piso seguía siendo denso, saturado del olor y la presencia fantasmal del hombre que, incluso en ruinas, seguía dominando cada latido de mi maldito corazón.



RAFAEL CROSS

Capítulo 14

Ciento cuarenta kilos.

El metal frío y estriado de la barra olímpica me arañaba los callos de las palmas mientras empujaba el peso alejándolo de mi pecho. Los músculos temblaban, y el tejido cicatricial de las costillas y el pectoral se tensaba con cada respiración.

—Una más —gruñí para mis adentros, con una voz ahogada por el sonido de mi propia sangre retumbando en los oídos.

Empujé el peso de nuevo. El gruñido que se me escapó de la garganta resonó por el gimnasio de la base, sumido en el silencio húmedo de las cinco de la mañana. Bloqueé los brazos y giré las muñecas, colocando la barra de nuevo en el soporte con un estruendo de acero contra acero.

Me senté en el banco acolchado, con el pecho subiendo y bajando violentamente, el cuerpo empapado de sudor brillando bajo las lámparas fluorescentes industriales. Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos e intenté concentrarme únicamente en el ardor físico. El dolor en el cuerpo era mi refugio. Era controlable. Algo que podía cuantificar y soportar.

Pero el dolor en mi mente… ese era una emboscada constante.

Me pasé la toalla áspera por la cara y, como un maldito hechizo, el olor a ozono y sudor del gimnasio fue sustituido en mi memoria olfativa por el aroma dulzón de la vainilla y la brisa marina.

Me vi arrastrado sin previo aviso a una noche de viernes de cuatro años atrás.

El bar estaba en la terraza de un hotel de South Beach. La música electrónica vibraba en el suelo de madera, las luces de neón azules y magenta bailaban sobre el agua de la piscina, y el calor de la noche de Miami era denso y eléctrico. Estaba de permiso tras una misión exitosa en Siria. Mi cuerpo estaba intacto, mi ego por las nubes, y el mundo parecía pequeño ante la arrogancia invencible de un SEAL en la flor de la vida.

Fue entonces cuando la vi.

Camila estaba apoyada en la barra, riéndose de algo que su mejor amiga, Sofía, acababa de decir. Llevaba un vestido rojo oscuro que se ceñía a sus curvas perfectas de una forma que me dejó sin aliento. Su melena castaña le caía suelta sobre los hombros, y su sonrisa… iluminó toda la terraza. Yo, que había sido entrenado para identificar objetivos a un kilómetro de distancia, no pude apartar la mirada; me quedé sin aliento en ese mismo instante.

Recordaba haberle hecho una señal al camarero. Dos chupitos de tequila de la botella más cara de la estantería se deslizaron por la barra hasta sus manos. Cuando Camila miró en mi dirección, desconcertada, levanté mi vaso de whisky. Ella arqueó una ceja, ese gesto de desafío que yo veneraría, y le susurró algo a Sofía. Las dos se rieron, pero Camila no apartó la mirada.

Crucé el salón. Mi postura, mi forma de caminar, todo desprendía la confianza depredadora que me daba el uniforme, aunque estuviera vestido de civil.

—¿Tequila? Para una noche tan calurosa, pensé que necesitaríais un combustible a la altura —dije al detenerme junto a ellas.

En menos de diez minutos, ya había roto el hielo. Las dos estaban fascinadas. Sofía hacía las preguntas prácticas, pero era la atención de Camila lo que me embriagaba. La curiosidad de su mirada se clavaba en mí mientras contaba historias. Por supuesto, edité la parte de la carnicería. No hablé del olor a sangre ni de los gritos. Hablé de la hermandad. De saltar de aviones en la oscuridad de la noche. De la adrenalina de estar en la cima del mundo, sirviendo en la tropa de élite más implacable del planeta.

Vi cómo la fascinación y la admiración brillaban en las pupilas de Camila. Aquella noche, bajo las luces de neón de Miami, ser el comandante Rafael Cross, un SEAL de la Armada estadounidense, no era una maldición. Era un afrodisíaco. Era la brillante armadura que la atrajo, la promesa de protección absoluta, de masculinidad forjada en el fuego, de un hombre que no temía a nada en el mundo.

Aquella noche, y en los meses que siguieron, mi profesión era mi mayor baza. Ella me veía como un dios intocable. Nunca, ni siquiera en mi peor pesadilla, imaginé que el mismo uniforme que me hizo ganarme su corazón sería la navaja que la partiría por la mitad.

Volví a abrir los ojos y me encontré de nuevo en el gimnasio vacío; el sonido áspero de mi propia respiración me devolvió a la realidad.

Miré mis propias manos, marcadas. La ironía era sádica y abrumadora. La misma fuerza, el mismo instinto y la misma profesión que un día la convirtieron en mi admiradora, ahora me transformaban en el monstruo del que ella necesitaba proteger desesperadamente a nuestra hija.

A ella le parecía encantador el jefe de escuadrón hasta que se dio cuenta de que el precio del heroísmo era la ausencia. Lo aterrador no era que yo saltara de un avión; lo aterrador era que saltara y no volviera para cenar, dejándola sola con una ecografía en las manos.

«¿Quieres formar parte de la vida de Giovanna? ¿Para qué, Rafael? ¿Para que dentro de unos años tenga que explicarle a Giovanna por qué su padre no ha venido a la actuación del colegio?»

Las palabras de Camila en la cafetería se me clavaron en el cerebro, superponiéndose al recuerdo del vestido rojo. Ya no era la chica deslumbrada del bar de South Beach. Era una madre con los pies bien plantados en el suelo de la realidad. Una mujer que había conocido la cara sucia, sangrienta e implacable de la guerra que yo tanto glorificaba.

Me levanté del banco de press de banca, con la tensión irradiando por mis hombros. Cogí la botella de agua del suelo y me bebí la mitad de su contenido de un trago para calmar mi garganta seca.

El dolor de haberlo estropeado todo me quemaba más que la serie de levantamientos de pesas. Si pudiera volver atrás en el tiempo, a aquella terraza de Miami, aún así habría cruzado el salón. Aún así le habría ofrecido el tequila. Pero, si hubiera sabido el infierno por el que la haría pasar, me habría guardado mis historias de guerra. Me habría arrodillado allí mismo y habría jurado que, desde el instante en que ella me sonriera, mi única misión sería ella.

Me eché la toalla por encima del hombro y me dirigí hacia los vestuarios. Necesitaba una ducha helada. Tenía que despejar la mente. Recuperar a mi familia exigiría mucho más que unos músculos marcados o títulos militares; exigiría lo más difícil que un SEAL en activo podría hacer: demostrar que la vida de un civil, junto a la mujer a la que amaba y la hija a la que apenas conocía, valía mucho más que cualquier medalla colgada en el pecho.



CAMILA GARCIA

Capítulo 15

El reloj digital en la esquina de la pantalla de mi portátil marcaba las 23:42.

Las calles principales de Wynwood, a solo dos manzanas de distancia, aún vibraban con la energía de los bares, la música electrónica palpitante y las risas de los turistas. Sin embargo, allí, en la oficina del fondo de mi galería, el aire parecía tan inmóvil que podía oír el débil zumbido de la nevera en la pequeña cocina.

Debería haberme ido a casa hacía horas. Mi madre ya me había enviado tres mensajes diciendo que Giovanna, por fin sin fiebre, dormía como un angelito. Pero mi mente era un laberinto en llamas. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen del pecho desnudo de Rafael, surcado por brutales cicatrices y bañado por la penumbra de mi salón, invadía mis pensamientos. El recuerdo de su cuerpo apretando el mío contra la encimera de la cocina, el calor, el olor, el

terror absoluto de seguir deseándolo… Todo eso me mantenía atrapada en el trabajo, utilizando hojas de cálculo financieras como un escudo inútil contra mi propia vulnerabilidad.

Me froté los ojos cansados y cerré el portátil con un suspiro de derrota. Era hora de afrontar la realidad. Me levanté, cogí mi bolso del sillón y apagué la lámpara de la mesa.

El sonido fue sordo, pero inconfundible.

El estallido del grueso cristal de la puerta trasera de la galería, que daba al callejón de servicio, rompió el silencio como un disparo.

Mi corazón dejó de latir durante un segundo entero antes de dispararse a un ritmo frenético y doloroso contra mis costillas. Me quedé paralizada en la oscuridad de la oficina. A través del cristal esmerilado de mi puerta, vi el haz de luz de dos linternas barriendo la sala principal. Eran pasos pesados. Botas pisando sobre los fragmentos de cristal.

—Date prisa. Busca la caja fuerte en el despacho —una voz masculina, áspera y susurrante, resonó en las paredes blancas de la galería.

—Cállate y cúbreme —respondió el segundo hombre.

El sonido metálico de un arma al amartillarse me heló la sangre en las venas.

Giovanna…

El rostro de mi hija se me pasó por la mente. Un pánico primitivo, visceral y paralizante me ahogó. Estaba sola. El botón de pánico estaba debajo de la mesa de recepción, a veinte metros de distancia. No tenía adónde huir.

Retrocedí lentamente, conteniendo la respiración, hasta que mi espalda chocó contra la estantería de libros al fondo de la sala. El pomo de la puerta de mi despacho giró violentamente. La puerta se abrió de un puntapié.

La luz de la linterna me cegó de inmediato. Levanté la mano para taparme la cara, soltando un grito breve que se me atragantó

en la garganta.

—Mira lo que nos hemos encontrado. —El hombre soltó una risa sórdida. Su silueta se materializó en la penumbra. Llevaba una sudadera con capucha y un pañuelo que le cubría la mitad de la cara. El cañón oscuro de una pistola apuntaba directamente a mi pecho—. Dame el bolso, ricachona. Y abre la puta caja fuerte antes de que te reviente los sesos.

—¡Yo no… yo no tengo dinero en efectivo aquí! —Las palabras me salieron entrecortadas por el pánico. Me temblaban tanto las manos que se me resbaló el asa del bolso—. Puedes llevarte las obras, llévate mi ordenador…

—¡Te he dicho que abras la caja fuerte, zorra! —Avanzó un metro más por la habitación, levantando el arma. El segundo hombre apareció justo detrás de él, bloqueándome cualquier vía de escape.

Cerré los ojos, con la respiración entrecortada, sintiendo cómo me temblaba todo el cuerpo. La sensación de muerte inminente era como un sabor a óxido en la boca. Le supliqué a Dios que mi madre cuidara bien de Giovanna.

Pero el disparo no llegó.

Lo que llegó fue el sonido de un impacto brutal.

Abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo ocurría lo imposible.

Una sombra, enorme, silenciosa y absurdamente rápida, se recortó contra la oscuridad del pasillo. Antes de que el segundo hombre pudiera siquiera gritar, una mano inmensa, enfundada en guantes tácticos, le rodeó el cuello por detrás. Se oyó un sonido nauseabundo de cartílago aplastándose y el hombre se desplomó en el suelo como un muñeco de trapo al que le hubieran cortado los hilos, completamente inconsciente.

El tipo armado que tenía delante giró el cuerpo presa del pánico, levantando la pistola.

—Pero qué co…

No terminó la frase.

El hombre que emergió de las sombras no parecía humano; era un operador de combate. Rafael se abalanzó con una letalidad quirúrgica que solo había visto en las películas. Con la mano izquierda, agarró el cañón del arma, retorciendo la muñeca del asaltante hacia arriba en un ángulo antinatural. El chasquido agudo del hueso al romperse resonó por toda la sala, seguido de un grito de agonía del delincuente. El arma cayó al suelo.

Con la mano derecha, Rafael asestó un golpe limpio, seco y despiadado con la base de la palma directamente contra la mandíbula del asaltante. El impacto sonó como un ladrillo golpeando contra el hormigón. Los ojos del hombre se pusieron en blanco y cayó de bruces, desplomándose a los pies de Rafael con un golpe sordo.

La pelea duró exactamente cuatro segundos.

Dos hombres armados, neutralizados antes incluso de darse cuenta de dónde había venido la muerte.

Me quedé aplastada contra la estantería, jadeando. Las piernas me fallaron hasta que resbalé y caí sentada en el suelo de madera. Mi pecho subía y bajaba violentamente. Aspiraba aire, pero este no me llenaba los pulmones. El terror del asalto se había disipado, pero fue sustituido inmediatamente por la conmoción de presenciar de primera mano la brutalidad de Rafael. Había pasado los últimos años temiendo la violencia que lo rodeaba, pero ver cómo esa violencia se utilizaba como escudo ante mí resultaba paralizante.

Rafael no lo celebró. Ni siquiera había perdido el aliento. Se agachó, recogió la pistola del suelo con dos dedos y, con un movimiento fluido, expulsó el cargador y tiró del cerrojo, sacando las balas. Los proyectiles cayeron al suelo.

Con una calma clínica, sacó el móvil del bolsillo, marcó un número y se lo llevó al oído.

—¿Emergencias? Aquí el capitán Rafael Cross, Operaciones Especiales de la Armada, equipo SEAL. Invasión armada en la

Galería Versalles, en Wynwood. Dos sospechosos hostiles neutralizados. Perímetro asegurado y ninguna baja civil. Enviad los vehículos para recoger la basura.

Colgó, se guardó el móvil en el bolsillo y, por fin, me miró.

Su postura militar se relajó en una milésima de segundo. El comandante letal desapareció, y Rafael se dejó caer de rodillas al suelo, deslizándose por el suelo hasta llegar delante de mí.

—Camila… —El nombre salió ronco y urgente. Extendió las manos, con ganas de tocarme y comprobar si estaba herida, pero vaciló en el último instante, recordando mis reglas. Sus manos se quedaron suspendidas a centímetros de mis hombros temblorosos—. ¿Estás bien? ¿Te ha tocado? ¿Estás herida?

Negué con la cabeza frenéticamente, con las lágrimas desbordándome, mientras la adrenalina por fin bajaba y me dejaba en un estado de histeria silenciosa.

—No… estoy bien —susurré, intentando contener un sollozo. Miré a los dos hombres inconscientes en el suelo y luego al rostro de Rafael.

En menos de cinco minutos, el callejón se inundó de luces rojas y azules de los coches patrulla.

El caos de los coches patrulla, los policías uniformados y los paramédicos invadió la galería. Me envolvieron en una manta térmica naranja y me sentaron en una silla de la recepción para que prestara declaración ante una sargento muy amable. A los dos atracadores los esposaron —a uno de ellos con el brazo colgando en un ángulo extraño— y los arrastraron hasta las ambulancias.

Durante todo ese tiempo, Rafael permaneció en silencio en un rincón de la sala. Cuando los policías intentaron interrogarlo, él simplemente sacó de su bolsillo una placa oscura, la identificación de Operador Especial de la Armada. Los policías lo leyeron, cambiaron de actitud al instante, asintieron con respeto reverencial y no hicieron ninguna otra pregunta sobre cómo se había roto el brazo y había neutralizado a dos delincuentes armados en cuatro segundos sin utilizar un arma de fuego.

En el momento en que el último coche patrulla dobló la esquina, el callejón volvió a quedar en silencio, iluminado únicamente por la luz amarilla de las farolas.

La galería quedó cerrada con llave. Yo estaba apoyada contra la pared de ladrillo visto del exterior, con la manta térmica aún sobre los hombros, sosteniendo un vaso de agua que me había dado un paramédico. El aire de la madrugada de Miami era húmedo y cálido.

Rafael estaba de pie a tres metros de distancia, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros oscuros. Llevaba una camisa negra y una chaqueta de cuero por encima. La oscuridad parecía abrazarlo como a un viejo amigo.

Di un sorbo al agua, con los dientes golpeando ligeramente el borde de plástico del vaso. Levanté la vista hacia él. La gratitud libraba una lucha encarnizada contra mis barreras de seguridad.

—¿Cómo es que…? —Mi voz se quebró. Me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo, exigiendo la verdad—. ¿Cómo es que estabas aquí, Rafael? No había forma de saberlo. La policía tardó cinco minutos en llegar. Tú apareciste en cinco segundos, estabas aquí antes que ellos.

Su mandíbula se tensó. Desvió la mirada hacia la calle desierta por un momento antes de volver a centrarse en mí. La oscuridad de sus ojos estaba cargada de una intensidad abrumadora.

—No te estaba siguiendo, si es eso lo que estás pensando —murmuró, con voz grave y contenida—. Llevaba tres horas aparcado al otro lado de la calle.

Fruncí el ceño.

—¿Desde hace tres horas? ¿Vigilando la galería? ¿Por qué?

Rafael suspiró profundamente. Sacó las manos de los bolsillos y pude ver la tensión en sus anchos hombros. Se acercó lentamente, deteniéndose lo suficientemente cerca como para que yo sintiera la fuerza de su cuerpo.

—Porque estaba reuniendo valor, Camila —confesó, dejando que la vulnerabilidad se colara en su voz—. Para cruzar la calle y llamar a tu puerta.

—¿Para qué? Habíamos acordado que solo aparecerías cuando…

—Necesito hablar de lo de anoche —me interrumpió, con intensidad en cada sílaba. Apoyó una mano en la pared junto a mi hombro, sin sujetarme, pero acaparando toda mi atención—. Aquel momento en el piso, las cicatrices, la forma en que nos miramos… He pasado las últimas veinticuatro horas sin poder pensar en otra cosa.

La mera mención de la noche anterior hizo que se me sonrojara el rostro. El recuerdo de su pecho desnudo y lleno de cicatrices invadió mi mente de nuevo, disipando el último vestigio de adrenalina del asalto y reavivando una llama peligrosa.

—No hay nada de qué hablar, Rafael —intenté desviar la conversación, apartando la mirada de la suya y apretando el vaso de plástico hasta que se deformó entre mis manos—. Estaba estresada por lo de Giovanna. Eso es todo.

—Mentira —susurró, con su cercanía embriagándome—. Podemos mentir sobre el uniforme, o incluso sobre la distancia. Pero tú y yo sabemos muy bien que, si nos hubiéramos quedado en tu cocina diez segundos más, uno de los dos habría cedido.

Inspiré bruscamente, con el corazón acelerándose de una forma totalmente diferente al pánico del atraco.

—Me odias por haberme ido, y lo acepto —continuó Rafael, con su voz áspera acariciando mis sentidos. Sus ojos recorrían mi rostro, iluminado por la luz amarilla de la farola—. Pero ayer… me miraste no como al soldado que te abandonó, sino como al hombre que sobrevivió para poder volver. No pude dormir pensando en eso y hoy he venido hasta aquí, he conducido como un loco por la autopista, solo para poder mirarte a la cara de nuevo y preguntarte si el conflicto entre nosotros todavía tiene alguna posibilidad de terminar en un tratado de paz.

Estaba tan cerca que podía sentir su olor característico: una mezcla embriagadora de jabón, tensión y peligro.

Me sentía agotada. Aterrorizada ante la posibilidad de perderlo de nuevo, traumatizada por lo que casi me había pasado hacía menos de una hora, y mortalmente dividida entre la razón y la pasión arrolladora que él siempre había despertado en mí.

Quería insultarlo y admitir que la violencia que siempre había condenado había sido lo que me había mantenido con vida aquella noche. La contradicción me paralizaba. Rafael había vuelto y, durante unos minutos, había sido él quien me había mantenido en el mundo de los vivos.

Cerré los ojos y dejé que mi cabeza cayera contra los ladrillos de la pared, tragando saliva, sabiendo que, tras esa madrugada, los fragmentos de mi muro de cristal ya no podrían protegerme de él.

El hilo invisible y tenso que nos separaba se rompió con un chasquido sordo.

No hubo más palabras, ni cabía ya la razón, ni mis reglas calculadas al milímetro, ni el terror que me consumía. La adrenalina del asalto aún corría ardiente por mis venas, fundiéndose con la furia, el miedo y el deseo irracional y corrosivo que había luchado durante dos años por enterrar.

No esperé a que él se acercara. Mi autocontrol se desvaneció como polvo en el cálido viento de Miami.

Le agarré el cuello de su chaqueta de cuero con ambas manos y lo atraje hacia mí con violencia. Rafael soltó un gruñido grave y gutural, un sonido primitivo de rendición y posesión que vibró desde lo más profundo de su pecho directamente hacia el mío.

Nuestras bocas chocaron.

No fue un beso tierno. Fue una explosión catastrófica. Su boca era dura, hambrienta, dominante, y el sabor… una mezcla embriagadora de menta, adrenalina y peligro, invadió mis sentidos y me anestesió ante cualquier otra realidad. Abrí los labios, cediendo a la brutal invasión de su lengua.

Sus enormes manos bajaron de la pared hasta mi cintura, levantándome del suelo con una facilidad aterradora. Mi espalda chocó con fuerza contra los ladrillos ásperos del callejón. El gemido que se me escapó de la garganta quedó ahogado por su boca cuando sentí aquel bulto duro como una roca, pesado bajo los vaqueros militares, presionado implacablemente contra mi intimidad.

—¿Estás segura? —Interrumpió el beso y me miró fijamente, respirando con dificultad, mientras mantenía la mano inmóvil sobre mi cintura.

—Lo estoy. Te quiero —respondí, atrayéndolo hacia mí. Solo entonces Rafael me bajó la cremallera de los pantalones y deslizó los dedos bajo el encaje de la lencería.

La intensa, húmeda e implacable fricción de sus dedos contra mi clítoris me lanzó directamente por un precipicio. La combinación de su voz ronca exigiéndome que me dejara llevar, la precisión de esos dedos y la urgencia del momento me hicieron correrme violentamente allí mismo, gritando su nombre contra la boca caliente que devoraba mi clímax.

Pero el alivio no duró ni tres segundos.

La llama no se había apagado; el orgasmo solo había echado leña al fuego. Mi necesidad de él era un hambre monstruosa. Notaba su erección, gruesa e impaciente, rozando mi pierna.

—Entra —jadeé, abriendo la puerta trasera de la galería con mano temblorosa y empujándolo hacia la oscuridad.

Ni siquiera llegamos al sofá de mi despacho.

En cuanto se cerró la pesada puerta, Rafael me empujó contra la pared de madera. Fue primitivo. Nos arrancamos la ropa en un frenesí caótico. Cuando su pecho desnudo y lleno de cicatrices chocó contra mis pechos al descubierto, el contacto me provocó una descarga eléctrica. Rafael desprendía una testosterona tan pura, tan cruda y dominante, que el olor a sudor masculino me volvía loca, borrando cualquier atisbo de cordura que me quedara.

Me sujetó las caderas con firmeza y me levantó de nuevo. Entrelacé las piernas a su alrededor, sintiendo cómo el corazón me latía en la garganta. Rafael alineó su propia rigidez ardiente con mi entrada y, con un gruñido animal, empujó.

El impacto inicial me hizo contener la respiración, clavándole las uñas en los hombros. Dos años de abstinencia me habían dejado estrecha y poco acostumbrada. La penetración fue brutal. Era grueso, inmenso, y la invasión repentina me provocó una punzada de dolor agudo, que me desgarró el vientre. Pero el dolor duró solo un milisegundo antes de ser completamente engullido por un deseo desgarrador y aplastante.

Mi visión se oscureció por los bordes. Literalmente vi estrellas explotando tras mis párpados cerrados, mientras él se introducía por completo, estirándome hasta el límite, reclamando cada milímetro del espacio que siempre había sido suyo.

—Camila… —jadeó Rafael, con el cuerpo tembloroso, manteniéndose inmóvil un segundo más—. Joder… eres mi vida.

Las embestidas comenzaron profundas y feroces. El sonido húmedo de nuestra piel chocando resonaba por la oficina a oscuras. Sus manos gigantes y firmes parecían estar por todas partes. Me apretaba los muslos con fuerza, dejando marcas rojas donde sus dedos callosos me apretaban. Una de sus manos subió, agarrándome los pechos con una posesividad voraz, apretando la carne desnuda y suave, con el pulgar frotando mis pezones hinchados mientras sus caderas se estrellaban contra mí sin piedad.

—Rafa… más… —jadeé, empujando mis caderas contra las suyas, hambrienta de la sensación que me atravesaba.

La pared no era suficiente. La urgencia de poseernos por completo exigía más.

Sin romper la profunda conexión que nos unía, Rafael dio dos zancadas por la oficina, alejando mi espalda de la pared. Con un rápido empujón de su brazo libre, barrió mi portátil y todos los papeles de la mesa de cristal, que cayeron al suelo con un estruendo. Me tumbó sobre la superficie fría y lisa de la mesa.

El cambio de posición modificó el ángulo de penetración, haciéndolo aún más devastador. El inmenso cuerpo de Rafael se inclinó sobre el mío. Sus manos ásperas y cálidas bajaron hasta mi culo, agarrando la carne con fuerza, amasándome y tirando de mis caderas hacia el borde de la mesa para que él pudiera penetrarme con aún más violencia.

El hombre pacífico y controlado que me había regalado un patito de madera en el parque ya no existía allí. Aquel era el soldado, el depredador, y el peso letal de la atracción que ejercía Rafael me embriagaba por completo.

La fricción alcanzó un ritmo frenético. Cada vez que Rafael se retiraba casi por completo para luego chocar contra mi fondo, la tensión en mi bajo vientre se apretaba como un nudo ciego. Le arañaba el pecho destrozado, le besaba la cicatriz del cuello y le tiraba del pelo. Toda la tensión entre nosotros se estaba resolviendo en sudor, gemidos y furia carnal.

—Ven a mí… amor —exigió, con un gruñido contra mi oreja, y el ritmo de las embestidas se aceleró hacia el golpe final.

La intensidad era insoportable. Su fuerza, ese volumen que llenaba cada espacio vacío dentro de mí, me arrastró al borde del precipicio. Mi segundo orgasmo de la noche me partió por la mitad con un grito ahogado, mi cuerpo convulsionando, mi intimidad apretando y ordeñando su polla en contracciones desesperadas e incontrolables.

Su reacción fue instantánea. Rafael apretó la mandíbula, con los tendones del cuello marcados. Un gemido áspero y ensordecedor brotó de su garganta mientras daba una última y profunda embestida, hundiéndose hasta el fondo y descargándolo todo dentro de mí. Su corpulento cuerpo se retorcía contra el mío, derritiéndose sobre la mesa mientras el clímax nos devoraba vivos.

Nos derrumbamos.

Mis piernas resbalaron de su cintura, demasiado débiles para sostenerlo. Rafael apoyó los antebrazos en la mesa, uno a cada lado de mi cuerpo, con el pecho desnudo jadeando pesadamente y el

rostro escondido en la curva de mi cuello, respirando mi olor, su único ancla en el mundo.

Ninguno de los dos se movió. El denso olor a sexo saturaba el aire de la oficina destrozada.

Mientras su aliento cálido golpeaba mi piel sensible y nuestros latidos se sincronizaban en un ritmo exhausto, fijé la mirada en el techo oscuro. Estaba físicamente destrozada y emocionalmente devastada. El muro que había tardado dos años en construir había sido derribado en una sola noche de furia. La testosterona, el deseo y su abrumadora presencia habían vencido.

Cerré los ojos y abracé la espalda ancha y sudorosa del hombre que me había arruinado. El hombre al que había perdido volvía a ser real. Lo aterrador no era que hubiera cedido, sino saber que ya no tenía fuerzas para echarlo mañana.



RAFAEL CROSS

Capítulo 16

La respiración de Camila golpeaba la curva de mi cuello, caliente y completamente descoordinada. La oficina a oscuras estaba impregnada de nuestro olor, una mezcla cruda de sudor, fluidos y el humo de una batalla que acababa de librarse sobre aquella mesa de cristal.

Yo seguía profundamente hundido en ella. Su cuerpo esbelto, desnudo y suave temblaba bajo mi peso; sus dedos, flácidos, descansaban sin fuerza contra mi espalda arañada. El silencio que siguió a nuestro colapso no era de arrepentimiento; era de puro y absoluto estupor.

Levanté la cabeza lentamente. Apoyé las manos en el borde de la mesa y me aparté lo justo para poder mirarle a la cara.

Camila estaba destrozada de la forma más absurdamente hermosa que había visto en toda mi vida. Tenía el pelo castaño

revuelto y pegado a la frente húmeda, los labios hinchados y enrojecidos por mis besos brutales, y la mirada, que antes me lanzaba puñales de odio, en ese instante intentaba huir de la mía, llorosa, nublada y agotada.

Le acaricié la mandíbula con el pulgar, sintiendo el pulso acelerado martilleando bajo la fina piel.

—Todavía me quieres —susurré.

No fue una pregunta. Fue una constatación absoluta, irrevocable, clavada en el aire denso de la oficina.

Camila se tensó al instante. El hechizo anestésico del posclímax se hizo añicos. Me empujó el pecho con ambas manos, con una fuerza desesperada que brotaba del más puro instinto de conservación.

—Quítate de encima —exigió, aún embargada y temblorosa, apartando la cara para no tener que sostener mi mirada.

Di un paso atrás, saliéndome de ella con una lentitud deliberada y torturante. El sonido húmedo de nuestra separación la hizo apretar los párpados, tal vez por dolor. Mientras me abrochaba en silencio mis vaqueros militares, observé a la mujer de mi vida bajar de la mesa con las piernas tan débiles que casi se tambaleó, recogiendo la ropa esparcida por el suelo, los fragmentos de su propia dignidad.

Se puso la lencería y la blusa a toda prisa, con las manos temblando tanto que necesitó tres intentos para conseguir subir la cremallera de los pantalones.

—No te hagas ilusiones, Rafael —espetó, levantando por fin la barbilla para mirarme a los ojos. La armadura de cristal estaba agrietada, hecha añicos a mis pies, pero ella intentaba desesperadamente sujetarla con sus propias manos ensangrentadas —. No confundas la lujuria con el amor.

Me ajusté la camiseta negra y crucé los brazos, evaluándola en la oscuridad.

—He pasado por un momento de pánico extremo —continuó Camila, con la respiración aún entrecortada, señalando la puerta destrozada del callejón—. Han sido dos años de abstinencia y sequía. Lo que ha pasado aquí ha sido una descarga de adrenalina y biología, no una declaración de sentimientos. No eres más que un polvo fácil y familiar. Eso es lo único que has sido para mí hoy.

La ofensa estaba calculada para herirme, para aplastar mi ego, pero no me eché atrás. Al contrario. Cogí mi chaqueta de cuero del suelo, me la puse despacio y dejé que una sonrisa contenida, depredadora y cínica se dibujara en la comisura de mis labios.

Camila estaba mintiendo. Podía mentirse a sí misma, podía gritarle al mundo entero que solo se trataba de lujuria, pero yo conocía el cuerpo de aquella mujer mejor que ella misma. Sabía la diferencia entre un polvo vacío, alimentado por la adrenalina, y la forma animal y posesiva en la que se aferró a mí. La forma en que su cuerpo se derritió ante mi tacto, cómo suplicó, cómo gritó mi nombre contra mi cuello. Su cuerpo no mentía.

Pero no insistí, ni le llevé la contraria.

Yo era un soldado entrenado para la paciencia letal. No necesitaba ganar la discusión a gritos, hiriendo su orgullo, porque la verdadera victoria ya se había conseguido. El muro de hormigón infranqueable que Camila había levantado durante dos años para mantenerme alejado estaba en ruinas humeantes. El conflicto no había terminado, pero aquella noche había conquistado el territorio más importante. Me había dejado entrar, literal y figurativamente.

—Piensa lo que quieras, Camila —murmuré en un tono tranquilo, profundo y sereno, que sonó como un estruendo frente a su nerviosismo.

Señaló la puerta del despacho con la mano aún temblorosa.

—¡Vete! Coge tu coche y lárgate de aquí. Tengo que cerrar la galería.

Me quedé exactamente donde estaba, clavando las suelas de mis botas militares en la moqueta. El instinto de protección letal que

el asalto había desencadenado se fundía con el instinto posesivo, carnal y absoluto de lo que acabábamos de hacer.

—No me voy a ningún sitio sin ti —declaré.

—¡Rafael, te estoy ordenando que salgas de mi despacho! —Elevó el tono de voz, exasperada, dando un paso atrás.

Di un paso hacia ella, acortando la distancia hasta detenerme a centímetros de su rostro, acorralándola con mi presencia contra la realidad de los hechos.

—Y yo te digo que no voy a ir. Después de que casi te tomaran como rehén dos atracadores armados, no vas a conducir sola de madrugada por las calles de Miami. —Mi voz se hizo más grave, adoptando el tono innegociable del Comandante, acallando sus protestas en el mismo instante.

Levanté la mano derecha y le sujeté la mandíbula con firmeza, rozando con mi pulgar su mejilla sonrojada, obligándola a mirar directamente al abismo de mis ojos.

—Escucha bien lo que te voy a decir, Camila —susurré con aspereza—. Puedes odiarme. Puedes odiar mi uniforme, lo que soy y la violencia que llevo conmigo. Pero es precisamente la brutalidad de ese monstruo que abominas la que tiene la fuerza suficiente para mantenerlos a ti y a nuestra hija a salvo durante el resto de vuestras vidas. El peligro choca contra mí antes de llegar a vosotras. Y voy a usar cada gota de esa maldita fuerza para ser vuestro escudo.

Su respiración se entrecortó y su mirada, con los ojos muy abiertos, permaneció clavada en mi confesión.

Le solté la cara y señalé el bolso que había en un rincón de la habitación.

—Voy a esperar a que te arregles. Recoge tus cosas, activa la maldita alarma y te llevaré a tu casa sana y salva. Se acabó la discusión.

Camila abrió la boca para replicar. Vi cómo la llama de la rebelión chispeaba, pero el agotamiento físico y emocional venció a su terquedad. Estaba exhausta, saciada y demasiado conmocionada

para luchar contra mi fuerza y mi protección inquebrantable. Me lanzó una mirada que era una compleja mezcla de rabia, frustración y una rendición que jamás admitiría en voz alta, y me dio la espalda.

Me quedé inmóvil, recostado en el marco de la puerta, observándola. Camila recogió el portátil del suelo, guardó las hojas de cálculo en el bolso y se calzó los zapatos. Seguí cada uno de sus pasos por la oscura sala de la galería, barriendo las sombras con la mirada y vigilando el perímetro. Esperé pacientemente mientras tecleaba la contraseña en el panel de seguridad y cerraba con llave la reja metálica de la entrada.

Cuando salimos a la acera y la alarma pitó, activada, le puse la mano en la base de la columna vertebral, guiándola hacia mi coche, aparcado al otro lado de la calle.

Camila no se apartó de mi contacto. No se alejó de mi mano.

La noche en Miami seguía siendo la misma, sofocante y oscura, pero la gravedad del universo se había reajustado. Ella podía negarlo todo lo que quisiera. Podía luchar, despotricar, inventarse nuevas reglas e intentar usar a nuestra hija como escudo al día siguiente. Pero, mientras le abría la pesada puerta del copiloto de mi todoterreno para que entrara, una certeza inquebrantable se arraigó en mi alma y me trajo la paz que no había sentido en dos largos años.

Ella todavía me quería y la guerra estaba ganada.



CAMILA GARCIA

Capítulo 17

El reloj digital de la mesita de noche marcaba las 03:14 de la madrugada, pero los números rojos parecían parpadear a cámara lenta.

Estaba tumbada boca arriba en mi cama, mirando fijamente al techo sumido en la penumbra, con la fina sábana de algodón subida hasta el pecho. El silencio de mi piso era absoluto, denso y asfixiante, un contraste brutal con la tormenta de caos, sangre y lujuria que se había tragado mi noche.

Me giré hacia un lado, abrazándome a mí misma. Me había dado una ducha casi hirviendo en cuanto Rafael me dejó en la puerta de casa. Me froté la piel con fuerza, intentando quitarme el olor a pólvora imaginaria, a sudor masculino y a cuero que había impregnado cada poro de mi cuerpo.

Pero fue inútil.

Su presencia se había arraigado en mi carne.

El ligero dolor, un latido sordo y profundo entre mis muslos, era el recordatorio físico e innegable de la humillante y embriagadora rendición que tuvo lugar sobre aquella mesa de cristal. Mi cuerpo, adormecido por dos años de duelo y rencor, había sido despertado con la brutalidad de un desfibrilador. Con cada latido de mi corazón, el recuerdo de su grosor, de la fuerza posesiva con la que Rafael me clavó contra la madera y de la urgencia desesperada de nuestros orgasmos me hacía jadear en la oscuridad de la habitación.

«Todavía me quieres».

La frase resonó en mi mente, rompiendo el silencio de la madrugada con la misma fuerza con la que se había hecho añicos el cristal de la galería horas antes.

Reprimí un sollozo seco. Había intentado mentir, mirarle a los ojos y reducir la colisión de nuestras almas a un mero alivio biológico. Sin embargo, Rafael era un estratega entrenado; sabía leer el campo de batalla. Vio cómo mi mentira se desmoronaba incluso antes de salir de mi boca. El SEAL no tuvo que gritar ni discutir. Simplemente sonrió. Esa sonrisa contenida, cínica y depredadora de quien sabía que acababa de hacer implosionar mi última línea de defensa.

Luego vino el asalto.

Mi respiración volvió a acelerarse al recordar el sonido del arma al amartillarse y el miedo a morir en el frío suelo de la oficina. Durante años, rechacé la violencia de Rafael y lo odié por elegir un mundo de sangre en lugar de una vida pacífica conmigo.

Sin embargo, cuando el monstruo emergió de las sombras del pasillo para aplastar a los hombres que amenazaban con dispararme… cuando vi cómo su letalidad se convertía en mi única salvación… mi hipocresía se derrumbó.

«El peligro se topa conmigo antes de llegar a vosotros y voy a usar cada gota de esta maldita fuerza para ser vuestro escudo».

Sus palabras, pronunciadas mientras su mano callosa me sujetaba con firmeza la cara, eran la más pura verdad. Rafael no era un hombre corriente. Era un arma y, por primera vez, comprendí lo que significaba tener esa arma apuntando lejos de mí, protegiendo mi territorio.

Dejé de intentar dormir. El agotamiento físico luchaba contra la hiperactividad de mi cerebro, y el cerebro estaba ganando.

Aparté las mantas a un lado y me levanté. El suelo de madera estaba frío bajo mis pies descalzos. Me puse una bata de seda oscura que estaba tirada en el sillón, atándome el cinturón sin apretarlo demasiado, y caminé por el silencioso pasillo del piso.

Me detuve ante la puerta entreabierta del dormitorio de Giovanna.

Empujé la puerta lentamente, para que las bisagras no chirriaran, y entré en el santuario de mi hija. La habitación estaba bañada por la tenue y amarillenta luz de una lámpara de enchufe. El olor a loción para bebés y lavanda era el único antídoto capaz de calmar la taquicardia que no me daba tregua.

Me acerqué a la cuna con pasos silenciosos y apoyé ambas manos en la barandilla blanca de madera.

Giovanna estaba tumbada boca abajo, con la carita girada hacia la derecha, sumida en el sueño profundo de quien no tiene ni idea de los horrores y las pasiones arrolladoras del mundo de los adultos. La fiebre había desaparecido por completo. Su piel estaba fresca y suave. Una de sus manitas regordetas rodeaba la larga oreja de Pipo, el conejo de peluche manchado, mientras que la otra descansaba extendida sobre el colchón.

El patito de madera que Rafael le había regalado en el parque estaba en la estantería justo encima de la cómoda, velando por su sueño.

Sentí cómo las lágrimas, que había estado conteniendo desde que salí de su coche, por fin se desbordaban. Resbalaron cálidas por mi rostro, en silencio, marcando mi derrota.

Observé los rizos oscuros de mi hija, la forma de su barbilla, el trazo inconfundible de sus cejas. Era una copia de él. Un pedazo vivo, puro y perfecto del hombre al que intentaba desesperadamente arrancar de mi pecho.

Extendí la mano temblorosa y acaricié el pelo de mi hija con la yema de los dedos, sintiendo cómo la suavidad infantil deshacía los últimos nudos de mi resistencia.

—¿Qué voy a hacer, Gi? —susurré en el silencio de la habitación, con la voz entrecortada rompiéndose en la oscuridad—. Mamá intentó ser fuerte. Te juro que lo intenté.

Pero el muro se había derrumbado. El Arcángel había sitiado mi piso, derribado la puerta de mi pasado y marcado mi cuerpo con la misma posesividad de antes.

Al contemplar la paz inquebrantable de mi hija dormida, comprendí, con una mezcla de terror y un alivio enfermizo, que el conflicto había pasado a otra fase. Ya no podía luchar contra el hecho de que Rafael había vuelto. Rafael era real, respiraba el mismo aire que yo y estaba dispuesto a matar y morir para garantizar que aquella niñita en la cuna tuviera un padre.

Me sequé la cara con el dorso de la mano y respiré hondo, absorbiendo la calma de la habitación de Giovanna para intentar estabilizar los latidos de mi traicionero corazón. La noche había sido un caos de destrucción y fuego. Y ahora, en el silencio tras el estruendo, tendría que descubrir cómo sobrevivir y caminar sobre las cenizas de mi propio orgullo.



RAFAEL CROSS

Capítulo 18

El suave sonido del ascensor al llegar a la décima planta no sirvió para romper mi estado de alerta. De hecho, desde que dejé a Camila en la puerta de su piso aquella madrugada, mi sangre parecía correr más rápido por mis venas.

Me sentía agotado. Tenía el cuerpo cubierto de arañazos, me dolían los músculos por el esfuerzo y la tensión acumulada, pero mi mente estaba más lúcida que nunca. Su muralla se había derrumbado. Llevaba el aroma a vainilla y sexo impregnado en mi piel, y el recuerdo de cómo Camila se derretía en mis brazos era un combustible letal. Había ido al supermercado a primera hora de la mañana, ya que necesitaba abastecer el piso con lo básico antes de presentarme en la base para el entrenamiento. Yo necesitaba café fuerte, huevos y, sobre todo, tenía que mantener la cabeza fría para planificar mi próximo paso.

La puerta espejada del ascensor se abrió. Sujeté las dos bolsas de papel marrón con una mano y caminé por el pasillo alfombrado de mi planta.

Me detuve en seco a cinco metros de mi puerta.

Mi entrenamiento militar no fue lo primero que hizo saltar la alarma; fue mi instinto de supervivencia más primitivo. Antes incluso de que la fría luz del pasillo iluminara la silueta encogida contra el marco de mi puerta, el olor me golpeó. Una mezcla agria y rancia de whisky barato, tabaco viejo y sudor frío.

Era el olor de los peores años de mi vida. El aroma del infierno que me había hecho huir a la Armada.

—Vaya, si es el héroe de guerra volviendo a casa. —La voz arrastrada y áspera resonó en el pasillo vacío.

El hombre intentó levantarse, apoyando las manos temblorosas en la pared y deslizando las suelas de sus viejos zapatos por la moqueta. Llevaba unos pantalones de vestir arrugados y una camisa que en su día fue blanca, pero que ahora estaba manchada y desabrochada en el cuello. Tenía el pelo canoso, ralo y revuelto. Su rostro era una caricatura hinchada y enrojecida del mío.

Mi padre…

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que me crujieron los dientes. La bolsa de la compra que llevaba en la mano parecía pesar una tonelada, pero mi postura no vaciló ni un milímetro. La letalidad que me había definido en el campo de batalla tomó el control, congelando cualquier atisbo de empatía en mis venas.

—¿Qué haces aquí, Roberto? —pregunté, sin ningún tipo de afecto. Hacía más de una década que no le llamaba «papá».

Esbozó una sonrisa torcida, con los ojos turbios e inyectados en sangre parpadeando mientras intentaba enfocarme.

—¿Así es como le hablas al viejo que te trajo al mundo? —Se tambaleó un paso, desprendiendo olor a alcohol—. Tengo mis contactos. Me enteré de que te dispararon en el desierto, pasaste

meses inconsciente en una cama y has vuelto a lucirte por Miami. He venido a comprobar si estás de una pieza y, quién sabe… —Se frotó el pulgar contra el índice—, si tu heroísmo te ha reportado una buena pensión. Tu padre está pasando por dificultades.

El odio que me subía por el esófago era puro y volcánico.

Mirarlo era como ser arrastrado de vuelta al pasado. Vi las botellas rotas en el suelo de la cocina. Oí los gritos y, lo peor de todo, vi el rostro pálido y cadavérico de mi madre, muriéndose poco a poco en aquella cama de hospital a causa de una enfermedad que la consumía, mientras su marido yacía inconsciente en la cuneta de algún bar asqueroso del centro de Miami. El día en que su corazón dejó de latir, él ni siquiera se presentó al funeral. El alcohol lo había ahogado mucho antes de que la muerte se llevara a mi madre.

Lo odiaba con la misma intensidad con la que Camila creía que ella me odiaba a mí. La diferencia era que mi odio estaba justificado por la más absoluta repulsa moral.

—Tú no tienes un hijo. —Mi voz cortó el aire como una cuchilla de acero pulido. Di dos pasos deliberados y amenazantes, llenando el espacio del pasillo con mi presencia, obligándole a encoger los hombros—. Tu hijo murió el día en que dejaste que mi madre agonizara sola en un hospital público porque estabas demasiado ocupado bebiéndote tu propia dignidad. El hombre que tienes delante no tiene nada que ver contigo.

Su sonrisa sarcástica vaciló. La cobardía siempre había sido el rasgo más destacado de su personalidad y, ante el soldado en el que me había convertido, retrocedió instintivamente hasta que su espalda volvió a chocar contra mi puerta.

—Te crees mejor que yo, ¿verdad? —gruñó, con una furia impotente brillando en sus ojos ebrios—. Lleno de medallas, con esa pose de tipo duro. ¡¿Crees que ese uniforme borra el hecho de que tienes mi sangre corriendo por tus venas, Rafael?! ¡Eres igual que yo! ¡Un cabrón que destruye todo lo que toca!

La acusación fue calculada, un golpe bajo asestado a ciegas. Pero la verdad es que, durante mis dos años en coma y

rehabilitación, ese fue precisamente mi mayor temor. El miedo a que, al abandonar a Camila, hubiera demostrado que la genética de la destrucción y el egoísmo habitaba en mí.

Pero anoche había demostrado, tanto a mí mismo como a la mujer a la que amaba, que el monstruo había sido domesticado por algo más grande. Ya no huiría. Me quedaría.

—La diferencia entre tú y yo —murmuré, inclinándome sobre él con una frialdad depredadora— es que cuando cometí el peor error de mi vida, me fui al infierno y volví para arreglarlo. Tú, en lugar de luchar, te aferraste a la botella y cavaste tu propia tumba.

Intentó abrir la boca para hablar, pero le interrumpí.

—Escucha bien, porque solo voy a decir esto una vez —dije, martilleando cada palabra con la autoridad letal de un comandante —. Ahora tengo una familia. Tengo una hija. Y mataré, moriré y quemaré este mundo entero antes de permitir que el hedor pútrido que desprendes se acerque a mi niña. Si vuelves a merodear por mi pasillo, intentas buscarme o si pronuncias el nombre de mi familia con esa boca podrida… me aseguraré de que pases el resto de tu patética vida comiendo con una pajita.

La palidez le quitó el tono rojizo de la cara. Conocía el peso de una amenaza procedente de un operador de las fuerzas especiales. No estaba fanfarroneando, y el viejo lo sabía.

—Estás loco… —balbuceó, levantando las manos en señal de rendición y empezando a caminar de costado, escabulléndose pegado a la pared para alejarse de mí—. Guárdate tu dinero sucio, chaval. No te necesito.

—Entra en el ascensor y no vuelvas a poner un pie en este edificio —decreté, sin apartar la mirada.

Me quedé plantado en el pasillo, con las pesadas bolsas de la compra colgando de mi mano, observando cómo la figura decadente que se suponía que era mi padre pulsaba el botón con mano temblorosa, entraba en el ascensor y desaparecía tras las puertas espejadas.

Cuando los ruidos cesaron, solté el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Apoyé la frente contra la puerta de madera de mi piso y cerré los ojos. La rabia hervía en mis entrañas, pero, bajo ella, había una claridad punzante. Mi padre era el reflejo de todo lo que había jurado destruir. Era la cobardía en su forma más pura.

Abrí la puerta, entré y dejé las bolsas sobre la isla de mármol de la cocina. El piso estaba frío, ordenado y estéril.

Me acerqué al espejo del pasillo y me quedé mirando mi propio reflejo. Las profundas cicatrices del cuello, el rostro endurecido y los ojos que ya habían presenciado las peores atrocidades de la humanidad. No era un hombre fácil de amar y, tal vez, mi naturaleza albergaba la oscuridad que mi padre había señalado.

Sin embargo, mientras tocaba la marca de la quemadura en mi cuello, la imagen de la sonrisa de la pequeña Giovanna en el parque iluminó la oscuridad de mi mente. Yo no sería como él. Derramaría hasta la última gota de sangre en el campo de batalla del día a día antes de convertirme en un cobarde. Mi hija nunca se sentiría abandonada. Camila nunca volvería a luchar sola. Ayer había derribado el muro y, en ese momento, mi única misión, la misión final del Arcángel, era garantizar que aquel territorio fuera cultivado, amado y protegido para siempre.



CAMILA GARCIA

Capítulo 19

El ruido del taladro eléctrico zumbaba en mis oídos como un enjambre de abejas furiosas.

Dos obreros instalaban una puerta de acero provisional al fondo de la galería, sustituyendo el marco retorcido y el cristal que se había hecho añicos la noche anterior. El olor a serrín se mezclaba con el aroma del café fuerte que sostenía con ambas manos temblorosas, intentando absorber el calor de la taza de cerámica.

Estaba apoyada contra la pared del pasillo, observando el trabajo, con los ojos pesados por no haber pegado ojo la noche anterior.

—Todavía no me lo puedo creer —la voz de Sofía resonó a mi lado. Estaba con los brazos cruzados, mirando fijamente la nueva puerta metálica con una expresión preocupada que rara vez se dibujaba en su rostro, maquillado al milímetro—. Dos tipos armados,

Camila. Drogados y armados. Si hubieras estado sola cuando derribaron esa puerta… ni siquiera quiero pensar en lo que habría pasado.

Tragué saliva, que parecía tener el sabor metálico del miedo.

—Estaba sola, Sofi. Hasta que dejé de estarlo.

Mi socia volvió la cara hacia mí. Sus ojos azules, que normalmente brillaban con alguna broma ácida, estaban llenos de una gratitud genuina.

—Así es. Menos mal que tu guardaespaldas privado decidió hacer de acosador protector y vigilar la galería. —Dejó escapar un largo suspiro, relajando los hombros—. Odio tener que ceder ante ese hombre después de lo que te hizo, Mila. Pero si no hubiera sido porque el centinela Rafael estaba aparcado al otro lado de la calle… ayer habría perdido a mi mejor amiga. Así que, sí, gracias a Dios que el comandante decidió aparecer.

Asentí lentamente, bajando la mirada hacia el café solo.

Sofía se dio la vuelta hacia el pasillo y se dirigió a mi despacho para evaluar los daños internos. Dudé un segundo antes de seguirla. Había llegado antes para intentar poner orden en el desastre antes de que ella lo viera, pero la policía había acordonado la zona hasta hacía poco.

Cuando me detuve en el umbral de la puerta del despacho, Sofía estaba de pie en el centro de la habitación.

Miraba al suelo alfombrado. Hojas de cálculo de ventas, contratos de exposiciones, bolígrafos y carpetas estaban esparcidos como confeti tras una explosión y, en medio del caos, mi mesa de cristal estaba completamente despejada y limpia, desplazada unos centímetros de su lugar original.

Vi el momento exacto en el que el brillante cerebro de Sofía procesó todos los detalles de la «escena del crimen».

Miró los objetos del suelo, luego la mesa de cristal intacta, después el sofá que no tenía ni una sola marca y, por último, se volvió hacia mí. Una ceja rubia se arqueó tanto que casi desapareció

bajo el flequillo. El terror del asalto desapareció por completo de su rostro, sustituido por una sonrisa depredadora y un destello de puro escarnio.

—Vaya. —Sofía chasqueó la lengua, cruzándose de nuevo los brazos y apoyando la cadera en la esquina de la mesa—. No soy experta forense, Camila, pero a menos que los atracadores hayan decidido limpiar tu mesa con el codo para robar una grapadora… diría que la pelea más intensa de la noche no fue con los atracadores.

Sentí cómo se me encendían las mejillas al instante. Oculté el rostro tras la taza de café, di un trago que me quemó la garganta, deseando que la tierra se abriera y me tragara.

—Cállate, Sofía —murmuré, desviando la mirada hacia la ventana.

—¿Que me calle? ¡Más bien debería cobrar entrada! —Se rió, con una carcajada breve y triunfante—. ¡Madre mía, la reina de la resistencia inútil, Mila! ¡Ni siquiera has aguantado dos semanas! Toda esa pose en la cafetería, todas esas reglas estrictas, el discurso de «no quiero que esté a menos de diez metros de mí» y… no te resististe al SEAL. ¡Y encima de la mesa de cristal, para colmo! Tienes suerte de no haberla roto y de no haber acabado en urgencias con fragmentos de cristal clavados en la espalda.

—¡No tiene gracia! —exclamé, con la actitud defensiva levantándose como un escudo automático. Dejé la taza con fuerza en el borde de la estantería—. ¡Casi me muero del susto! ¡La adrenalina estaba por las nubes! Pensé que no volvería a ver a Giovanna, y de repente Rafael neutraliza dos armas en tres segundos y me mira dispuesto a destruir el mundo por mí. ¡Mi cerebro se fundió! ¡Fue un lapsus biológico! ¡Una reacción al trauma!

—Ah, claro. Biología. Trauma. Puedes llamarlo como quieras en el informe médico, amiga, pero las dos sabemos cómo se llama realmente: deseo sexual acumulado y amor sin resolver.

Su brutal franqueza me dejó sin palabras. Me desplomé en el pequeño sofá de cuero del despacho, apoyando los codos en las

rodillas y escondiendo la cara entre las manos. La vergüenza no era por el sexo en sí, sino por mi absoluta falta de control cuando se trataba de él.

Sofía se dio cuenta de mi desesperación. El tono de broma se esfumó. Los tacones de aguja de ella resonaban contra el suelo de madera mientras se acercaba a mí y se sentaba a mi lado en el sofá. Me puso una mano cálida y reconfortante en la espalda, alisando la tela de mi blusa.

—Mila… Mírame.

Levanté la cabeza lentamente. Los ojos de mi amiga estaban serios, llenos de esa empatía que solo quien ha recogido mis peores pedazos puede ofrecer.

—Ayer, cuando dije que utilizabas a Giovanna como escudo, casi me saltaste al cuello —comenzó Sofía, con una suavidad quirúrgica—. Pero, después de que él te salvara y de que destruyeran esta oficina, necesito que dejes de mentirte a ti misma por un momento.

Me apretó ligeramente el hombro.

—¿Cómo te sientes, Camila? Pero responde de verdad. Sin la coraza de leona, sin el discurso de la mujer amargada y abandonada. Responde solo como Camila. ¿Es tan terrible tenerlo de vuelta? ¿Es tan malo saber que está dispuesto a ser tu escudo?

La pregunta quedó flotando en el aire, densa e ineludible.

Miré hacia la mesa de cristal donde, horas antes, había alcanzado el orgasmo en los brazos del hombre que me había destrozado.

Mi mente viajó al momento del asalto. El recuerdo del terror absoluto de estar encañonada. La fragilidad insoportable de ser madre soltera, sabiendo que, si ocurriera lo peor, mi hija se quedaría sola en el mundo. Y, justo después, la imagen de la sombra letal de Rafael barriendo la amenaza con una facilidad monstruosa. La forma en que sus manos, cubiertas con guantes tácticos diseñados para la

guerra, vacilaron y temblaron al acercarse a mis hombros, muertas de miedo ante la idea de cruzar un límite que yo había impuesto.

Y después… la posesión. La pasión cruda, su sabor, la feroz promesa susurrada contra mi piel de que ningún peligro nos alcanzaría mientras él respirara.

Respiré hondo, sintiendo cómo una lágrima caliente se deslizaba y trazaba un surco por mi mejilla.

—No —susurré, con una voz tan baja que Sofía tuvo que inclinarse para oírme. Esa confesión fue el acto más aterrador de mi vida—. No es terrible, Sofi. Y eso es precisamente lo que me aterroriza.

Volví el rostro hacia ella, dejando que mi vulnerabilidad se desbordara sin filtros.

—Que él me abandonara casi me mata. Pasé dos años construyendo, ladrillo a ladrillo, una vida perfecta en la que era autosuficiente e inalcanzable. Pero ayer, cuando me empujó contra aquella mesa… me sentí como en casa. Una casa en llamas, rodeada de pólvora, pero aun así… mi casa.

Sofía esbozó una sonrisa triste y comprensiva, y atrajo mi cabeza hacia su hombro.

—Rafael es el jodido comandante, Mila. ¿De verdad creías que iba a echarse atrás ante un «no»? Él no irrumpe en el territorio dando una patada a la puerta; rodea las salidas hasta que tú le suplicas que entre.

—¿Y si es una ilusión? —resoplé, con esa maldita duda aún clavada en mi corazón—. ¿Y si lo vuelven a llamar? ¿Te imaginas cuando se acabe este permiso y llame la Armada? No voy a soportar que me abandonen otra vez, Sofi. Y Giovanna…

—Mila, deja de anticipar el duelo —me interrumpió con firmeza—. Estás tan centrada en la posibilidad de que se vaya mañana, que no ves al hombre de carne, hueso y cicatrices que casi rompió mi mesa de reuniones para demostrarte que hoy está aquí.

Me quedé en silencio. El zumbido del taladro en el pasillo volvió a empezar, ahogando mis propios pensamientos.

Mi muro de control se había desmoronado. Me había acostado con el enemigo. Me había refugiado en los brazos del monstruo de mi pasado para sobrevivir a los monstruos del presente.

Mientras observaba los papeles tirados en el suelo, reflexionando sobre la pregunta de Sofía, me di cuenta de que el verdadero conflicto ya no era mantener a Rafael fuera de mi vida. La guerra, ahora, consistiría en descubrir si tenía el valor suficiente para abrir la última puerta de mi corazón y dejar que se quedara.



RAFAEL CROSS

Capítulo 20

Apreté el botón del timbre y di medio paso atrás, sintiendo el peso de la pequeña bolsa de cartón en mi mano izquierda.

Mi corazón, entrenado para mantener un ritmo de sesenta latidos por minuto incluso bajo fuego cruzado enemigo, latía con fuerza contra mis costillas como el de un recluta en su primer salto en paracaídas. Habían pasado poco más de treinta y seis horas desde aquella madrugada en la galería de Wynwood. Treinta y seis horas desde que sentí a Camila derrumbarse en mis brazos sobre aquella mesa de cristal, entregándose con una furia que reflejaba la mía propia.

Cuando se abrió la puerta, se me cortó la respiración.

Camila llevaba un vestido ligero de algodón azul marino y el pelo castaño recogido en un moño suelto, con algunos mechones cayéndole por la nuca. Iba descalza. No llevaba maquillaje, pero sus

mejillas se sonrojaron al instante en cuanto cruzó la mirada conmigo. La tensión entre nosotros era casi palpable, una electricidad cálida y densa que zumbaba en el metro que nos separaba.

—Hola —murmuró con voz ligeramente temblorosa, desviando la mirada hacia la bolsa que llevaba en la mano. Estaba intentando levantar de nuevo los escombros del muro, pero los dos sabíamos que los cimientos se habían derrumbado.

—Hola —respondí, con un tono un poco más grave de lo habitual. No intenté ocultar cómo mis ojos recorrían su cuello, recordando el sabor de aquella piel, antes de volver a mirarla a los ojos—. ¿He llegado a tiempo?

—Sí. La cena está casi lista. Pasa.

Me hizo un hueco y crucé el umbral de la puerta. El olor a comida casera, a especias frescas y ese toque dulce de vainilla que siempre la acompañaba me golpeó como un puñetazo en el estómago. Aquello era un hogar. Mi hogar.

Antes de que pudiera cerrar la puerta tras de mí, el sonido de unos pasos pequeños y apresurados resonó contra el suelo de madera a lo largo del pasillo.

—¡Fael!

Aquella vocecita aguda, cargada de entusiasmo infantil, me golpeó en el pecho con la fuerza de un proyectil de calibre 50.

Giovanna apareció deslizándose en calcetines por la curva del pasillo, con un vestidito de flores y sujetando por la oreja al conejito de peluche manchado. Sus ojos, una copia exacta de los míos, se abrieron como platos cuando me vio. No dudó, no le asustó mi altura ni mi postura. Simplemente corrió hacia mí.

No pensé en las cicatrices que se marcaban en mi torso, ni en los dolores residuales del duro entrenamiento en la base. Dejé la bolsa en el aparador y me dejé caer de rodillas al suelo, abriendo los brazos justo a tiempo para recibirla.

El impacto de aquel cuerpecito contra mi amplio pecho fue lo más absurdamente perfecto que jamás había sentido. Rodeé a Giovanna con los brazos y ella hundió la cara en el pliegue de mi cuello. Olía a talco y a inocencia. Cerré los ojos, absorbiendo aquel abrazo con una desesperación silenciosa.

—Hola, Gi —murmuré, con la voz quebrada de una forma patética para ser el hombre más letal de la Armada—. ¿Cómo estás, princesa?

Se apartó lo justo para mirarme a la cara, con sus manitas regordetas posadas sobre mis anchos hombros.

—Me dolía la cabecita, Fael. Mamá me dio jarabe. ¡Pero ya se me ha pasado! —anunció, frunciendo el ceño con la importancia que le daba a su propia historia.

—Sé que te dolía la cabeza. Has sido muy valiente. —Sonreí, una sonrisa sincera que tensó músculos de mi rostro que rara vez utilizaba. Me acordé de la bolsa y me incliné para cogerla—. Te he traído algo. Espero que te guste.

Giovanna abrió mucho los ojos. Camila, que observaba la escena apoyada en el marco de la puerta de la cocina con los brazos cruzados, entrecerró los ojos, en actitud de alerta.

Saqué de la bolsa una pequeña caja de cartón y se la entregué a Giovanna. Era un juego de bloques magnéticos, con piezas de colores y seguras. No era un arma de juguete, no era nada militar. Solo era un juguete civil para una niña brillante.

—¡Guau! —Su grito de alegría llenó el piso. Dejó caer el conejito al suelo y empezó a intentar abrir la caja—. ¡Ven, Fael! ¡Vamos a montar un castillo para Pipo!

—¿Un castillo, eh? —Me reí entre dientes, levantándome y siguiendo a aquel pequeño torbellino hasta la alfombra mullida del salón.

Durante los siguientes cuarenta minutos, el comandante del Equipo Fénix se convirtió en un ingeniero civil de bloques de plástico.

Me senté con las piernas cruzadas en la alfombra, construyendo muros, torres y puentes mientras Giovanna dictaba las reglas del diseño. Ella me corregía, se reía cuando se caía una torre y, en un momento que hizo que mi alma se retorciera de puro amor, se inclinó y me besó en la mejilla para darme las gracias por haber encontrado la pieza amarilla que faltaba.

Con cada risa suya, con cada roce de su manita en la mía, me veía hundiéndome más y más. El amor paterno no era algo que creciera poco a poco; era una avalancha. Estaba completamente fascinado, rendido, arrodillado a los pies de una niña pequeña. No quería estar en ningún otro lugar del planeta. No echaba de menos la adrenalina de un salto nocturno, ni el olor a pólvora. Lo único que quería, para el resto de mi vida, era asegurarme de que esa sonrisa nunca desapareciera.

Levanté la vista de la alfombra por un instante y crucé la mirada con Camila.

Estaba de pie al otro lado de la sala, con un paño de cocina en la mano. Su expresión era una mezcla de añoranza, temor y admiración. La coraza se había derrumbado. Lo que ambos habíamos vivido en la madrugada había abierto una profunda grieta en su ira. Mantuve la mirada fija, dejando que mis ojos transmitieran lo que mi boca no podía decir delante de nuestra hija. El fuego, la promesa, la posesión.

Camila entreabrió los labios y se dio la vuelta apresuradamente, huyendo de vuelta a la seguridad de la cocina. Una sonrisa depredadora de victoria se dibujó en mis labios.

—¡La cena está en la mesa! —gritó unos minutos después.

Giovanna y yo nos levantamos, fuimos a lavarnos las manos y nos sentamos a la mesa redonda de cristal. La cena tuvo un aire de vida doméstica que, para mí, rayaba en lo irreal. Pollo asado, puré de patatas y verduras. Comí en silencio durante buena parte del tiempo, observando la interacción entre las dos. La forma en que Camila era una madre dedicada, paciente, firme y cariñosa. Mi culpa por haberme perdido los primeros años de esa dinámica era

abrumadora, pero mi gratitud por estar por fin allí era infinitamente mayor.

—¡Fael se lo come todo igual que Gi! —Giovanna señaló mi plato vacío, balanceando las piernecitas en la silla.

—Fael es grandullón, necesita energía —comentó Camila, esbozando una leve sonrisa a su hija antes de mirar rápidamente hacia mis hombros y apartar la vista, sonrojándose de nuevo.

—Sí —murmuré con voz ronca, sin apartar la mirada del rostro de Camila—. He gastado mucha energía estos días. Necesito reponerla.

El doble sentido era imposible de ignorar. Camila cerró los ojos durante un microsegundo, con la respiración entrecortada.

Cuando terminó la cena, Camila se llevó a Giovanna a bañarse mientras yo recogía la mesa y metía los platos en el lavavajillas, moviéndome por su cocina con una naturalidad que sentía en lo más profundo de mi ser.

Veinte minutos después, Giovanna apareció en el salón en pijama, frotándose los ojos somnolientos.

—Hora de dormir, cariño —dijo Camila, secándose las manos.

Giovanna se acercó a mí arrastrando el conejito. Me arrodillé una vez más para ponerme a su altura. Ella me rodeó el cuello con sus bracitos, y el olor a jabón infantil y a sueño me envolvió.

—Adiós, Fael. ¿Vendrás mañana a montar el castillo? —murmuró, con la voz ya pesada.

—Volveré todos los días que tú quieras, princesa —le susurré al oído, besándole los rizos oscuros—. Todos los días.

La solté y Camila la cogió en brazos, llevándola al dormitorio.

Me quedé de pie en medio del salón, con las manos en los bolsillos de mis vaqueros militares y el corazón a rebosar. La paz que sentía en aquel ambiente era la verdadera cura para todas mis cicatrices.

Mientras observaba la puerta del pasillo por donde habían desaparecido la mujer a la que amaba y la hija que era de mi propia

sangre, una promesa solemne, letal e inquebrantable se afianzó en mi pecho. Podía enfrentarme a misiones suicidas, a bandas armadas y al odio pasajero de mi propia mujer. Pero jamás, bajo ninguna circunstancia en este universo, renunciaría a esa niña y a su madre.

El comandante había encontrado su verdadero objetivo y yo no iba a fallar.



CAMILA GARCIA

Capítulo 21

El suave clic de la puerta de la habitación de Giovanna al cerrarse sonó como el disparo de un arma en el silencio del pasillo.

Me quedé allí parada unos segundos, apoyada contra la madera fría, intentando calmar mi respiración. La imagen de Rafael arrodillado en la alfombra del salón, montando bloques de plástico con mi hija, había derretido las últimas defensas que me quedaban. El hombre letal, marcado por la guerra y con un pasado que me había destrozado, también era el padre que Giovanna siempre había soñado tener. La forma en que la miraba… la forma en que *me* miraba a *mí* durante la cena…

Me di la vuelta lentamente y volví al salón.

Él no se había ido. Rafael estaba de pie junto al gran ventanal que daba a la noche de Miami, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros oscuros. La tenue luz de la calle perfilaba

sus hombros absurdamente anchos bajo la camiseta negra. Cuando se percató de que me acercaba, volvió la cara.

El comandante dócil y paciente de hacía unos minutos se había esfumado. Su mirada era oscura, depredadora, cargada de la misma hambre feroz y posesiva que nos consumió sobre la mesa de cristal de la galería.

El ambiente en mi piso se volvió de repente opresivo. La tensión entre nosotros empezó a chisporrotear.

—Se ha dormido —murmuré, con la voz reducida a un hilo y el nerviosismo haciendo que mis manos temblaran ligeramente.

—Lo he oído —respondió él, con voz ronca que vibraba en su amplio pecho. Sacó las manos de los bolsillos y empezó a acortar la distancia. El movimiento fue calculado, el acercamiento de un lobo que acorralaba a una presa que ya se había rendido—. Estás temblando, Camila.

—Sabes muy bien por qué —repliqué, con la respiración entrecortada a medida que invadía mi espacio personal.

Su olor me invadió. Esa embriagadora mezcla de jabón masculino, testosterona pura y peligro inminente. Los recuerdos de la noche anterior en Wynwood, la brutalidad, el sudor, la forma en que me llenó y me hizo olvidar mi propio nombre, inundaron mi cerebro como un tsunami, borrando cualquier atisbo de cordura.

Rafael no pidió permiso esta vez. No dudó.

Sus manos callosas se deslizaron hasta mi rostro, rozando mis pómulos con los pulgares con una adoración brusca, e inclinó la cabeza para capturar mis labios.

El beso fue arrollador. No hubo preliminares tranquilos. Nuestras bocas chocaron con una urgencia desesperada. Abrí los labios al instante, recibiendo su lengua con un gemido ahogado que se me murió en la garganta. Mis manos volaron hacia sus hombros, clavándole las uñas a través de la camiseta de algodón. Rafael me apretó contra su cuerpo, y pude sentir la prueba dura y palpitante de su excitación presionada contra mi cadera, palpitando de deseo.

No iba a resistirme. Hoy no. No en mi territorio.

Rompí el beso, separando nuestros labios hinchados lo justo para tomar aire, y agarré su mano extendida. No dije ni una palabra. Simplemente lo arrastré por el pasillo, guiándolo hasta la puerta de mi habitación, mi santuario, el lugar donde había pasado los últimos dos años llorando por él, odiándolo y, en el fondo, deseando que volviera.

Cuando entramos en la habitación, iluminada únicamente por la lámpara de la mesita de noche, Rafael cerró la puerta con el pie y me empujó ligeramente contra ella.

El vestido de algodón que llevaba no duró ni dos minutos. Sus manos apresuradas me desnudaron con la urgencia de un hombre que se moría de sed. Yo hice lo mismo con él. Le arranqué la camiseta negra, deslizando mis dedos por la piel caliente y rígida de su pecho, acariciando las cicatrices retorcidas de la explosión sin ningún temor, solo con la veneración de quien amaba cada marca de aquel superviviente.

Se quitó los vaqueros y caímos juntos sobre el mullido colchón.

El contraste entre la cama extragrande y la aspereza de la mesa de cristal de la noche anterior no hizo más que aumentar la tensión. Rafael no me dio tiempo a retroceder. Con un movimiento ágil, me dio la vuelta sobre el colchón.

Me vi obligada a apoyar las rodillas y las palmas de las manos en el colchón, quedándome a cuatro patas, con la espalda arqueada y las caderas levantadas, totalmente expuesta y vulnerable ante él. El impacto de esa postura sumisa me cortó la respiración. Sentí el peso de sus enormes y cálidas manos agarrándome por la cintura, clavándome los pulgares en los costados, dejando claro que él tenía el control absoluto de cada movimiento.

Se arrodilló detrás de mí. El calor de su amplio y sudoroso pecho rozó mi espalda desnuda, y sentí su miembro duro, grueso e incandescente presionando contra mi entrada húmeda.

—Rafael… —jadeé, cerrando los ojos con fuerza, sintiendo cómo la excitación se acumulaba en mi bajo vientre hasta rozar el dolor.

No entró de golpe. Rafael me sujetó las caderas y se inclinó sobre mí, con sus labios calientes rozando la curva de mi cuello, la barba sin afeitar arañándome la piel sensible de una forma que me hizo estremecer violentamente.

—¿Crees que podrías escapar de mí? —me susurró al oído, con una voz grave, arrastrada y obscena, cargada de unos celos territoriales que ni siquiera sabía que albergaba. Se deslizó contra mi entrada, solo lo suficiente para hacerme gemir de ansias—. Dime, Camila… ¿crees que esos pijos engominados del distrito financiero de Downtown podrían contigo?

Me dio una embestida corta y intensa, haciéndome jadear y encoger los hombros, clavando los dedos en la sábana.

—¿Crees que esos surfistas de mierda de Miami Beach tendrían las agallas para lidiar con esto? —Continuó con su provocación ronca, mordisqueándome la base del cuello mientras su mano derecha bajaba para atraer mi cadera aún más contra la suya —. No te follarían así, amor. Ninguno de ellos tiene la fuerza para romperte y volver a ponerte en tu sitio.

La posesividad de sus palabras, mezclada con la cruda vulgaridad de la afirmación, fue el golpe de gracia para mi cordura. Todo mi cuerpo estaba en llamas. La testosterona que desprendía me volvía loca.

—Solo… métela ya —supliqué con un gemido ronco, echando la cabeza hacia atrás—. Rafael, por favor…

Ya no dudó más. Con un gruñido animal que resonó en la habitación silenciosa, Rafael empujó las caderas con fuerza bruta y se hundió en mí hasta el fondo.

Esa sensación de plenitud me hizo gritar, un sonido agudo que ahogué mordiéndome el propio labio. La penetración por detrás era increíblemente profunda, una fricción intensa que alcanzaba lugares que me hacían ver chispas. A partir de ahí, el ritmo se

convirtió en un castigo delicioso. El sonido de su piel chocando contra la mía, las palmadas secas contra mis muslos, el colchón crujiendo bajo el impacto de la fuerza bruta del hombre que me montaba sin piedad.

Sus manos no se quedaban quietas. Una de ellas me tiraba del pelo en la nuca, forzando mi cara hacia arriba, mientras que la otra me apretaba los pechos con un apetito insaciable. Intentaba seguir el ritmo, empujando mis caderas hacia atrás con cada embestida brutal, completamente embriagada por el placer enfermizo de estar totalmente dominada por él.

—Mía… —gruñía con cada embestida violenta, con su aliento pesado y cálido golpeándome la espalda—. Solo mía.

La fricción letal y profunda me arrastró al borde del precipicio en cuestión de minutos. No podía pensar, no podía respirar, solo sentía su inmensidad dentro de mí, estirándome, dominándome. La tensión en mi interior explotó con una fuerza que casi me hizo desplomarme boca abajo sobre la cama.

Mi cuerpo se convulsionó violentamente. Me corrí con un grito ahogado contra las sábanas, mis músculos internos apretándose a su alrededor con una desesperación que le hizo perder el control.

En la milésima de segundo siguiente, Rafael bloqueó las caderas. Sus dedos se hundieron en mi cintura, casi haciéndome daño, y con un gemido ronco, gutural, sacado del fondo de sus cicatrices, se hundió en mí una última vez, descargando toda su tensión, mientras los espasmos de su gigantesco cuerpo temblaban contra mi espalda.

La quietud tardó en volver.

Me dejé llevar, con los brazos fallándome, y me desplomé de pecho sobre el colchón, jadeando, sintiendo cómo el sudor cubría mi piel. Rafael cubrió mi cuerpo con el suyo, aplastándome contra la cama con un peso acogedor, su pecho marcado subiendo y bajando frenéticamente contra mi espalda.

Mientras recuperaba el aliento y sus cálidos labios depositaban besos agotados en mis hombros desnudos, la verdad

absoluta me invadió allí mismo, hundida en mis propias sábanas: él tenía razón. Los tipos pulcros y civiles no me bastaban. Me había echado a perder para el resto del mundo porque, al final, siempre sería el territorio de aquel maldito soldado.



RAFAEL CROSS

Capítulo 22

Mi reloj biológico, entrenado tras años de misiones al amanecer, me despertó antes de que el sol tiñera el cielo de Miami con tonos anaranjados y rosados.

No abrí los ojos de inmediato. Simplemente dejé que mis sentidos exploraran el territorio. El aroma a lavanda y vainilla inundaba el aire. El mullido colchón cedía bajo mi peso, en un contraste brutal con las duras literas de los cuarteles militares. Y lo más importante: el calor del cuerpo desnudo de Camila se acurrucaba contra mi pecho y el ritmo tranquilo de su respiración rozaba mi clavícula.

Durante una fracción de segundo, me permití creer que los últimos dos años no habían sido más que una pesadilla. Estábamos exactamente donde debíamos estar.

Pero la ilusión duró poco.

Sentí cómo cambiaba el ritmo de la respiración de Camila. El momento exacto en el que Camila se despertó y la conciencia de la realidad se abatió sobre ella. Sus músculos se tensaron contra mí. Con una lentitud calculada al milímetro, con la cautela de quien desactiva una mina terrestre sin detonarla, empezó a deslizarse hacia un lado, intentando zafarse de mi pesado brazo que rodeaba su cintura. Estaba iniciando el protocolo de retirada.

No iba a permitir esa retirada.

En el instante en que intentó levantar la sábana para escapar de la cama, mi mano se cerró alrededor de su muñeca. Mi agarre no fue lo bastante fuerte como para hacerle daño, pero sí lo suficiente para inmovilizarla.

Camila se quedó paralizada, con la espalda desnuda tensa hacia mí.

—¿Adónde crees que vas? —La pregunta me salió ronca y grave, rompiendo el silencio de la habitación.

Ella tiró lentamente de la muñeca, pero yo no la solté. La empujé de vuelta al colchón, obligándola a ponerse de cara a mí. Su rostro revelaba una mezcla de agotamiento, confusión y la vieja actitud defensiva. Se subió la sábana de algodón hasta el cuello, creando una barrera inútil entre nosotros.

—Iba a preparar café —murmuró, desviando la mirada hacia la puerta de la habitación—. Giovanna se despertará dentro de un rato. Suéltame, Rafael.

—Ibas a huir —declaré, apoyando el codo en la almohada y levantando el torso, dejando que la sábana cayera y dejara al descubierto mis cicatrices—. Ibas a encerrarte en el baño o a ir a la cocina a fingir que no había pasado nada. Que no me había pasado toda la noche hundido en ti mientras gritabas que eras mía.

Se sonrojó violentamente, pero la ira, su escudo favorito, no tardó en aparecer. Por fin me miró a los ojos, lanzándome chispas.

—No seas arrogante. Te has quedado a dormir aquí. Hemos follado. No intentes convertir esto en un tratado de paz, Rafael. El

hecho de que la biología y la abstinencia se impusieran no borra lo que has hecho.

Solté una risa ahogada, carente de humor. La terquedad de aquella mujer era formidable, pero yo estaba cansado de jugar.

—¿Biología? ¿Abstinencia? —Alcé la mano y le aparté un mechón de pelo de la cara, ignorando cómo intentaba retroceder—. ¿Hasta cuándo vas a seguir con esta maldita farsa, Camila? No estamos en una trinchera. No hace falta que me dispares. Estoy desarmado. Puedes dejar de fingir que no me quieres.

La palabra pareció quemar el aire entre nosotros. Ella abrió mucho los ojos e intentó incorporarse, empujándome el pecho con la mano libre.

—¡No tienes derecho a poner palabras en mi boca! —Levantó la voz y su respiración se volvió entrecortada—. ¿Amor? ¿Crees que el amor es marcharte con una nota? ¿Crees que el amor es dejarme sola en una ecografía? ¡No confundas mi vulnerabilidad con perdón!

—¡Y no confundas tu orgullo herido con falta de amor! —repliqué; mi tono de mando resonó más fuerte y autoritario de lo que pretendía en la silenciosa habitación. Me incliné sobre ella, acorralándola con mi presencia—. Me equivoqué. Lo pagué con mi sangre y con casi dos años en una cama de hospital. Me perdí el nacimiento de mi hija. Pero ahora estoy aquí y está muy claro que nos queremos de la misma forma absurda de siempre. ¡Puedes castigarme el resto de mi vida, pero no te atrevas a mentir diciendo que ya no sientes nada!

—¡Eres un egoísta! —me acusó, con lágrimas de frustración brillando en los ojos—. ¿Te cuelas en mi casa, en mi cama, y ahora pretendes exigirme que simplemente olvide el pánico a que me vuelvan a abandonar? ¡No confío en ti, Rafael!

Abrí la boca para decirle que nunca más volvería a coger un rifle, que mi baja ya estaba en trámite y que mi único juramento ahora era hacia ella. Pero antes de que las palabras pudieran salir, un crujido en la puerta del dormitorio me heló la sangre.

El pomo giró con dificultad. La puerta se abrió unos centímetros y una carita somnolienta asomó por la rendija.

Giovanna llevaba un pijama de ositos, se frotaba el ojo izquierdo con una manita y sostenía al conejito Pipo con la otra. Su mirada confusa alternaba entre Camila, sentada y envuelta en la sábana, y yo, tumbado a su lado, con el pecho desnudo y el rostro serio por la discusión interrumpida.

—¿Mamá? ¿Fael? —La vocecita aguda y un poco ronca por el sueño resonó en la habitación. Su labio inferior tembló ligeramente —. ¿Por qué estáis gritando? ¿Fael se está peleando contigo, mamá?

El choque con la realidad fue como un puñetazo en el estómago. El instinto militar de ataque y defensa se desvaneció en un instante, sustituido por el terror absoluto de asustar a mi hija.

Camila se atragantó, secándose la cara apresuradamente con el dorso de la mano y cambiando de postura en una fracción de segundo para no alarmar a la niña.

—No, cariño, nadie está discutiendo. —Camila intentó forzar una voz tranquila, pero el temblor en sus cuerdas vocales era evidente. Extendió los brazos hacia la puerta—. Ven aquí con mamá, ven.

No esperé a que Camila actuara por su cuenta. Mi disciplina mental me permitió guardar la discusión en un cajón en lo más profundo de mi mente. Me senté en el borde de la cama y esbocé una sonrisa suave, la más acogedora que mis rasgos toscos permitían.

—Buenos días, princesa —la saludé, con un tono de voz profundamente tranquilo y seguro—. No estábamos discutiendo. Fael solo estaba jugando a hablar en voz alta. Perdona si te ha despertado.

Giovanna dudó un segundo, estudiándome con atención. Fuera lo que fuera lo que buscaba, lo encontró. La desconfianza se desvaneció. Empujó la puerta y corrió con sus piececitos descalzos por la alfombra de la habitación. Pero, en lugar de ir a los brazos de

su madre, que estaba en medio de la cama, Giovanna corrió directamente hacia mis piernas, que colgaban del colchón.

Se lanzó contra mi rodilla y levantó los brazos.

La cogí en brazos sin pensarlo, abrazando su cuerpecito caliente contra mi pecho lleno de cicatrices, sintiendo cómo su olor a sueño calmaba los nervios destrozados de mi propio cuerpo. Apoyó la cabeza en mi hombro, completamente relajada en presencia del supuesto «monstruo».

Miré de reojo a Camila. Estaba paralizada, observando la facilidad con la que nuestra hija me había aceptado como refugio seguro. La tensión reflejada en el rostro de la madre de mi hija era insoportable; odiaba lo que sentía por mí, pero no podía luchar contra la biología que unía a esa niña a mí.

—¿Quién quiere tortitas? —le pregunté a Giovanna, cambiando de tema con la precisión de un francotirador que cambia de objetivo.

—¡Yo! ¡Con sirope! —Levantó la cabeza, con los ojos ya brillantes.

—Pues vamos a la cocina. ¿Pipo también va a comer? —bromeé, levantándome de la cama vestido solo con los vaqueros desabrochados que encontré en el suelo.

No volví a mirar a Camila, no forcé la continuación de la pelea. La discusión sobre nuestro amor estaba en suspenso, pero no zanjada.

Durante toda la mañana, Camila deambuló tensa por el piso. Se duchó, se puso ropa cómoda e intentó mantener el control de la rutina, pero evitaba mi mirada a toda costa. Estaba asustada. Asustada por la intensidad de lo que aún sentía, y asustada por la naturalidad con la que yo estaba invadiendo su ecosistema.

Hice caso omiso de su frialdad. Concentré cada gramo de mi energía en mi hija.

Batí la masa de las tortitas siguiendo las torpes instrucciones de Giovanna. La senté en la encimera y dejé que echara las gotas de

chocolate en la sartén. Ensuciamos todo, nos reímos a carcajadas y construimos una trinchera de cojines en medio del salón para proteger al conejito Pipo de los «monstruos invisibles». Yo estaba por todas partes. En la cocina, en la alfombra, en el sofá. No era solo un rollo de una noche, ni solo el héroe que salvó la galería y, sobre todo, me negué a ser el símbolo del abandono.

Camila lo observaba todo desde lejos, bebiendo su café con las manos apretando la taza hasta que se le ponían blancos los nudillos. Podía intentar esquivarme en la cama, podía levantar todas las murallas de orgullo que quisiera, pero con cada amplia sonrisa que me dedicaba mi hija aquella soleada mañana en Miami, la verdad echaba raíces cada vez más profundas en aquel hogar.

Había vuelto para quedarme. Y no me iría a ningún sitio.



CAMILA GARCIA

Capítulo 23

El aroma a manzanilla y miel se elevaba de la taza de cerámica humeante que mi madre había puesto delante de mí.

La tarde caía sobre Miami cuando Rafael salió para resolver unos trámites burocráticos en la base aérea de MacDill. La despedida no fue una retirada, sino un aviso. Besó a Giovanna en la frente, me miró a los ojos y prometió volver. Lo peor no fue la audacia; fue el alivio que sentí al oírlo.

Apoyé los codos en la isla de mármol de la cocina y me cubrí el rostro con las manos. El agotamiento emocional de las últimas cuarenta y ocho horas pesaba sobre mis hombros como un ancla de plomo.

—Estás agotada, hija —la voz suave y compasiva de mi madre rompió el silencio. Acercó el taburete alto y se sentó a mi lado, acariciándome el pelo con la misma ternura de cuando era niña.

Giovanna estaba en la alfombra del salón, totalmente concentrada en el castillo de bloques magnéticos que su padre le había ayudado a construir por la mañana.

—Estoy perdiendo la batalla, mamá —confesé, con la voz ahogada entre mis manos. Se me hizo un nudo en la garganta y las lágrimas que había contenido todo el día finalmente se abrieron paso —. Me he pasado los últimos dos años construyendo cada ladrillo de mi vida para no necesitar a nadie. Para protegernos a mí y a Giovanna. Pero desde que él volvió a poner un pie en esta ciudad, parece que ha lanzado una granada contra todo lo que he construido.

Mi madre soltó un largo suspiro. Dio un sorbo a su té, con esa mirada experta que evaluaba el caos que me invadía.

—Él te protegió en la galería. Sofía me contó lo que pasó, Camila. He perdido diez años de mi vida solo de imaginar a esos hombres armados cerca de ti. Si Rafael no hubiera estado allí…

—¡Lo sé! —exclamé, levantando la cabeza, con las lágrimas desbordándose y mojándome el rostro—. ¡Eso es precisamente lo que me vuelve loca! Intenté odiarlo por ser el monstruo que es. Intenté aborrecer su uniforme, su letalidad y su violencia. Pero, cuando vi la muerte de cerca, fue la violencia de aquel hombre la que me salvó. No dudó ni un instante, madre. Se interpuso entre las armas y yo, convencida de que su propia vida no valía nada.

—Porque, para él, su vida no vale nada si no es para protegerte a ti y a la niña —señaló ella, con la sabiduría de los años pesando en cada sílaba.

Asentí con la cabeza frenéticamente, con las manos temblando alrededor de la taza caliente.

—Tú sabes mejor que nadie lo que es el miedo al abandono, mamá. Mi padre nunca estuvo presente y, cuando murió, tuviste que cargar con todo el mundo a tus espaldas tú sola. Te forjaste tu propia armadura. ¡No quería que se repitiera la historia! Cuando Rafael me dejó esa nota, pensé que me iba a morir. El dolor de tener que explicarle algún día a Giovanna que su padre prefirió la guerra a

nosotros… eso me destrozó. ¿Cómo puedo simplemente olvidarlo y aceptarlo de vuelta? ¿Cómo puedo confiar en que la Armada no llamará mañana y él volverá a desaparecer en el desierto?

Mi madre extendió la mano y me sujetó la barbilla, obligándome a mirarla a los ojos. Su mirada, idéntica a la mía, brillaba con una firmeza amable.

—Camila, presta atención a lo que voy a decirte —comenzó, con un tono cargado de urgencia—. Tu padre no estuvo aquí. Estuvo ausente antes y después de marcharse y, sí, cuando murió, lloré mis propios dolores y cerré mi corazón. Me endurecí porque tuve que hacerlo. Pero Rafael no es tu padre.

Señaló hacia el salón, donde Giovanna reía sola, jugando con los muñecos.

—Mira a tu hija. Rafael casi muere. ¿Y qué hizo en cuanto pudo ponerse en pie? Volvió a su territorio. No está huyendo, Camila. Está invadiendo, barriendo el suelo, montando juguetes, partiendo la cara a los matones y suplicándote, a su manera torpe, que le dejes ser el hombre de la casa.

Jadeé. El aire parecía escaso. La imagen de Rafael, gigante y lleno de cicatrices, en mi cama esta mañana, sosteniendo a nuestra hija contra su pecho con la adoración de un hombre que había encontrado su propia salvación, me desgarró la mente.

—Tengo tanto miedo, mamá… —susurré, entre un sollozo desolador—. Todavía lo quiero tanto que me duelen los huesos. Cuando me toca, todo por lo que he luchado para ser desaparece. Soy solo suya. Siempre lo he sido. Pero si me rindo y él se marcha otra vez, no sobreviviré a la segunda caída. Esta vez, no hay vuelta atrás. Me convertiré en polvo.

Mi madre se levantó, rodeó la isla de mármol y me abrazó con fuerza. Hundí la cara en su hombro, llorando todas las lágrimas contenidas, todo el orgullo herido y todo el amor desesperado que había estado sofocando.

—El amor no tiene garantías, hija mía —murmuró contra mi cabello, con la voz entrecortada—. No controlamos el mañana. Pero

el Comandante no va a soltar el hueso. Ya te has dado cuenta de eso. Puede que sea difícil, celoso, demasiado intenso y esté lleno de cicatrices de guerra. Pero es vuestro escudo.

Dio un paso atrás, sujetándome con firmeza por los hombros, obligándome a secarme la cara.

—Deja de luchar contra tus propios sentimientos. El orgullo ya no te protege, solo te impide ser feliz. El muro ya se ha derrumbado, Camila. Ahora te toca a ti decidir si vas a seguir apuntándole con el arma o si vas a bajar la guardia y dejar que cure las heridas que él mismo se ha causado.

Me quedé sola en la cocina cuando mi madre se fue al salón a jugar con Giovanna.

El piso estaba bañado por las sombras del atardecer. El té de mi taza se había enfriado. Miré mis propias manos, recordando el apretón posesivo de Rafael hacía unas horas, la forma en que su mirada ardía con la certeza de que nos pertenecíamos el uno al otro.

Respiré hondo. El aire entró en mis pulmones con una ligereza que no había sentido en veinticuatro meses.

No sería la víctima de mi propia historia. Y no repetiría el amargo destino del pasado. Rafael era mi abismo, mi caos y la única persona capaz de hacer que mi corazón latiera al ritmo adecuado.

Por primera vez en dos años, la furia que había en mi interior se calmó. La decisión silenciosa, aterradora, pero inevitable, por fin se asentó en mi alma. Cuando Rafael llamara a esa puerta esta noche, ya no se encontraría con una mujer a la defensiva. Se encontraría con su mujer, dispuesta a firmar el tratado de paz. Y que Dios se apiadara de cualquiera que intentara separarnos de nuevo.



RAFAEL CROSS

Capítulo 24

El sol del mediodía azotaba el centro de entrenamiento conjunto de Homestead, al sur de Miami, distorsionando el aire sobre la pista de obstáculos.

—¡Más rápido! —Mi grito atravesó el megáfono y se superpuso al ruido de las botas y a la respiración entrecortada del grupo—. Si no sois capaces de cargar con un compañero aquí, no estaréis preparados cuando alguien dependa de vosotros. ¡Otra vez!

Observaba a los operadores en reentrenamiento táctico arrastrarse bajo el alambre de púas. Por fuera, era el instructor implacable. Por dentro, sentía una paz que no había sentido en años.

Mi mente seguía divagando hacia la noche anterior. El aroma a vainilla de Camila, el sonido de la risa de Giovanna, la promesa silenciosa que nos habíamos hecho en medio del salón. El tratado de

paz estaba cerca. Mi vida civil, la única que realmente importaba, estaba a punto de comenzar.

Un jeep militar de color verde oliva atravesó el polvo de la pista y frenó en seco a pocos metros de mí.

Mi instinto se disparó incluso antes de que se apagara el motor. Los oficiales superiores no interrumpían los entrenamientos de campo a menos que el mundo estuviera en llamas.

El capitán Miller se bajó por el lado del copiloto. Sus rasgos, normalmente impasibles, estaban pálidos y tensos. Caminó hacia mí a zancadas, ignorando a los reclutas que se debatían en el barro.

—Comandante Cross —la voz del capitán sonó grave, con un peso que me puso los pelos de punta en la nuca—. Despida al grupo. Acompáñeme a la tienda de mando. Inmediatamente.

Levanté la mano, indicándole al sargento auxiliar que se hiciera cargo. No hice preguntas durante el trayecto. Caminamos en un silencio sepulcral. En cuanto cruzamos la lona verde de la tienda de mando, el aire acondicionado chocó contra mi sudor, pero el frío que me invadió procedía de la pantalla de comunicación por satélite encendida en el centro de la mesa táctica.

La radio emitía chasquidos estáticos, intercalados con el sonido de disparos de gran calibre de fondo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en el tono letal del Arcángel. Apoyé ambas manos en la mesa, clavando la mirada en el mapa topográfico de Oriente Medio que parpadeaba en rojo en la pantalla. La misma misión que yo había rechazado debido a mi informe médico. La misión que Tanque había asumido en mi lugar.

Miller se detuvo a mi lado, con las manos en las caderas.

—La inteligencia falló, Arcángel. La operación de extracción era una emboscada. El complejo estaba repleto del triple de insurgentes de lo que mostraban las imágenes de satélite. El subcomandante Tanque consiguió volar el objetivo principal y abrir una ruta de huida, pero quedaron rodeados durante la extracción.

Mi corazón dejó de latir durante un milisegundo. La bilis me subió a la garganta.

—¿Cuál es la situación de mi equipo, capitán? Ahora mismo. —Mi voz no fue una petición. Fue una orden gruñida por un líder que estaba a punto de perder el control.

—Tanque, Sombra y Cerebro han conseguido llegar al perímetro de seguridad. Están heridos, pero estables. —Miller me miró a los ojos con dificultad—. Pero Cruz… Se quedó atrás para estabilizar a un soldado aliado que recibió un disparo en el pecho durante la retirada. Los flanquearon.

Un zumbido ensordecedor se apoderó de mis oídos. La imagen de Cruz —el médico del equipo, el hombre que me gritó en el vestuario que eligiera a Camila y a mi hija, el hermano que me cosió la carne desgarrada decenas de veces para que no me desangrara hasta morir— destelló en mi mente.

—¿Ha muerto Cruz? —pregunté, con una voz tan fría que parecía hecha de hielo.

Miller pulsó un botón en el panel.

—Negativo. El grupo de insurgentes se ha retirado a un complejo de cuevas cercano. El reconocimiento con un dron infrarrojo lo ha captado hace diez minutos.

La pantalla cambió, mostrando una imagen térmica granulada. Dos figuras a las que unos insurgentes armados arrastraban hacia el interior de un túnel rocoso. Una de ellas llevaba el equipo táctico de los SEAL. Estaba vivo. Lo habían tomado como rehén.

—Lo torturarán hasta que suplique que lo maten, y luego lo decapitarán delante de una cámara, Arcángel. Tenemos un margen de doce horas antes de que lo trasladen fuera del alcance de nuestro satélite —declaró Miller, con la urgencia rezumando en cada palabra —. Tanque intentó volver a por él, pero el equipo se ha quedado sin munición y sin cobertura. El mando central está enviando un equipo del DEVGRU para llevar a cabo el rescate, pero no conocen el terreno ni el plano de ese complejo de cuevas.

El capitán hizo una pausa, y el peso del mundo recayó sobre mis hombros.

—Pero tú conoces la topografía, Rafael. Estudiaste el terreno durante meses y elaboraste el plan original. El cirujano de vuelo y el mando conjunto han autorizado una exención excepcional, válida únicamente para este rescate. Te integrarás en el equipo del DEVGRU y contarás con seguimiento médico antes y después de la operación. Esta autorización no supone un regreso permanente al combate.

Algo dentro de mí se derrumbó.

El universo me estaba cobrando la deuda. El uniforme no te suelta. La guerra no permite finales felices gratis. Si dijera que no ahora, si eligiera el egoísmo de proteger mi paz recién descubierta en Miami, Cruz moriría. El hombre que me suplicó que dejara las armas y volviera a casa sería ejecutado en un suelo de tierra al otro lado del mundo, y su sangre mancharía mis manos para siempre. Camila nunca podría perdonarme si descubriera que mi permanencia le costó la vida a mi mejor amigo.

La promesa de paz, el castillo de bloques magnéticos, el rostro de Giovanna mientras dormía… todo ello brilló en mi mente, entrando en colisión directa con la lealtad jurada a mis hermanos de armas.

Apreté los maxilares hasta que me dolieron los huesos.

Volveré todos los días que quieras, princesa. La promesa que le hice a Giovanna resonó en mi cabeza, partiéndome el corazón por la mitad.

Estaba a punto de derrumbar el muro que Camila acababa de levantar. Iba a interponer de nuevo un océano de distancia entre nosotros. Pero si el Arcángel no resucitaba hoy, el Rafael Cross que quedaría no sería digno de mirar a los ojos a su propia hija.

Abrí los ojos. El hombre civil y apasionado fue engullido por la despiadada oscuridad del Comandante del Equipo Fénix. Enderecé la postura y mis músculos se tensaron para el combate.

—Preparad mi equipo y la aeronave de transporte —ordené—. Quiero que la fuerza de extracción esté lista y el canal de inteligencia abierto durante todo el vuelo. Esta es una operación única. Vamos a traer de vuelta a Cruz.

Di media vuelta y salí de la tienda y me dirigí hacia los vestuarios. El viento cálido me azotó la cara. Tenía que hacer una llamada. La llamada más difícil de mi vida. Tenía que llamar a la mujer que por fin había decidido dejarme entrar en su vida, solo para decirle que la misión, una vez más, me había arrancado de su lado.



CAMILA GARCIA

Capítulo 25

El móvil se me resbaló de los dedos temblorosos y golpeó el suelo de madera con un chasquido seco.

La pantalla se agrietó en la esquina izquierda, pero no me importó. Apenas podía respirar. Los segundos tras el final de aquella llamada fueron ensordecedores, solo interrumpidos por el sonido de mi propia respiración entrecortada, que ya empezaba a convertirse en un jadeo de pánico.

«Lo siento mucho, Camila. Han capturado a Cruz. Tengo que irme».

Sus palabras seguían dando vueltas en mi mente, como un maldito eco, cortante e implacable.

Sofía, que había pasado por mi piso para traerme los informes de la galería, dejó las carpetas sobre la isla de la cocina y corrió

hacia mí. Me sujetó por los hombros, con los ojos azules muy abiertos por la preocupación.

—¿Mila? ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¡Estás blanca como el papel! —preguntó, con la voz de pronto más aguda.

Parpadeé, sintiendo cómo la primera lágrima caliente se desbordaba y me resbalaba por la mejilla. La negación duró solo una milésima de segundo antes de ser engullida por una furia tan primitiva, tan volcánica, que sentí cómo me ardían las costillas.

—Se ha ido… —Las palabras me salieron en un susurro desgarrado e indignado. Y entonces, el dique se rompió. Me zafé de las manos de Sofía y di una patada al pie del taburete con todas las fuerzas que tenía—. ¡SE HA IDO, SOFÍA!

El grito me desgarró la garganta, resonando en las paredes del piso.

—¿Cómo que se ha ido? ¡Camila, respira! —Sofía intentó acercarme a ella, pero yo retrocedí, dando vueltas por la cocina como un animal enjaulado, tirándome del pelo con desesperación.

—¡La historia se repite! —grité, con las lágrimas nublándome la vista—. Ayer jugó con Giovanna en esta alfombra y juró que se quedaría. ¡Hoy ha recibido una llamada de la Armada y ha vuelto a anteponer el uniforme a todo lo demás!

Cogí la taza de té intacta que mi madre había preparado horas antes y la lancé contra la pared de la cocina. La porcelana estalló en decenas de pedazos, salpicando líquido oscuro sobre el papel pintado claro. El sonido de la rotura fue el reflejo exacto de lo que estaba sucediendo dentro de mí.

—¡Dos años, Sofía! —sollozaba, con la voz quebrada mientras la rabia daba paso al desmoronamiento. Mi cuerpo perdió fuerzas y resbalé por la pared, desplomándome en el suelo de la cocina, encogiendo las rodillas contra el pecho—. Me ha llevado dos años recomponerme. Hoy iba a rendirme. Iba a decirle que le perdonaba… y el fantasma hizo las maletas antes incluso de escucharme. Es un mentiroso. ¡Un mentiroso egoísta adicto a la guerra!

Sofía se arrodilló inmediatamente a mi lado, sin hacer caso de los fragmentos de porcelana que había en el suelo, y me atrajo hacia ella en un fuerte abrazo. No dijo tópicos. No intentó calmarme con mentiras. Simplemente me abrazó, mientras yo lloraba con la misma intensidad que el día en que leí aquella maldita nota de despedida.

La rabia me palpitaba en las venas, negra y corrosiva. Lo odiaba por someterme a esto otra vez. Odiaba a la Armada y ese maldito sentido del deber que siempre lo alejaba de mí.

Pero, a medida que mis sollozos iban perdiendo fuerza y mi cara se hundía en el hombro de Sofía, el odio empezó a enfriarse, dando paso a una emoción mucho más letal, mucho más paralizante.

El terror absoluto.

«Han capturado a Cruz. Soy el único que conoce el terreno. Si no voy, lo decapitarán».

La justificación de Rafael para romper su promesa se repitió en mi cabeza, y un escalofrío violento me recorrió la espalda. No iba a un entrenamiento. No iba a una misión rutinaria. Iba a un rescate suicida en un complejo de cuevas de Oriente Medio, para intentar arrancar a su mejor amigo de las manos de los terroristas.

Mis manos se aferraron a la camiseta de Sofía con un agarre de hierro.

—¿Y si no vuelve, Sofi? —El susurro salió entrecortado por el pánico. La rabia se convirtió en cenizas, arrastradas por la abrumadora realidad—. ¿Y si, esta vez, muere de verdad?

Levanté el rostro empapado y miré fijamente a los ojos compasivos de mi amiga. Mi corazón latía tan fuerte que notaba el sabor de la sangre en la boca.

—Sobrevivió a una explosión por un milagro. Pero no es invencible —seguía balbuceando, con la respiración entrecortada, mientras la imagen de las gruesas cicatrices de su pecho, que había besado ayer, me atormentaba—. Si muere en ese desierto… voy a ser la viuda de un hombre del que intenté huir. ¡Y Giovanna… Dios

mío, Giovanna preguntó por él esta mañana! ¡Estaba esperando a que volviera para terminar de montar ese maldito castillo de bloques! ¿Qué le voy a decir a mi hija si su padre vuelve en un ataúd cerrado con una bandera encima?!

Sofía me sujetó la cara entre sus manos cálidas, obligándome a centrarme en ella.

—Mila, escucha. Rafael conoce esa operación mejor que nadie del grupo de intervención. No se va solo al infierno y prometió volver con vosotros.

—¡Prometió que no se iría! ¡Y se fue! —Lloré; la contradicción de amarlo y odiarlo me desgarraba.

Me quedé allí, sentada en el suelo frío de mi cocina, rodeada de los fragmentos de mi propia vida. El dolor era físico; parecía como si una cuchilla se retorciera entre mis costillas.

Estaba furiosa porque la historia se repetía. Quería darle un puñetazo en la cara por haberme hecho creer en la paz, aunque solo fuera por unas horas. Pero, por encima de toda la rabia, por encima de todo el resentimiento y el orgullo destrozado, estaba la dolorosa e irrefutable certeza que me destruía: daría todo lo que tenía, aceptaría cualquier excusa y me tragaría todo mi orgullo, solo para tener la certeza de que aquel maldito soldado volvería a cruzar mi puerta con vida una vez más.



RAFAEL CROSS

Capítulo 26

El rugido ensordecedor de los motores del MH-60 Black Hawk vibraba en las suelas de mis botas militares y subía por los huesos hasta la base del cráneo.

La cabina estaba sumida en una luz roja. Seis operadores del DEVGRU me acompañaban para la inserción, mientras yo repasaba rutas, puntos ciegos y alternativas de extracción. Quedaban tres minutos.

Apreté el fusil contra el chaleco y comprobé las coordenadas en la pantalla fijada al antebrazo. La autorización de emergencia solo era válida para aquel rescate. Después, volvería a casa y pondría fin de una vez por todas a las operaciones sobre el terreno.

Durante años, ese fue mi santuario. La tensión previa al combate, el olor a pólvora sin quemar, la frialdad mecánica de saber que mi vida valía exactamente la cantidad de plomo que pudiera

disparar antes que el enemigo. El Arcángel siempre había encontrado su paz en el caos. Pero esa noche, sobrevolando a miles de kilómetros de Miami, el caos no me acogía. Me aterrorizaba.

Mi corazón latía con fuerza contra las costillas, bombeando una adrenalina enfermiza que tenía el sabor amargo del pavor. Por primera vez en mi carrera militar, no tenía miedo de morir por la patria. Tenía pavor, un miedo visceral, oscuro y paralizante, a fallarle a mi familia.

«Volveré todos los días que quieras, princesa».

La promesa que le hice a Giovanna resonaba en mi mente una y otra vez, mezclándose con el ruido de los rotores del helicóptero. El recuerdo de la mirada de Camila, la forma en que se dejó llevar por mis brazos, el aroma a vainilla de su piel… Todo aquello se había convertido en un lastre insoportable. Si me dispararan en la garganta, si me convirtiera en una estadística más en medio de una montaña rocosa, la culpa no sería de los insurgentes. Sería mía. Habría destrozado a la mujer a la que amo por segunda vez. Dejaría huérfana a mi hija, justificando cada gota de odio que Camila sintió hacia mí durante dos años.

Entonces, la imagen de Cruz atado y sangrando en el suelo sucio de una cueva invadió mis pensamientos. El hombre que me salvó la vida. El hermano que no se echó atrás cuando mi sangre brotaba en el desierto.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que me crujieron los dientes. No iba a morir. Y no iba a volver sin él. Iba a masacrar a quienquiera que se interpusiera en mi camino, rescatar a mi hermano y volver a mi territorio.

—¡Un momento! —gritó el jefe de tripulación por la radio interna, levantando un dedo enguantado.

En la pantalla térmica, el desierto montañoso aparecía con contrastes verdes y sombras nítidas. Seguí el avance del equipo y ajusté la ruta cuando un grupo hostil surgió en el paso este.

—¡Luces verdes! ¡Vamos, vamos, vamos!

Agarré la gruesa cuerda de *descenso rápido* y me lancé al oscuro vacío de la noche afgana. La fricción me quemó a través de los guantes tácticos durante tres largos segundos hasta que las suelas de mis botas golpearon con fuerza contra el terreno rocoso e irregular. Me arrodillé de inmediato, levantando el fusil y barriendo el perímetro verde a través de la mira, mientras el resto del equipo descendía detrás de mí. El helicóptero se inclinó violentamente y desapareció en la oscuridad para esquivar los misiles antiaéreos, dejándonos en un silencio sepulcral, solo roto por el zumbido del viento entre las rocas.

Hice dos gestos rápidos con las manos. El equipo adoptó la formación de diamante letal. Yo me puse al frente.

Conocía aquel complejo de cavernas como la palma de mi mano. Había estudiado cada grieta, cada túnel y cada elevación durante la planificación inicial de la misión. El terreno era escarpado, traicionero, cubierto de piedras sueltas que exigían un desplazamiento casi fantasmal.

Avanzamos doscientos metros a la sombra de las rocas macizas. Mi cerebro funcionaba en dos frecuencias distintas: la máquina táctica calculando ángulos, distancias y puntos ciegos, y el hombre desesperado cuyo corazón latía al ritmo del nombre de Camila.

Llegamos a la entrada sur del sistema de cavernas. Dos centinelas armados con viejos fusiles AK-47 estaban de pie junto a hogueras improvisadas en bidones metálicos, conversando en susurros ásperos.

Levanté el puño cerrado. El equipo se detuvo al instante, mimetizándose con la roca.

Alineé la mira holográfica verde de mi rifle con silenciador directamente en el centro del cuerpo del centinela de la izquierda. El operador a mi lado, cuyo nombre en clave era Fantasma, se encargó del objetivo de la derecha. Inspiré el aire seco, exhalé la mitad y contuve la respiración.

Mi dedo apretó el gatillo con una ligereza letal.

Los dos disparos amortiguados resonaron casi simultáneamente. Las cabezas de los centinelas se echaron hacia atrás con un chasquido, salpicando un chorro de sangre caliente y brillante en la visión térmica, y los cuerpos se desplomaron sobre el suelo de tierra con un golpe sordo, sin un solo grito.

—Limpio —susurré por la radio integrada—. Avanzamos hacia el interior.

Nos infiltramos en la húmeda oscuridad de la caverna. El olor cambió drásticamente. Polvo viejo, orina, sudor rancio y el inconfundible aroma metálico de la sangre seca. Las paredes de piedra amplificaban cualquier sonido y nos obligaban a avanzar como depredadores al acecho.

Caminamos por pasillos sinuosos y húmedos durante diez minutos que parecieron diez décadas. En cada curva, esperaba encontrar el cuerpo decapitado de mi mejor amigo. La ansiedad era como un cuchillo dentado que me cortaba el estómago.

Por fin llegamos a la sala principal. Una vasta cavidad en el interior de la montaña, iluminada por ruidosos generadores y bombillas desnudas colgadas de cables pelados. Había unos doce hombres fuertemente armados repartidos por el espacio.

Y en el centro, atado a una silla metálica retorcida, iluminado por un foco directo, estaba Cruz. Sus rasgos eran una masa irreconocible de hematomas morados y cortes profundos. El uniforme estaba rasgado, y él se inclinaba hacia delante; su respiración era tan superficial que apenas se registraba en mis gafas. Uno de los terroristas estaba de pie a su lado, afilando una hoja curva de combate contra una piedra, preparándose para el espectáculo de la ejecución.

La sangre me hervía en las venas. La visión de Cruz destrozado desató al monstruo que había en mi interior. La necesidad de sobrevivir y la furia protectora se fundieron en una única entidad implacable.

—Ejecución total —ordené por la radio interna, con una voz tan fría como el vacío del espacio—. Sincronizad los objetivos. A mi

señal.

Apunté al verdugo y a dos guardias que estaban cerca de él. Los láseres infrarrojos de mi equipo bailaron silenciosamente por la sala, marcando el pecho de cada enemigo.

—Tres… dos… uno. Fuego.

El infierno se desató dentro de aquella caverna.

La quietud se hizo añicos con el sonido rítmico, agresivo y mecánico de seis fusiles de asalto disparando al unísono. El olor a pólvora quemada inundó el aire confinado en microsegundos. Las vainas de latón caliente llovían sobre el suelo de piedra con un tintineo metálico.

El verdugo cayó muerto antes de que su cerebro registrara el estruendo, con el cráneo reventado por dos disparos perfectos que le metí entre los ojos. Los demás insurgentes ni siquiera tuvieron tiempo de levantar las armas. Nuestra letalidad fue quirúrgica y arrolladora. Abatimos a ocho objetivos en los primeros cinco segundos.

Pero la caverna era grande. El eco de los disparos alertó a los combatientes de los túneles adyacentes. Estallaron gritos en árabe, seguidos por el estruendo ensordecedor del fuego de supresión enemigo que rasgaba el aire en nuestra dirección.

Me llovieron astillas de roca en la cara cuando una ráfaga de AK-47 impactó en la pared a pocos centímetros de mi cabeza. El sonido me destrozó los tímpanos. Me lancé al abrigo de un pilar de piedra natural, disparando ráfagas cortas y controladas contra la oscuridad del túnel este.

—¡Fuego de cobertura! —grité—. ¡Voy a por el paquete!

Sin esperar confirmación, avancé bajo el fuego cruzado. La adrenalina adormecía cualquier sensación de dolor. Solo veía las líneas de fuego atravesando la oscuridad. Corrí agachado, aprovechando las sombras, hasta llegar a la silla de metal en el centro de la sala.

—¡Cruz! —gruñí, sacando un cuchillo táctico del chaleco y cortando las gruesas cuerdas que le ataban las muñecas, que estaban en carne viva.

Cruz se desplomó hacia delante y yo lo agarré por los hombros pesados y ensangrentados, sosteniendo su peso contra mi pecho. Soltó un gemido ronco de dolor. Tenía el ojo izquierdo hinchado y cerrado, pero el derecho se abrió lentamente, enfocando el parche del Fénix en mi brazo y luego mi rostro tras las gafas.

—¿Arcángel…? —balbuceó, con sangre brotándole por la comisura de los labios agrietados—. Hijo de puta… Te dije que te quedaras en Miami.

—Cállate y respira, sargento. —Sonreí, una sonrisa salvaje y depredadora bajo la tensión del combate—. Tenemos un vuelo reservado para volver a casa.

Una granada estalló a veinte metros de distancia, haciendo temblar el suelo y provocando que llovieran sobre nosotros polvo y trozos de roca. El estruendo de la explosión ahogó temporalmente el sonido de los disparos. El equipo defendía el cuello del túnel, pero los insurgentes se acercaban en masa como hormigas enfurecidas. Teníamos segundos.

Pasé el brazo derecho de Cruz por encima de mis hombros y lo levanté. Él gemía, con el cuerpo completamente destrozado. Sujeté mi fusil solo con la mano izquierda, apoyando la culata en el chaleco. Su peso, sumado al de mi equipo, hacía que cada paso me quemara los músculos de los muslos, pero seguía avanzando. No sentía el suelo, no sentía el humo asfixiante que llenaba la caverna.

Mi mente repetía un único mantra con cada paso vacilante hacia la salida: *Camila. Giovanna. Camila. Giovanna.*

—¡Avanzando hacia la extracción! ¡Retirada! ¡Retirada! —grité por la radio.

Nos abrimos paso a tiros por los sinuosos túneles, retrocediendo de forma táctica. La respiración de Cruz era entrecortada, su pecho subía y bajaba violentamente contra el mío. El sonido de los pasos de los insurgentes resonaba a nuestras

espaldas, multiplicándose. Disparé hacia atrás con una mano, derribando a otros dos que doblaban la esquina corriendo. El humo, los gritos, el destello de los cañones de los fusiles; el pasillo era una pesadilla asfixiante, pero nosotros conocíamos el infierno mejor que ellos.

Salimos disparados del complejo de cuevas. El aire frío del amanecer del desierto me golpeó la cara empapada de sudor.

En el cielo, como un auténtico milagro de la ingeniería y la violencia militar, el *Little Bird* de evacuación se zambulló entre las montañas, con las miniguns laterales escupiendo fuego continuo en una lluvia de trazadoras rojas contra las formaciones rocosas, sofocando por completo la persecución que salía de los túneles.

El estruendo ensordecedor de las ametralladoras era la música más bonita que había oído jamás.

Corrí los últimos cincuenta metros por el terreno pedregoso, con los pulmones ardiendo en llamas y la visión oscureciéndose por los bordes debido al agotamiento y a la falta de oxígeno. Cuando alcanzamos el polvo levantado por los rotores del helicóptero, los operadores ayudaron a meter a Cruz dentro de la cabina metálica perforada.

Me impulsé hacia arriba y rodé hacia el interior de la aeronave justo en el instante en que el piloto tiró de la palanca de mando.

El helicóptero se inclinó y rasgó el cielo del amanecer, alejándose del valle de la muerte a una velocidad alucinante. El viento helado azotaba el interior de la cabina. Dejé que mi cuerpo se desplomara contra la estructura metálica del suelo vibrante. Me quité las gafas de visión nocturna y el casco con las manos temblando incontrolablemente, dejándolos caer al suelo.

Al otro lado de la estrecha cabina, los médicos de combate ya estaban rasgando lo que quedaba del uniforme de Cruz, aplicándole hemostáticos, inyectándole morfina y estabilizando sus terribles heridas. Su ojo sano se cruzó con el mío en medio del caos y asintió levemente con la cabeza, débil, pero vivo.

Apoyé la nuca contra el panel metálico que tenía detrás y cerré los ojos. La adrenalina empezó a descender, dejando a su paso un agotamiento físico tan absoluto que no podía mover ni un solo dedo. Cada músculo, tendón y hueso de mi cuerpo palpitaba en señal de protesta. El olor a pólvora y sangre impregnaba mi alma.

Me quité el guante táctico derecho con los dientes y me froté la cara con la mano desnuda, sucia de polvo y sudor oscuro.

Había vuelto al campo de batalla, había matado, había arriesgado todo lo que había construido en las últimas cuarenta y ocho horas, pero el objetivo se había cumplido. Mi hermano respiraba. La sangre de aquel rescate no quedaría en mis manos como una mancha irreversible.

Abrí los ojos y observé las frías estrellas del desierto surcando el cielo a través de la abertura lateral del helicóptero.

Aquella noche, el comandante del Equipo Fénix saldó la última deuda que creía tener con las Fuerzas Armadas. Mientras la aeronave de evacuación se llevaba a Cruz para que recibiera atención médica, una certeza se apoderó de mí: estaba vivo y volvería a casa.

El Arcángel dejaría las operaciones sobre el terreno. Mi lugar estaba en Miami, con la hija a la que acababa de conocer y la mujer que valía más que cualquier misión.



CAMILA GARCIA

Capítulo 27

Tres días…

Setenta y dos horas de un vacío asfixiante, en las que no sabía si el hombre al que amaba respiraba bajo el cielo de otro continente o si ya estaba muerto, cubierto por el polvo de un país en guerra. Cada vez que vibraba mi móvil, se me hacía un nudo en el estómago. Cada vez que veían las noticias en la televisión, se me cortaba la respiración.

Entonces, a las diez de la noche de un viernes, el sonido metálico y seco de tres golpes en mi puerta rompió el silencio del piso.

No pregunté quién era por el interfono. Mi instinto, forjado a partir del trauma, ya lo sabía.

Desbloqueé la cerradura con las manos temblando tanto que la llave casi se me cayó al suelo. Cuando abrí la puerta, el aire se me

escapó de los pulmones con la fuerza de un golpe físico.

Rafael estaba de pie en el pasillo.

No llevaba uniforme. Vestía unos vaqueros oscuros y una chaqueta negra que parecía demasiado grande para la postura encorvada que lucía. Su rostro estaba cubierto por una densa barba de varios días, y un corte profundo y medio cicatrizado le marcaba la mejilla derecha. Su mirada, que solía brillar con letalidad y control absoluto, estaba hundida, inyectada de sangre y cargada de un agotamiento que parecía pesar una tonelada.

El alivio de verlo con vida me golpeó como un rayo, pero duró solo la fracción de segundo necesaria para que se rompiera el dique de mi odio y mi pavor.

—Has vuelto —murmuré.

Él se acercó, levantando la mano para tocarme la cara y confirmar que era real.

—Camila… —Apenas podía hablar; parecía como si se hubiera tragado arena—. Lo he conseguido. Cruz está vivo. He venido directamente desde la base hasta aquí.

La mención de la misión fue la chispa que encendió la pólvora.

Le di un fuerte manotazo, apartando su mano antes de que pudiera tocarme. El ruido de la bofetada resonó en el pasillo vacío.

—¡No me toques! —grité, retrocediendo hacia el interior del piso, con el pecho subiendo y bajando sin control, mientras la ira pura me cegaba—. ¡No te atrevas a actuar con tanta naturalidad, Rafael! ¡Me miraste a los ojos y me dijiste que nosotros éramos tu territorio! ¡Y al segundo siguiente, me diste la espalda y corriste de vuelta a la guerra!

Entró en el piso en silencio y cerró la puerta tras de sí con un suave clic, aceptando mi arrebato sin apartar la mirada.

—No corrí hacia la guerra, Camila. Tenía que salvar a mi hermano —respondió, con un tono de voz dolorosamente tranquilo, firme como una roca—. Era Cruz. El hombre que me mantuvo con

vida para que pudiera volver contigo. Iban a decapitarlo. Conocía el terreno. Si no hubiera ido, estaría muerto.

—¡¿Y si TÚ hubieras muerto?! —grité, con las lágrimas rasgándome los ojos y la garganta ardiendo. Me abalancé hacia él y le empujé el amplio pecho con ambas manos. No se movió ni un milímetro, absorbiendo mis golpes inútiles—. ¡¿Y si tu helicóptero se hubiera estrellado?! ¿Qué le diría a Giovanna?! ¿Que su padre quería más a ese maldito equipo que a ella?!

—¡Eso es mentira! —Levantó la voz y me sujetó las muñecas sin hacerme daño. Me miró a los ojos, con la mirada ardiente—. No te atrevas a decir que no quiero a mi hija. Me pasé cada segundo pensando en vosotras dos y saqué fuerzas de la nada para volver con vida.

—¡Rompiste tu promesa cuando subiste a ese avión! —sollocé, intentando liberar mis brazos, pero su agarre era firme y cálido—. ¡Tú elegiste ser el arma, Rafael! ¡Eres un SEAL! ¡La guerra siempre te llamará y tú siempre responderás!

—¡Sí, soy un SEAL! —gruñó, acercándome un poco más a él, obligándome a mirarlo a los ojos—. Esa es mi naturaleza. Es lo que soy. Es lo que me permitió salvarte la vida en aquella galería y lo que me permitió sacar a Cruz de aquella cueva. No puedo borrar mi pasado, Camila. Pero puedo prometerte, mirándote a los ojos, que nunca más volveré a desaparecer durante dos años. Mi sangre, mi juramento y mi vida ahora os pertenecen a las dos.

Negué con la cabeza frenéticamente, mientras las lágrimas mojaban sus manos, que me sujetaban las muñecas. El pánico al abandono, la sombra aplastante del duelo que casi había vivido en los últimos tres días, bloqueaba mi capacidad de razonar.

—¡No puedes garantizar eso! —grité, con la voz quebrada por un llanto amargo, derrumbándome ante la cruda realidad—. ¡Juras que no te irás, pero no controlas la muerte, Rafael! ¡Siempre te metes en cuevas llenas de terroristas, te disparan, te enfrentas a granadas! ¡No puedes prometerme que volverás mañana!

Se quedó paralizado. El fuego de sus ojos se atenuó, dando paso a una empatía triste, punzante y profundamente madura. Me soltó las muñecas y deslizó sus grandes manos para sujetarme la cara, secándome con los pulgares las lágrimas calientes que resbalaban por mis mejillas.

Intenté apartar la cara, tensa y rígida, resistiéndome al calor reconfortante de sus manos que tanto anhelaba, pero él me sujetó con una firmeza delicada.

—Tienes razón —susurró, con su aliento cálido y agotado rozándome la cara—. No puedo garantizarlo. Lo admito, Camila. Soy imperfecto, soy de carne y hueso, y la guerra es cruel. Haré todo lo que pueda, lucharé con cada fibra de mi ser para volver a casa cada día. Pero la verdad… la maldita verdad que te niegas a aceptar es que a cualquiera le pueden pasar cosas malas. El universo no firma contratos.

—Para… —lloré, con la coraza de mi corazón temblando.

—No, escucha. Mira tu pasado, amor —me pidió, bajando la voz hasta convertirla en un susurro áspero y urgente—. Tu padre. Él no era un SEAL. No llevaba chaleco antibalas, no saltaba de helicópteros ni invadía territorios hostiles. Era un hombre corriente, un civil que llevaba una vida normal y, un día, salió de casa, se le reventó una rueda del coche, los frenos fallaron y nunca volvió.

La mención de la muerte de mi padre me golpeó como un puñetazo directo en el pecho. El aire se me escapó de los pulmones. Todo mi cuerpo se paralizó bajo su tacto.

—Te has pasado los últimos dos años construyendo un muro de cristal alrededor de nuestra hija y de ti, creyendo que si me mantenías fuera, el dolor de la pérdida nunca te alcanzaría —continuó Rafael, y sus palabras no sonaban como una acusación, sino como una dolorosa constatación—. Pensaste que mi uniforme era el único portador de la muerte. Pero la muerte no elige profesión, Camila. No avisa. La vida es un riesgo desde el momento en que respiras.

Escondí el rostro entre sus manos, sollozando sin control. Mi orgullo sangraba, tendido en el suelo del salón.

Tenía razón.

Era la verdad más absoluta, cruda y terrible de todas. Luché tanto contra la letalidad de Rafael, contra la incertidumbre de su profesión, intentando controlar lo incontrolable. Pero nunca tuve el control. Nadie lo tiene. Podría alejarlo para siempre, encerrarme en este piso, y aun así, lo peor podría suceder. La ilusión de control no era más que un escudo de cartón frente a una tormenta.

Sentí su frente rozar la mía, su cuerpo gigantesco y exhausto buscando en el mío el ancla que necesitaba para no derrumbarse de cansancio.

—No quiero vivir una vida segura y vacía, Camila —murmuró contra mi piel, con la voz cargada de una súplica velada—. Quiero vivir a tu lado, aunque sepa que el mañana es un misterio para cualquiera de nosotros. Sé que te doy miedo, que te causé un dolor que aún no has podido perdonar. Pero no me eches pensando que te estás protegiendo, porque los dos sabemos que solo te estás condenando a vivir en la sombra.

Mis brazos, antes rígidos a los lados del cuerpo, perdieron la fuerza para resistirse. Mis manos, movidas por un instinto primitivo de supervivencia emocional que ya no podía acallar, se alzaron temblorosas y se aferraron a su chaqueta negra.

No le dije que le perdonaba. La rabia por su ausencia durante los últimos tres días aún me quemaba la garganta, y el terror de ser viuda de aquel hombre era una cicatriz que nunca desaparecería. Todavía no quería ceder.

Pero, mientras lloraba aferrada al pecho del hombre que había regresado de entre los muertos solo para llamar a mi puerta, mi muro de cristal finalmente se hizo añicos por completo, convirtiéndose en polvo a nuestros pies. Odiaba el caos que él traía consigo, pero ya no podía soportar un mundo en el que el Arcángel no fuera mi refugio.



RAFAEL CROSS

Capítulo 28

El llanto de Camila fue perdiendo fuerza, transformándose en sollozos bajos e irregulares contra mi chaqueta.

No dije nada más. Lo que llenaba el salón del piso ya no se parecía a una zona de combate, sino a las secuelas de una tormenta devastadora. Me quedé allí de pie, en medio del pasillo, abrazando a la mujer de mi vida con una fuerza que amenazaba con romperle las costillas, pero ella no retrocedía. Al contrario, sus pequeñas manos se aferraban al tejido oscuro de mi ropa, sujetándome con la fuerza desesperada de quien temía que me desintegrara en el aire.

El agotamiento de tres días en el desierto afgano, el peso del arma, el olor a sangre y la adrenalina del rescate de Cruz… todo eso se escurrió de mi cuerpo. Lo único que me mantenía en pie era el ancla que ella representaba.

Cuando sus piernas finalmente flaquearon bajo el peso del agotamiento emocional, no dejé que se cayera. Deslicé un brazo por detrás de sus rodillas y la levanté del suelo con facilidad, llevándola por el pasillo oscuro hasta la habitación.

Me senté en el borde del colchón, sosteniéndola en mi regazo. Camila escondió el rostro en el hueco de mi cuello, con su aliento cálido rozando mi piel marcada. La abracé por la espalda, acariciando su revuelto cabello castaño con los dedos temblorosos.

—Se acabó, amor —susurré en la habitación en penumbra, con la voz grave y rasgada por el polvo de Oriente Medio—. La guerra se ha acabado para nosotros.

Levantó la cabeza lentamente. Sus ojos oscuros y tormentosos estaban enrojecidos, las pestañas mojadas por las lágrimas y los labios hinchados. El odio y el orgullo habían desaparecido por completo, dejando atrás solo la esencia pura, cruda y vulnerable de la mujer a la que amaba desde el día en que posé mis ojos en ella.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella, con la voz quebrada, en la que se entremezclaban un atisbo de esperanza y miedo.

Llevé mi mano derecha a su rostro, acariciando su mejilla húmeda con la aspereza de mi pulgar calloso.

—Cuando el avión aterrizó en MacDill y dejé a Cruz con el equipo médico, fui directamente a hablar con el capitán Miller —expliqué—. Solicité el traslado definitivo fuera de las operaciones de campo. He aceptado un puesto de instructor táctico en el centro conjunto de Homestead. Tendré un horario, una rutina y un hogar al que volver.

Camila dejó de respirar durante dos segundos enteros. Abrió la boca, atónita.

—¿Tú… tú has pedido el retiro de las operaciones de campo? —balbuceó, incapaz de asimilar la información de inmediato—. ¿Por nosotros?

—Por mi propia cordura —respondí, esbozando una pequeña sonrisa de medio lado, cargada de adoración—. Casi pierdo la cabeza en aquel desierto, pensando que iba a morir y que nunca más te vería sonreír, ni terminaría de construir aquel castillo con Giovanna. El uniforme hizo lo que tenía que hacer. Cruz está a salvo. Mi deuda de sangre está saldada. Ya no tengo nada más que ofrecer a la Armada que pueda compararse con lo que tengo para ofreceros a vosotros.

Un sollozo ahogado se le escapó de la garganta. Esta vez, no era dolor. Era el alivio abrumador, puro y desgarrador, que le lavaba el alma. Camila no me empujó, no gritó ni levantó más barreras. Me rodeó el cuello con los brazos y pegó su boca a la mía.

Fue un beso salado por las lágrimas, desesperado, hambriento. Fue la firma grabada con sangre de nuestro tratado de paz. Profundicé en el beso, recibiendo todo lo que ella tenía para darme, bebiendo de su perdón, la cura para todas mis cicatrices. Cuando nos separamos, jadeantes, con las frentes apoyadas una contra la otra, supe que el muro de cristal se había convertido en polvo.

Mi territorio por fin estaba a salvo.

Pero aún me quedaba una última misión que cumplir antes de que acabara la noche.

Subí la cremallera de mi chaqueta negra hasta la mitad. Metí la mano por debajo de la camiseta de algodón y alcancé la fría cadena de acero quirúrgico que descansaba sobre las cicatrices de quemaduras de mi pecho. Me quité la cadena del cuello y se la entregué a Camila.

Ella bajó la mirada. Colgadas de mis *placas* de identificación militar había dos anillos de boda de oro macizo.

Se quedó sin aliento de nuevo.

—Hace dos años —comencé, con el peso de la culpa y el amor que había cargado en silencio—, fui un cobarde. Dejé una nota sobre la mesita de noche y huí, arruinando el día que debería haber sido el más feliz de nuestras vidas. Me fui a una misión pensando

que te estaba protegiendo del monstruo que soy, y acabé siendo tu peor pesadilla.

Camila acarició el oro frío de las alianzas con la punta de sus dedos temblorosos.

—Llevaba esto colgado del pecho en cada misión, en cada hospital, en cada día de rehabilitación. Era mi recordatorio de que tenía que volver. —La emoción me oprimió la garganta, mientras desnudaba mi alma ante la única persona que tenía el poder de destruirme—. Sé que he causado heridas que quizá nunca cicatricen del todo. Sé que mi mundo es caótico y que tengo las manos sucias. Pero también sé que no puedo respirar sin ti, Camila.

Le cogí las dos manos entre las mías, junto con la cadena de acero.

—Cambia la fecha.

Levantó la cara bruscamente, con nuevas lágrimas brillando en la mirada.

—¿Qué? —susurró.

—Cambia la fecha de la boda —le ordené con amabilidad, con ese tono autoritario que la volvía loca, pero cargado de una profunda súplica—. Coge ese vestido que no tuviste ocasión de ponerte. Invita a Sofía, a tu madre, al cura, y vuelve a organizar toda la maldita cosa. Quiero verte caminar hacia mí, para poder ponerte ese anillo en el dedo delante de nuestra hija, y demostrar durante el resto de mi vida que soy el único hombre capaz de cuidar de vosotras. Cásate conmigo, Camila. Esta vez, hasta el final.

Camila no dudó. La mujer fuerte, fría y calculadora que había tenido que ser durante los últimos dos años dio paso a la chica enamorada que nunca había dejado de amarme.

—Te odio —susurró con una sonrisa preciosa, temblorosa y llena de felicidad, con las lágrimas resbalando libremente por su rostro.

—Lo sé —le devolví la sonrisa, atrayéndola hacia mi regazo y uniendo nuestros labios una vez más—. Cambia la fecha.

—La cambiaré.

Sus palabras sellaron nuestro destino en la penumbra de aquella habitación. El soldado, el fantasma, el Arcángel… todo eso se había quedado al otro lado de la puerta. A partir de aquella noche, yo era simplemente su marido. Y haría de aquella vida mi misión más grande y sagrada.



CAMILA GARCIA

Capítulo 29

El cuarto de baño de la suite del hotel de Key Biscayne era un santuario de mármol y silencio. Me senté en el banco tapizado, con el corazón latiéndome en la nuca como un pájaro enjaulado. Cuando apareció el resultado, las dos rayas rosadas, innegables y nítidas, lo primero que sentí no fue alegría. Fue terror.

Un gélido *déjà vu* me recorrió la espalda. La última vez que vi ese resultado, estaba sola, a punto de ser abandonada, a punto de ver cómo mi vida se desmoronaba. El trauma de haber quedado embarazada, de haber afrontado el miedo, la incertidumbre y el duelo de aquella despedida, aún permanecía en mi piel. Respiré hondo, intentando alejar el recuerdo de la Camila de hacía dos años.

Entonces oí un ruido fuera.

Rafael estaba en el balcón de la suite. Le estaba enseñando a Giovanna a identificar las constelaciones. Su tono grave y paciente era todo lo contrario a la ausencia que me había atormentado

durante tanto tiempo. Ya no era el hombre que se había marchado; era el hombre que había construido un hogar donde antes solo había ruinas.

Me sequé la cara y guardé el test. Hoy no se trataría de mi miedo; se trataría de nuestra promesa.

El jardín de Key Biscayne estaba bañado por el sol poniente. Cuando comenzó la marcha nupcial, no sentí que estuviera caminando hacia una nueva vida, sino hacia el desenlace de mi propia historia.

Giovanna, esparciendo pétalos por el camino, parecía el vínculo perfecto entre nosotros. Cuando llegué al altar y Rafael se giró, la escena me dejó sin aliento. El hombre que vi no era el soldado de las cicatrices; era un hombre que se estaba redimiendo. No ocultaba su fragilidad; las lágrimas le resbalaban libremente por las mejillas, lavando la dureza de años de batalla.

Sus manos, callosas por las armas, temblaban al tomar las mías.

—No solo juro amarte —dijo, con la voz entrecortada—. Juro respetar el miedo que dejé en tu vida y no volver a tomar nunca más una decisión que afecte a nuestra familia sin mirarte a los ojos. Mi compromiso ahora tiene dos nombres: Camila y Giovanna.

Al intercambiar los anillos, sentí el peso de aquel metal dorado. No era un accesorio; era el sello de un tratado de paz que él mismo había forjado. Cuando me besó, no lo hizo con la prisa del deseo, sino con la calma de quien por fin ha llegado a su destino.



RAFAEL CROSS

Capítulo 30

La noche de bodas no tuvo que ver con el dominio. Tuvo que ver con la rendición.

La habitación estaba bañada por la luz ámbar de las velas, y el silencio solo se veía interrumpido por el ruido rítmico de las olas del Atlántico rompiendo contra las rocas allá abajo. Camila estaba de pie frente a la ventana, con la luz de la luna dibujando el contorno perfecto de su silueta.

Me acerqué, moviéndome por terreno sagrado. Mis dedos rozaron su espalda y, cuando se giró, sus ojos tenían un brillo nuevo, una promesa que aún no lograba descifrar.

Me entregó la prueba de embarazo.

En el momento en que el plástico tocó mi palma, mi mente de estratega se derrumbó. Me había pasado la vida calculando daños,

previendo rutas de huida y anticipando el peligro. Pero, ante esas dos rayas, llegué a una conclusión sencilla: por primera vez, no tenía miedo del futuro.

—Vamos a tener un bebé, Rafa.

La frase me golpeó con la precisión de un disparo. El llanto no surgió como un lamento, sino como una liberación total. Caí de rodillas sobre la alfombra, atrayéndola hacia mí. Mis manos, que tantas veces habían empuñado armas para quitar vidas, ahora temblaban al rodear su vientre, protegiendo la vida que comenzaba a florecer allí.

—Estaré aquí —sollocé, besándole la barriga a través del encaje del vestido—. En cada ecografía, en cada llanto de madrugada, en cada primer paso. No me voy a perder esto. No voy a dejar que nada nos separe de nuevo.

Lloramos juntos, una catarsis que limpió todo el polvo de las guerras que había librado.

Cuando la llevé a la cama, el acto fue de una devoción abrumadora. La amé con una lentitud que parecía un sacrilegio frente a nuestra habitual prisa. No había nada que demostrar. No había distancia que superar. Cada caricia era una disculpa por el tiempo perdido, y cada beso era una confirmación de que había abandonado al Arcángel en algún lugar del pasado, enterrado bajo las cenizas de mi propia redención.

Nos fundimos allí, entre las sábanas de algodón egipcio, en una coreografía de entrega absoluta. Ella me guió, me acogió y, por primera vez, me permitió ser simplemente el hombre que la amaba, sin uniformes, sin misiones y sin secretos.

En la penumbra de aquella noche, mientras ella se quedaba dormida en mis brazos, miré al techo e hice una última promesa, esta vez al universo: el soldado estaba oficialmente en casa, y su único campo de batalla, a partir de entonces, sería la felicidad de ella.



RAFAEL CROSS

Epílogo

Tres años después…

El ruido constante de los motores del C-130 llenaba la cabina de carga. Yo estaba allí como asesor estratégico, acompañando una misión de extracción sin participar en el combate. El uniforme ya no definía quién era yo. Mi lugar seguía estando en Miami, construyendo castillos de bloques con Giovanna y acompañando a Camila a las citas médicas de nuestro hijo de dos años.

A mi lado, Cruz revisaba el cargador de su rifle con una precisión robótica. Estaba quieto. Demasiado silencioso incluso para nuestros estándares.

—Estás distraído, hermano —murmuré, inclinando la cabeza hacia él.

Cruz suspiró, un sonido cargado de un cansancio que ningún entrenamiento podía curar. Miró a la nada durante un largo rato

antes de hablar.

—Sarah ha pedido el divorcio, Rafael.

El aire de la cabina pareció congelarse. Sabía lo mucho que Cruz quería a esa mujer. Había sobrevivido a aquella cueva del desierto pensando en ella.

—¿Qué ha pasado? —La pregunta me salió baja, instintiva.

—No pudo aguantarlo más. —Esbozó una sonrisa triste, mirándose las manos callosas—. Dijo que ya no estoy ahí. Incluso cuando estoy sentado en el sofá a su lado, mi cabeza sigue en el campo de batalla. Dijo que no quiere estar casada con un fantasma, ni que nuestra hija crezca con miedo a hacer ruido cuando su padre llega a casa, porque su padre siempre tiene el gatillo emocional a punto de disparar.

Sentí un nudo en el pecho que no era mío, pero que conocía muy bien. Me vi a mí mismo en Cruz. Vi al hombre en el que casi me convertí.

—¿Has intentado hablar con ella? ¿Buscar terapia en la base? —insistí.

—Lo he intentado todo. Pero la verdad, Rafael… —Se giró y me buscó con los ojos cansados—. Ella tiene razón. ¿Este mundo de sangre que hemos elegido? Tiene su precio. Pensaba que la supervivencia sería la recompensa, pero la recompensa es un vacío que no hace más que crecer. Sarah no quiere al «Comandante». Quiere al hombre que conoció antes de todo esto. Y no sé si ese hombre sigue existiendo dentro de mí.

Me quedé en silencio. Miré mi reloj de pulsera. Faltaban diez minutos para el salto.

Pensé en Camila. Pensé en cómo tuvo que luchar contra mi «fantasma» durante años, y en cómo solo conseguimos sobrevivir cuando por fin comprendí que tenía que dejar el uniforme en el vestuario antes de cruzar la puerta de casa.

—El matrimonio es una misión diferente, Cruz —dije, poniéndole la mano sobre el hombro y notando la rigidez bajo el

chaleco táctico—. En la guerra, nos entrenan para sacrificarlo todo. En el matrimonio, el mayor sacrificio es el propio ego. Si todavía quieres a esa mujer, tienes que desactivar ese maldito gatillo. No por ella, sino por ti.

Cruz soltó una risa seca y sin vida, ajustándose el casco.

—Ya es demasiado tarde, Arcángel. El divorcio está firmado. Ella ha seguido adelante. Creo que mi misión ahora es solo esta. El resto… el resto ya es historia.

Sonó la señal de aviso de salto, inundando la cabina con una luz roja intermitente. El comandante de la misión gritó órdenes de comprobación, y el sonido del mundo exterior desapareció bajo el ruido de la rampa de carga al abrirse.

Cruz se puso de pie, con la máscara de soldado dominando por completo sus rasgos. Se convirtió en el operador letal que todos conocían. Sin emoción. Sin peso. Solo la misión.

Lo observé mientras se preparaba para saltar en la oscuridad de la noche, sabiendo que, para él, la guerra era el único lugar donde no se sentía solo.

Mientras la rampa se abría y el viento cortante invadía el avión, cerré los ojos por un segundo, enviando un pensamiento silencioso a mi hogar en Miami. Yo había conseguido mi segunda oportunidad. Cruz… parecía haber llegado al final de su camino.

—Buena suerte, hermano —le dije, aunque sabía que, en ese momento, la suerte era lo último que buscaba.

Él solo saludó con la mano, dio un paso hacia el vacío y desapareció en la oscuridad, tragado por el cielo, listo para ser lo único que sabía ser: un arma. Y, por primera vez, comprendí exactamente lo afortunado que había sido de tener a Camila para sujetarme antes de caer en el mismo abismo.

Agradecimientos

Antes que nada, doy gracias a Dios.

A Él le corresponde todo el honor, toda la gloria y todo el mérito por este nuevo libro. Gracias por permitirme vivir de lo que amo, por poner historias en mi corazón, por sostenerme en los días agotadores y por seguir haciendo realidad sueños que, a menudo, nacieron pequeños dentro de mí, pero que Él siempre vio más grandes.

Nada de esto existiría sin Su presencia, sin Su cuidado y sin los caminos que Él abre incluso cuando yo aún no consigo ver una salida. **«Abandonada por el SEAL»** es una prueba más de que los planes de Dios llegan a lugares que nuestra imaginación no alcanza por sí sola.

Escribir esta historia ha tenido un sabor muy especial. Quizá porque reúne muchos de los elementos que más me gusta construir en una narrativa: la adrenalina de una misión imposible, el peso de las decisiones, el reencuentro que te desgarra por dentro, el dolor de quien se ha quedado atrás y la intensidad de un amor que sobrevive incluso cuando parece que ya no tiene derecho a existir.

Esta no es solo una historia sobre un hombre que se marchó antes de la boda y regresó demasiado tarde. Trata sobre la ausencia, la culpa, el perdón, la maternidad, las cicatrices y las segundas oportunidades. Trata de una mujer que tuvo que reconstruirse a sí misma cuando el futuro con el que había soñado se desmoronó ante una nota. Trata de una hija que nació en el silencio de una despedida sin resolver. Y trata de un hombre que sobrevivió a la guerra, pero que tuvo que enfrentarse a la batalla más difícil de

todas: volver a ganarse la confianza de la mujer a la que nunca dejó de amar.

Camila y Rafael nacieron de una herida profunda. Ella, marcada por el abandono. Él, marcado por la guerra. Entre ellos hay deseo, dolor, miedo, amor y una niña que cambia por completo el sentido de todo. Ha sido muy especial escribir este reencuentro, esta tensión entre lo que aún late y lo que ya se ha roto, esta lucha entre el corazón que quiere ceder y la razón que necesita proteger.

A los lectores que han llegado hasta aquí, mi más sincero agradecimiento. Gracias por hacer espacio para otra historia mía, por confiar en mis personajes y por vivir conmigo cada lanzamiento, cada expectativa y cada nueva emoción. Vosotros lo hacéis todo más grande. Un libro nace de la escritura, pero solo encuentra el mundo de verdad cuando llega al corazón de quien lo lee.

Mi cariño especial va dirigido a las lectoras de WhatsApp que me acompañan, me animan, me acogen, se emocionan y forman parte de este viaje de una manera tan bonita: Ilza Mendes, Amélia Luize, Priscilla Gonçalves, Camila Perna, Elaine Wacholz, Francine, Josy Guimarães, Wilza, Ticyanne Brito Macêdo Moreira, Jéssica, Cláudia García, Raquel, Daniela Bispo, Juliana Lélis, Maria Cristina Andrômeda, Fran Barbosa, Mariza, Thaty, Cleusa Santana e Ivana Sandes.

Gracias por estar ahí, por cada mensaje, cada palabra de ánimo, cada muestra de cariño y por cada vez que hacéis que una de mis historias llegue más lejos. Vosotras marcáis la diferencia. Formáis parte de la energía que me impulsa a seguir creando, soñando y creyendo.

A Rosi, mi amiga, mi compañera, mi apoyo entre bastidores. Gracias por estar conmigo en tantos procesos, por compartir preocupaciones, decisiones y alegrías, y por ser una presencia tan firme en mi camino. Tenerte a mi lado lo hace todo más llevadero.

A **Rafael Sordini**, gracias por formar parte de esta trayectoria y por aportar, de alguna manera, tu presencia, fuerza e inspiración a este universo que mezcla intensidad, protección, adrenalina y corazón. Las historias también se construyen a partir de los encuentros que atraviesan nuestra vida, y estoy agradecida por cada uno de ellos.

A mi familia, por ser mi cimiento, mi refugio y la certeza de que siempre hay un lugar lleno de amor al que volver.

A Gabriel, por ser mi refugio en medio del caos, por apoyarme incluso en los días más ajetreados, por creer en mis sueños y por acompañarme mientras muchos de ellos dejan de ser promesas y se convierten en realidad.

A mi Aurora, mi luz más hermosa. Eres parte de todo lo que construyo, la inspiración silenciosa que hay detrás de tantos pasos y el recordatorio diario de que merece la pena soñar a lo grande. Que algún día leas estas páginas y sepas que tu madre creyó, insistió y fue a por la vida que deseaba vivir.

Y, una vez más, gracias a Dios.

Por todo. Por el don, por el valor, por los encuentros, por las puertas, por las páginas y por cada lector que llega hasta mí. Que nunca olvide que todo logro comienza y termina en Él.

Con cariño,

Jéssica Macedo

Sobre la autora

Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias envolventes y sus personajes cautivadores. Considerada una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, ahora es oficialmente la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que abarcan el romance, la fantasía y el suspense, Jéssica ha destacado por su capacidad para crear historias que cautivan a lectores de diferentes edades, lo que se refleja en su creciente número de seguidores y en su reconocimiento como una de las integrantes de la lista Forbes Under 30. Este hito refleja el impacto de su obra, consolidando su lugar entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer por obras como «Rejeitada no Altar» y «Virgen Prometida»; sin embargo, cuenta con casi 300 obras, publicadas en seis idiomas. Esta posición refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, consolidándola como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida tanto por el público joven como por el adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ido ampliando su público a nivel mundial a través de la autoedición y ya figura entre las autoras más vendidas en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca un hito para la literatura nacional en el extranjero.

Encontrarás más información sobre otros libros de la autora en las redes sociales.

Facebook: https://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram: https://www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon: https://amzn.to/2MevtwY



Lee también



Enlace: https://amzn.eu/d/02qRvHOC

«Ocúpate de ese bebé. Nadie puede enterarse, no vamos a convertir esto en un escándalo».

Con esas crueles palabras, el rey de los tribunales destruyó su propio imperio y expulsó a la única mujer a la que había amado.

Henrique era conocido en Curitiba como un abogado implacable, frío y arrogante, que vivía para el poder, el control y su posición como socio en el bufete de abogados más prestigioso del sur del país. No tenía debilidades… hasta que se involucró en secreto con Aline, la hija de dieciocho años de su jefe y mentor. Pero cuando un embarazo inesperado amenazó con manchar su impecable reputación y su ego, Henrique tomó la decisión más cobarde de su vida: echó a la chica a la calle en plena madrugada, exigiéndole que resolviera el «problema».

Criada en una jaula de oro y moldeada para ser la marioneta perfecta de su padre, Aline vio cómo se derrumbaba su mundo. Expulsada, aterrorizada y decidida a proteger a su bebé, huyó en medio de una tormenta.

Meses después, el muro de hielo se derrumbó. El remordimiento aplastó al abogado al darse cuenta de que su reinado no era más que cenizas sin ella. Aquel abogado implacable no quería arrastrar a Aline de vuelta a su mundo; estaba dispuesto a arrastrarse, suplicar y vivir de rodillas solo para respirar el mismo aire que ella.

Pero Aline ya no era la chica asustada de la estación de autobuses. Era dueña de sí misma y, ahora, todo el poder del juego estaba en sus manos.



Enlace: https://amzn.eu/d/0fpjB2pr

UN MAGNATE DE HIELO.

UNA VENDEDORA DE QUESOS IMPOSIBLE DE CONTROLAR.

UN CONTRATO MILLONARIO A PUNTO DE ROMPERSE.

Lorenzo Rossi es frío, calculador e implacable. Como CEO de un imperio europeo de la marroquinería, no tiene tiempo para el amor, pero sí un plazo muy ajustado para presentar un heredero ante el consejo de la empresa y garantizar su sucesión. Para él, tener un hijo no es más que otra transacción comercial. Todo lo que necesita es una incubadora perfecta, firmar el cheque y mantener el control absoluto.

Marina Costa está desesperada. Para salvar de la quiebra el puesto de quesos de su padre y pagar una deuda astronómica, la chica acepta la propuesta más absurda de su vida: alquilar su vientre a un italiano arrogante que se cree el dueño del mundo. La regla es clara: ella lleva el embarazo a término, cobra el dinero y desaparece. Sin ataduras. Sin sentimientos.

Pero la logística perfecta del multimillonario se viene abajo con el primer fallo del sistema.

Obligada a vivir en el ático impecable y aséptico de Lorenzo por exigencia del contrato, Marina convierte el silencio del CEO en un infierno con su música a todo volumen, comida casera de contrabando y un loro malhablado. Peor que la convivencia caótica es la química explosiva e innegable que empieza a encender la guerra fría entre ellos.

Por si fuera poco, el destino decide burlarse de Lorenzo Rossi. La ecografía no muestra un heredero. Muestra dos. Y cuando una filtración a los medios amenaza el imperio familiar, Lorenzo toma una decisión drástica para calmar a los accionistas: presenta a Marina al mundo como su prometida enamorada.

Ahora deben fingir un romance de cuento de hadas ante las cámaras, mientras luchan contra el deseo brutal que los consume entre cuatro paredes. Lorenzo siempre creyó que podía controlarlo todo. Pero ¿cómo puede un hombre de hielo mantener la frialdad cuando se da cuenta de que está perdidamente obsesionado con la madre de sus hijos?